

*Rudolf Frank*

# LA CALAVERA DEL SULTÁN MAKAWA

NOVELA DE LA GRAN GUERRA



Lectulandia

Este libro que el lector tiene en sus manos fue quemado por los nazis, junto con tantos otros, el 10 de mayo de 1933 en Berlín. Recoge en él su autor, Rudolf Frank, la historia del joven muchacho polaco, Jan Kubitzki, que el mismo día que cumple catorce años —el 14 de septiembre de 1914— ve como su aldea es destruida por la artillería alemana. Único superviviente del bombardeo, Jan junto con su perro Flox, es reclutado por las fuerzas atacantes, un puñado de hombres que de inmediato lo adoptan y que, a través de la ingenuidad y del sentido común del chico, comienzan a plantearse la razón de la guerra.

Se trata de una novela pacifista, en un principio destinada a la juventud, que no se volvió a editar hasta la muerte de su autor, en 1979, pero desde entonces se ha convertido en un símbolo antibelicista, junto con otras grandes obras como *Sin novedad en el frente* de Enrich Maria Remarque. En el escenario trágico de la Gran Guerra, Rudolf Frank nos narra una historia llena de aventura, ironía y sentido del humor que se ha venido a considerar una obra maestra.

**Lectulandia**

Rudolf Frank

# **La calavera del sultán Makawa**

ePub r1.0

Titivillus 21.05.2019

Título original: *Der Junge, der seinen Geburtstag vergaß*  
Rudolf Frank, 1931  
Traducción: Miguel Jiménez-Bravo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Introducción

*Hoy, 10 de mayo de 1918, le declaro la guerra, una guerra fría y personal, al belicismo de Alemania.* Con esta afirmación, el aún entonces soldado Rudolf Frank se resistía a seguir siendo un engranaje más de la fábrica de muerte que fue la Gran Guerra, pues hacía poco que había recibido la orden de reincorporarse a filas tras pasar dos años alejado del frente. La contienda duraría tan sólo unos meses más, pero la personal *guerra a la guerra* de Frank aún se prolongaría un cuarto de siglo exacto. Irónicamente, el 10 de mayo de 1933, su novela antimilitarista *La calavera del sultán Makawa*, un canto a la libertad en medio de la batalla, ardía en la hoguera de la *Bebelplatz* junto a tantos otros libros. La propaganda nazi silenciaba así todo cuestionamiento del heroísmo militar que por entonces deslumbraba a las masas, acallaba cualquier voz contraria al espíritu de revancha que el régimen de Hitler había elevado ya al rango de dogma nacional. *La calavera del sultán Makawa* no pudo volver a leerse y su mensaje permaneció olvidado durante más de cuarenta años.

La vida de Rudolf Frank, nacido en una familia judía de Maguncia, había estado siempre estrechamente ligada al teatro. De hecho, la noticia del asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando, sucesor del imperio austro-húngaro, sorprendió a Frank en el festival escénico que se celebraba en Düsseldorf. Aquel día la representación adquirió un simbolismo nefasto: mientras en escena Enrique IV se consumía en su lecho de muerte, el fantasma de la guerra amenazaba con irrumpir en Europa. No obstante, tras el estallido de la guerra el 1 de agosto, el teatro siguió siendo la principal preocupación del actor y director artístico Rudolf Frank. Según relata en sus memorias, la guerra no fue para él la continuación de la política por otros medios —tal y como el general Von Clausewitz había afirmado en el siglo XIX—, sino la continuación del teatro por otros medios, *unos medios más precarios, crueles y estúpidos*, pues todo lo que Frank vivió desde sus primeros días en el ejército: *la instrucción, el transporte, la vida en el cuartel,*

*el reparto del rancho... todo era objeto de estudio para la futura puesta en escena de obras sobre soldados.*

Tras la inmediata entrada de Alemania en la contienda, Frank, a punto de cumplir los veintiocho años y siguiendo el consejo de su padre, se alistó voluntario —como tantos jóvenes— y, tras un breve adiestramiento en la artillería, fue enviado con su regimiento al frente oriental.

Durante los dos años que pasó en el frente no dejó escapar la ocasión de organizar una pequeña compañía de teatro con sus camaradas y de escribir para varios periódicos alemanes, a los que enviaba regularmente sus crónicas *Desde el campo de batalla*. En 1916, varias heridas de guerra hicieron que fuera enviado a Rumania, donde tuvo problemas con sus superiores a causa de su éxito al frente de la compañía teatral que formó en Bucarest con actores rumanos y alemanes. Sin embargo, a pesar de su compromiso con el teatro durante el conflicto, fue su experiencia en primera línea lo que acabó conformando la esencia de *La calavera del sultán Makawa*, escrita entre 1930 y 1931.

El título, que parece más apropiado para una novela de aventuras que para un libro sobre la Gran Guerra, hace referencia al enigmático artículo 246 del Tratado de Versalles, en el que escuetamente se mencionaba la misteriosa reliquia de este sultán negro y se conminaba a Alemania a devolver la calavera al gobierno británico como parte de las indemnizaciones de guerra. No se daba más explicación. Qué había ocurrido con la calavera del sultán llamado Makawa, quién era en realidad este caudillo africano y por qué la derrotada Alemania debía entregársela a los británicos tras la guerra, eran cuestiones con un gran potencial literario, que Rudolf Frank supo aprovechar magníficamente.

No sería aventurado suponer que el mismo Frank, durante el tiempo que pasó en el frente, hubiese oído contar de viva voz la historia que por entonces debía de correr acerca de este personaje. Tal vez algún camarada, tras haber vivido en la colonia alemana de África Oriental —tierra natal de Makawa—, relató la leyenda a sus compañeros de una manera similar a como se describe en la novela: en torno al fuego del campamento, aguardando el amanecer en primera línea de batalla. De haber sido así, Frank tuvo que quedarse asombrado después de la guerra al enterarse de que la calavera del sultán era mencionada en el tratado de paz, sobre todo si, hasta entonces, aquélla había sido tan sólo otra de las historias que se oía contar a los soldados, a menudo dignas de poco crédito. Cabe decir solamente que el origen de un objeto tan cargado de simbolismo y el papel que la leyenda de Makawa desempeñan en

la trama, como un bajo continuo que acompañase la melodía que los entrañables personajes componen, se va desvelando poco a poco en el transcurso de la novela.

Pero si algo distingue la hermosa historia escrita por Rudolf Frank de otras grandes obras de la literatura antimilitarista —Arnold Zweig había publicado en 1927 *La disputa por el sargento Grischa*, y la conocida *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, había aparecido en 1929— es su personaje principal, el adolescente Jan Kubitzki: un muchacho polaco que se ve de pronto convertido en un artillero más del batallón alemán que ha bombardeado su pueblo, y a través de cuya mirada —ciertamente ingenua, pero lúcida y libre de todo prejuicio— asistimos al sinsentido de la guerra y al trágico destino de los soldados a los que acompaña.

Jan, generoso y valiente, y su perro Flox, apodado Cabo Caniche por la tropa, se convierten sin pretenderlo en héroes en medio de la barbarie. Ninguno de los dos obedece más que a su instinto, nadie les da órdenes. El muchacho pregunta —y se pregunta— sin cesar sobre el porqué de la guerra. Es entonces cuando le vienen a la cabeza las palabras de un anciano judío, propietario de un pequeño comercio, en una de las conversaciones más memorables de la novela: *nadie tiene que hacer nada por obligación; nadie tiene que hacer nada por obligación, si no quiere.*

Desde luego, pocas historias tan abiertamente contrarias a la guerra tienen a un muchacho como personaje principal. Este protagonismo —que en absoluto resta seriedad a lo narrado— tiene una estrecha relación con el sentido último de la novela. Rudolf Frank comprendió perfectamente la urgencia con la que era necesario prevenir a los más jóvenes, pues a principios de los años treinta, el belicismo alemán al que él se oponía con firmeza, empezaba a calar entre los adolescentes —Sebastian Haffner narra magistralmente esta fascinación por el militarismo en *Historia de un alemán*—. Ante esta situación, *La calavera del sultán Makawa* pretendió ser, en palabras de su autor: *una advertencia en contra de la guerra, dirigida a la juventud.*

Tras su publicación en 1931, Frank recibió numerosas cartas de felicitación de maestros y profesores que habían leído, junto a sus alumnos, la historia de Jan. La buena recepción del libro, sin embargo, quedó interrumpida poco después. El incendio del Reichstag, al mes siguiente de la llegada de Hitler al poder, desató una oleada de detenciones y muchos intelectuales fueron encarcelados, entre ellos Rudolf Frank. Tras ver prohibido y quemado su libro, una derrota aún mayor llegaría después en

forma de persecución a causa de sus ideas y de su origen judío. El autor expresó con ironía, por medio del mismo personaje citado anteriormente —el sabio anciano polaco— la amenaza que sentía cernirse sobre los ciudadanos alemanes de su misma condición:

*Y si no fuese así y ganaseis la guerra con la ayuda de Dios, y con la tuya también, ¿qué crees que dirían los poderosos en Alimania, eh? Dirían: «Vamos a hacer otra guerra, una que no nos cueste nada y que nos dé muchos dinero. Hagamos una guerra contra los judíos, contra los judíos de Alimania».*

Rudolf Frank consiguió exiliarse: primero en Austria —hasta la anexión alemana de 1938— y después en Suiza. Nunca regresó a su país. Su novela, *La calavera del sultán Makawa*, no volvió a publicarse en vida de su autor. Hasta finales de 1979, y sólo unos meses después de la muerte de este *escritor y hombre de teatro* —tal y como reza su epitafio—, no apareció una nueva edición en Alemania, aunque bajo un título distinto: *Der Junge, der seinen Geburtstag vergass*. La novela fue enseguida traducida al inglés como *No hero for the Kaiser* y publicada en los Estados Unidos. Póstumamente llegarían los premios literarios y el merecido reconocimiento. Esta primera edición en castellano, cuando se cumplen cien años de la Gran Guerra, recupera el título original y rinde homenaje a su autor.

MIGUEL JIMÉNEZ-BRAVO

Madrid, enero de 2014.

## Un muchacho que olvida su cumpleaños

Aquel día cumplía catorce años: catorce años el catorce de septiembre de 1914. Algo sencillo de recordar, pero lo había olvidado por completo. Eran ya las tres de la tarde y Jan no había pensado en ello ni siquiera una vez. ¡Que un muchacho olvide su cumpleaños! No había nada más insólito en el mundo.

Aquel día el mundo de Jan había estallado en mil pedazos y en su lugar reinaban un estruendo aterrador, un caos terrible y la destrucción. Kopchovka, el pueblecito polaco de esbeltos álamos, estaba casi irreconocible. Más allá de las últimas casas que se alzaban sobre las colinas, en medio de los campos de patatas y nabos, se encontraban los soldados rusos que el día anterior, pertrechados con sus cañones y fusiles, habían cruzado el pueblo profiriendo mil gritos e improperios. La interminable ristra de insultos iba dirigida a los alemanes, que, justo en el extremo opuesto, a las afueras, se guarecían tras un bosque.

Los rusos se habrían quedado gustosos en Kopchovka. Allí había una taberna, licor, pollos y cerdos; sin embargo, mientras aún causaban estragos en la tasca, en la calle principal del pueblo y en las casas y establos, un rumor sordo se iba acercando desde la lejanía: tronaba como si se fuese a levantar tormenta. Entonces, súbitamente, como si se hubiese desatado el temporal, campesinas, mozos de cuadra, criadas y soldados echaron a correr en gran desorden. Al punto se oyeron trompetas y los rusos desaparecieron del lugar como llevados por el viento; alcanzaron enseguida las colinas y abrieron fuego con sus fusiles sobre las casas. Sonaba como el zumbido de los mosquitos cuando le pasan a uno junto a la oreja buscando un lugar donde posarse y poder picar: Ssssss... Un sonido perverso, sutil y afilado. Jan lo sabía: cada una de aquellas balas, silbantes e invisibles, podía matar a una persona, incluso a un toro, en el acto. ¡Qué sensación tan espantosa! Pero aún había algo peor, y eran las pesadas detonaciones de los cañones, que perforaban el aire con enorme estruendo. Jan era un muchacho valiente, nunca había tenido miedo, ni siquiera cuando una noche negra como el carbón había

atravesado los bosques de Vielki. Ahora, sin embargo, era presa del pánico, pues en ese instante empezaban también a llegar los cañonazos desde el lado alemán. Éstos debían de creer que los rusos estaban todavía en Kopchovka y disparaban sus cañones, disparaban sin cesar... Jan cerró los ojos y agachó la cabeza. Algo diabólico se acercaba hacia él rugiendo con estrépito, como si en cualquier instante fuese a acertarle de lleno en el espinazo. ¡Bum! Una tierra negra y dura, como salida del infierno, saltó por los aires justo delante de él, muy alto, más alto aún que el granero del *panie* Ostrovsky. La onda expansiva le propinó tal golpe que cayó al suelo de espaldas. Cuando quiso volver a levantarse estaba cubierto de gruesos terrones de barro, y el hermoso árbol que hacía un momento se alzaba a su lado, cargado de ciruelas maduras, ya no estaba. Simplemente había desaparecido. En su lugar sólo quedaba un profundo y oscuro agujero.

En otoño, Jan solía contemplar con anhelo aquel ciruelo cargado de dulces frutos de color morado. En una ocasión —bueno, realmente fueron dos— había trepado a escondidas hasta las ramas más altas; y la segunda vez, al bajar, recibió una buena tunda. La lluvia de palos que le cayó entonces fue tal que la espalda se le puso del mismo color que los frutos prohibidos. El gordo Ostrovsky, claro, era el *panie* —el señor, el dueño de aquellas tierras— y era, desde luego, un *panie* inflexible y ruin. Sin embargo, ahora que un monstruo invisible se había llevado su precioso árbol, y con él todas las ciruelas, no venía el *panie* con el palo, ni vociferaba echando pestes. Allí no acudió absolutamente nadie; sólo se oía un fragor creciente en calles y granjas, y el silbido y el estruendo de los proyectiles sobre las casas. Ahí está..., es otra vez uno de esos enormes chismes: ¡Bummmm!, acertó en medio del granero. Jan se alejó a todo correr y se precipitó en la zanja que había junto al camino. Se giró entonces temeroso y vio cómo de allí salía un denso humo blanco: una llamita roja bailaba sobre el tejado igual que un equilibrista. En el granero guardaban la cosecha de todo el año. «¿Con qué vamos a hacer el pan ahora?», se preguntó el muchacho. La llama crecía más y más. ¡Había que hacer algo enseguida! Pero nadie acudió a apagar el fuego, no se veía un alma. Jan pensó en su padre, él seguro que habría venido a ayudar, pero estaba luchando en la guerra. Su padre luchaba por el zar ruso, por el Padrecito Zar, como solían decir. Quién sabe si en ese instante también él estaría disparando sobre un pueblo en el que hubiese un pequeño muchacho, muerto de miedo, tendido en el fondo de una zanja.

Jan se había puesto muy triste cuando su padre había tenido que marcharse hacía un mes. No podía ser un buen padrecito aquel Padrecito Zar

que separaba a un pobre muchacho de su querido padre. Ambos hablaban alemán, como la mitad del pueblo; y el resto de los vecinos eran polacos y hablaban polaco.

¿Qué le importaban a él el zar y los rusos? ¡Ay, su querido padre! Qué triste había estado el día que le dio a Jan un beso de despedida. El tío Peter, que había prometido entonces cuidar del muchacho, era muy distinto; no hacía más que pasarse el día en la taberna y emborracharse, y en realidad era Jan quien tenía que sacarse siempre las castañas del fuego.

—¡Tío Peter! —gritó—. ¡Tío Peter!

En su terrible soledad se habría alegrado incluso de ver al borracho de su tío. Pero no vino ningún tío Peter. Lo único que llegaba era el zumbido y el silbido de las balas: de la derecha disparaban los rusos; de la izquierda, los alemanes. No había diferencia.

¿Qué era aquel ruido? Vaya, pero si era el cerdo que pertenecía al tendero Kaczmar. Aquel puerco grande husmeaba todavía encima de un montón de estiércol. Debían de haber olvidado sacrificarlo en la matanza. ¿Pero por qué daba de pronto aquellos horrendos chillidos? Chillaba como una persona, gruñía y corría a tres patas entre los manzanos sin dejar de dar vueltas en círculo, como perseguido por el diablo, con ojos espantosamente tristes. Arrastraba una de las patas traseras totalmente cubierta de sangre. Las balas, las pérdidas picaduras de esos mosquitos con su silbar sutil y malvado, habían sido las responsables. ¿Y si le ocurriese a él lo mismo que a ese pobre cerdo? Él sólo tenía dos piernas, no podría entonces siquiera huir; tendría que quedarse allí tendido, morir de sed, de hambre, desangrarse. ¡Hambre! Se dio cuenta del hambre tan espantosa que tenía. Desde la noche anterior no había probado bocado. ¡Y qué sed! Era una tortura aún mayor, imposible de soportar. «A casa del tío», pensó, «¡Tengo que llegar como sea, ahora mismo, a casa del tío!».

Jan sólo tenía que cruzar hasta el otro lado de la calle principal, pues justo enfrente se alzaba la casa: una casa baja, gris y sucia, con las contraventanas rotas, el tejado a punto de desplomarse, la puerta desquiciada. El tío no se había preocupado lo más mínimo de mantenerla en buen estado y Jan siempre se había alegrado de no tener que poner los pies allí. Sin embargo ahora, desesperado, pensaba en ella como su único refugio. Tal vez pudiese encontrar, incluso, un poco de leche; y si no, siempre le quedaría el pozo del patio trasero, que allí seguiría, intacto: no se lo habrían llevado los rusos. El muchacho se decidió al instante. De un salto salió de la zanja en la que había estado hasta ese momento y cuando estaba a punto de llegar al otro lado...

¡Bummmm!, otro fuerte cañonazo. La tierra se abrió entonces bajo una terrible explosión frente a la casa del tío.

Era como si un gigante le hubiese golpeado en el pecho con el puño. Jan sintió cómo el suelo faltaba bajo sus pies, salió despedido hacia atrás y chocó contra un muro. Se quedó allí tendido. Le dolía toda la cabeza y tenía el cuerpo completamente entumecido. A través de la polvareda distinguió la casa del tío. ¿Pero es que los tabiques se habían vuelto transparentes? Estaba viendo la estufa grande y maciza sobre la que había dormido las últimas semanas; y en la pared de la izquierda veía la imagen de la Virgen. ¡Oh, cielo santo, y al fondo...! ¿Cómo era posible? Podía ver el pozo del que había querido beber hacía sólo unos instantes. La pared que daba al patio había desaparecido y la mitad del techo se había venido abajo. La casa estaba totalmente destrozada.

—¡Tío Peter! —gritó—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Pero no obtuvo respuesta. Sólo se oía el atroz gañido del puerco ensangrentado. Jan lo vio cojear calle abajo y desaparecer luego tras la casa de campo donde residía el panie Ostrovsky.

Jan se dio la vuelta. La fuerza de la explosión lo había arrojado contra la pared de la taberna. ¿Estaría allí su tío? ¿La tabernera? Ella lo apreciaba y tal vez le diese un pedazo de pan o, incluso, un vaso de leche. Después de todo, en Pascua le había regalado un huevo pintado de rojo.

—¡Señora Goloborotka! —exclamó Jan, al tiempo que abría la puerta de la tasca—. ¡Matka! ¡Goloborotka!

Pero no encontró el rostro rubicundo de la oronda patrona sonriéndole, como de costumbre, desde el mostrador. La taberna estaba igual de vacía que el resto del pueblo. Lo único que había era un confuso revoltijo de botellas, vasos rotos y sillas tiradas por el suelo. Sobre las mesas sucias zigzagueaban unas moscas negras y gordas que se deleitaban con los restos del licor que había quedado pegado a la madera.

«Me han dejado solo en el pueblo, completamente solo. Nadie se ha acordado de mí», pensó Jan. Él era un muchacho muy valiente, pero ahora empezaba a estar tremendamente asustado. Verse tan solo era mucho peor que recibir unos azotes. Y gritó con todas sus fuerzas, gritó como nunca en su vida lo había hecho.

Ssssssssss... ¡Bummmm! Fuera atronó de nuevo una horrible explosión, como una respuesta a sus alaridos, como una orden. Ssssssssss, ¡sssilencio! Jan calló, aterrado. De pronto pensó en Dios, ¿le habría Él también

abandonado a su suerte en aquel horripilante fragor de disparos y cañonazos con los que lo asediaban los rusos y los alemanes?

«Dios mío, Dios mío, ¿qué va a ser de mí? ¿Dónde están el tío y la señora Goloborotka? ¡Dios mío, dime qué debo hacer, dónde debo ir! Padre nuestro, que estás en los cielos —los soldados cuentan que los alemanes cuelgan a los niños de la puerta del granero con clavos— venga a nosotros tu reino — ¡tengo tanta sed!— danos hoy el pan nuestro de cada día —aunque sea sólo un trocito— ¿qué era aquello? Algo se oía fuera. No, aquello no era el horroroso silbar de las bombas. Parecían pasos: tactac..., tactac... ¿Señora Goloborotka? Eran más bien como pasos de niño o como...».

—¡Guau, guau, guau, guau! —sí, eran ladridos—. ¡Guau, guau, guau!

De un salto, el animal se precipitó hacia él y se le echó encima, haciéndole casi perder el equilibrio. Jan abrazó aquella sucia bola de pelo que le miraba con ojos fieles y le lamía las mejillas, las orejas y las manos con su roja lengua canina.

—¡Flox! ¡Flox! —exclamó Jan—. ¡Flox! ¡Mi querido Flox! —gritaba una y otra vez, dando rienda suelta a su alborozo. Ambos, el perro y el muchacho, aullaban de alegría, abrazados; Jan lo rascaba detrás de la oreja y Flox le colocaba las patas sobre los hombros—. Pero Flox, ¿dónde te habías metido? Seguro que has estado buscando a Vladimir, pero se ha marchado a la guerra. ¡Y a nosotros nos han dejado solos! ¿Viste al pobre cerdo del tendero Kaczmar? Ven, mi buen Flox. Ahora te tengo a ti y tú me tienes a mí. Eres la mejor persona que existe en el mundo. ¡Escucha cómo disparan los alemanes! Han arrancado el hermoso ciruelo de un cañonazo, ¿qué les habría hecho? ¡Y al cerdo lo dejaron sin una pata, los muy crueles! Pero ven, Flox, no temas. Yo estoy aquí contigo, ¡venga, ven!».

En ese instante el perro lanudo echó a correr por la puerta abierta hacia la última habitación. Jan salió tras él y, desde allí, los dos siguieron hasta la cocina. Flox se alzó sobre las patas traseras, olisqueó una alacena y se puso a ladrar. Sí, Jan entendía aquel idioma. «¡Guau, guau! ¡Guau, guau!», el ladrido del perro sonaba como: «¡Agua, agua! ¡Agua, agua!». Allá arriba había un gran cuenco marrón y, junto a él, un cucharón de madera. Jan se estiró de puntillas. Alcanzó cuidadosamente el cuenco tapado y cuidadosamente lo sostuvo: contenía algo. Flox, sentado, permanecía expectante y en silencio.

Al punto, el muchacho depositó el recipiente en el suelo, retiró el paño que lo cubría y..., los dos prorrumpieron en gritos de felicidad, en ladridos de júbilo:

—¡Leche cuajada, leche cuajada!

—¡Guau, guau!

Uno y otro comieron del mismo cuenco. A la derecha Flox, a la izquierda Jan. Éste con el cucharón de madera, aquél a lametazos. No hubo disputa. Ambos compartieron aquella comida de buena fe, como dos hermanos, y Jan dejó que Flox rebañase el resto.

Esperanzados y con renovadas fuerzas rebuscaron por toda la cocina. Fueron a la última habitación y luego a la despensa en busca de algo útil y encontraron un par de fósforos y el cabo de una vela. Hallaron también un viejo calendario, un delantal azul de cocina y finalmente incluso una armónica que aún daba todas las notas: huuu, tuuu, huuu, tuuu. Flox husmeó lo poco que quedaba de la vela. Jan miró el calendario; le faltaban hojas que habían sido arrancadas... Y en ese momento se dio cuenta: ¡era catorce de septiembre! ¡Claro, era su cumpleaños y el día estaba a punto de acabar!

Jan se alegró de poder aún celebrar el final de su día de cumpleaños.

—¡Flox, ya tengo catorce años! —y tocó con la armónica un aire de fanfarria; los cañones callaban—. ¡Es mi cumpleaños! ¡Vamos Flox, felicítame, dame la patita!

Flox se sentó sobre las patas traseras y, alegrándose de que su camarada estuviese tan contento, le dio al momento no una, sino las dos patas. Su mirada era profunda y fiel, tan fiel como solamente puede serlo la mirada de un perro. Sus ojos despiertos parecían querer decir: «Jan, guárdate de la gente. Uno nunca puede liarse de ella. Disparan y no saben a quién. Matan y no saben por qué. Te deseo suerte, Jan, mucha suerte. Ea necesitas, amigo mío».

Pero Jan debió de entender más bien poco de aquel mudo idioma canino y, agarrando a Flox cariñosamente de la abundante pelambre, le dijo:

—Flox, hay que esquilarte: lo necesitas, amigo mío.

Sin embargo, tenía primero que poner la mesa para celebrar su cumpleaños, ¡no faltaba más! Antes siempre había sido su madre la que se ocupaba de los detalles, su querida madre, la mejor madre de todo el pueblo; los otros chicos de Kopchovka nunca tenían fiestas de cumpleaños. El año anterior ella aún había podido organizarlo todo, pero murió al llegar las primeras nieves; ahora descansaba en el camposanto que había detrás del pueblo. Jan quería tener un cumpleaños como ella solía prepararlo. De un manotazo espantó los moscones negros que no paraban de zumbar sobre la mesa, extendió el delantal azul a modo de mantel y colocó después los regalos: el calendario viejo que le había hecho reparar en aquel día tan especial; la armónica, su regalo más preciado; y, en lugar de la tarta, el cuenco marrón de la leche cuajada, ya vacío, como un bonito recuerdo para él

y para Flox. A continuación Jan tomó el cabo de la vela, lo plantó tieso como un palo en medio del cuenco y encendió una de las cerillas.

¡Qué espléndidamente ardía aquella llama! Cálida y amistosa, se reflejaba en los fieles ojos del animal, que observaba con gran atención cómo Jan iba colocando uno a uno los regalos. El ambiente era solemne. El sol se hundía tras los abedules que se erguían junto al puente sobre el Ravka. «Sería el momento perfecto para hacer una batida por el pueblo», pensó Jan, que aún no sentía su apetito saciado del todo. Flox, al que una idea similar parecía inquietar desde hacía un buen rato, pegó un brinco a su lado. Jan tomó la armónica, que estaba sobre la mesa, y tocó algo: tuuuu, huuuu, tuu... Pero se detuvo abruptamente en mitad de esa nota, como si el instrumento se hubiese partido súbitamente en dos. El muchacho permaneció de pie sin hacer un solo movimiento. Aguzó el oído. El ánimo optimista que hasta hace un momento lo poseía había desaparecido igual que antes había desaparecido el ciruelo. Flox gemía quedamente con el rabo entre las piernas.

Un rumor sordo se aproximaba desde la lejanía. Se oía cada vez más cerca. Tenían que ser ellos, los alemanes. El pueblo entero y los soldados rusos, con sus cañones y fusiles, habían huido ante el ataque.

—¡Ra! ¡Ra! —gritaban los temibles soldados; más y más fuerte—: ¡Ra...! ¡Ra...! ¡Hu... rrrra...! ¡Hurrrra!

Cuanto mayor era el clamor, mayor era el miedo de Jan. El muchacho subió temblando a lo alto de la enorme estufa y se hizo un ovillo en el rincón más apartado. «Esto es el fin», pensó. Y como el insecto que aparenta estar muerto cuando se acerca su perseguidor, así se apretó el muchacho contra la superficie de la estufa. Había subido a Flox con él y el animal era ahora su único protector.

Se echó por encima un par de trapos viejos que encontró allá arriba y con ellos tapó también a su compañero. Tal vez así pasasen inadvertidos.

Unos pasos firmes se acercaban a la taberna, retumbaban en la entrada. La puerta se abrió.

—¿Hay alguien ahí? —inquirió una voz áspera.

Jan no se movió lo más mínimo. Flox también se hizo el muerto. Un desdichado montón de trapos, con alma de hombre y de animal, aguardaba ya su fin.

## Jan se convierte en una bestia salvaje de artillería

Existen numerosos tipos de cañones, pero la única finalidad de todos ellos es matar personas y aniquilar sus bienes a golpe de proyectil. Hay cañones ligeros y pesados, pequeños y gigantescos; algunos disparan de cerca y otros llegan tan lejos que a simple vista es del todo imposible saber a quién aciertan y qué destruyen. Hay cañones que disparan al cielo para derribar aeroplanos y dirigibles que, tras ser alcanzados, se prenden en llamas y se precipitan en una caída abismal de miles de metros. Otros cañones disparan mar adentro y hundien barcos con los hombres que haya a bordo y el cargamento: grano, madera, algodón, maquinaria e incluso oro.

Los proyectiles de los cañones vuelan dibujando un arco, como cuando uno arroja una piedra o una pelota. Estos arcos reciben el nombre de trayectoria de disparo. Algunas de estas trayectorias apenas tienen curvatura, igual que los arcos de un puente o la línea de las cejas, mientras que otras se parecen más a la curva del arco iris.

Pero por muchos tipos de cañones y trayectorias de disparo que existan, ningún cañón se dispara por sí mismo. Son los hombres quienes deben, primero, cargar cada proyectil con enorme esfuerzo, apuntar los cañones hacia el blanco y, finalmente, hacer fuego.

A los hombres que realizan esta tarea se los conoce como artilleros.

Los artilleros están al servicio del cañón, que es su señor, su dueño. Los cañones que el día anterior habían destruido el ciruelo y el granero del panie Ostrovsky, el hogar del tío Peter y otras tantas cosas más, estaban a cargo de veinte artilleros. Ahora estos veinte artilleros descansaban sobre el suelo de la estrecha taberna y roncaban apretados unos contra otros. Se habían quitado las pesadas botas y las habían colocado junto a sus pies. Justo al lado yacían los correajes, de los que colgaban un morral de color pardo rojizo, dos cartucheras negras y un sable corto llamado bayoneta. Como almohada

utilizaban el macuto, que era semejante a una mochila escolar y estaba siempre lleno hasta arriba con ropa, jabón, utensilios de limpieza, un par de botas, bizcocho seco y latas de conservas. En él llevaban incluso un libro de oraciones con el credo, los mandamientos y hermosas plegarias como: «¡Señor, tráenos la paz en nuestros días! ¡Guía nuestros pasos por el camino de la paz! ¡Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos la paz!». Además de todo esto, cada artillero tenía un fusil.

Los fusiles, también llamados carabinas, descansaban contra la pared junto a cada macuto y, como ningún hombre los manejaba, no hacían daño a nadie. Dormían.

Veinte fusiles dormían y veinte artilleros roncaban y soñaban. A veces alguno, al agitarse en sueños, chocaba con su vecino; el otro le devolvía el golpe, farfullaba algo y ambos continuaban durmiendo.

Uno soñaba que su hijita se subía encima de sus rodillas, lo agarraba de la barba, negra y abundante, le tiraba de ella con sus preciosas manitas y él sentía cosquillas. Pero no era su hijita quien le provocaba aquella sensación semejante a un hormigueo, no eran las manos de su pequeña Frieda: eran los repugnantes piojos, que participan en cada guerra con verdadero entusiasmo y se abalanzan sobre cada soldado sin la más mínima consideración de si éste lucha a favor o en contra de Alemania.

El vecino del barbudo, un joven artillero de tez pálida y piel delicada llamado Behr, soñaba que estaba en la escuela, donde todos leían *Guillermo Tell*: «El lago sonrío; invita a bañarse...». Y de pronto se veía a sí mismo en la piscina pública, moviendo las piernas dentro del agua y narrando a sus compañeros de clase, que chapoteaban a su alrededor, las jornadas de marcha por el lodo a través de la Polonia rusa. ¡Bañarse! ¡Bañarse! Ése era su sueño.

Trigales, con trigales soñaba su vecino, que se creía paseando, feliz, por sus tierras. Cada uno soñaba, así, una cosa distinta, pero todos soñaban con el hogar y se sentían aún en la patria que acababan de dejar atrás. Sonreían en sueños. Hacía poco que había empezado la guerra —el dos de agosto— y ya despuntaba el amanecer del quince de septiembre. Apenas había uno que no contara con estar de vuelta en casa para Navidad. El comandante supremo del Ejército, el káiser Guillermo II, lo había anunciado en persona: «Nuestras madres nos tendrán de nuevo a su lado en Navidad». Y la gente así lo creía.

Amaneció el quince de septiembre de 1914. El sol ya había salido, pero los artilleros aún dormían; y habrían seguido roncando un buen rato cuando, de pronto, se oyó un gran batacazo.

—¡Ay! ¡Maldita sea! —exclamó un artillero gordo llamado Albin Rosenlöcher—. ¿Pero es que caen elefantes del cielo?

Y en cuanto abrió los ojos, lo vio: lo que le había caído encima, en realidad, no era ningún elefante, sino un muchacho andrajoso, pues el artillero estaba durmiendo, claro, justo al lado de la estufa.

—¿No pués tener cuidado, miserable zascandil? —lo insultó—. ¡Si no tuviera tanto sueño, tiba yo a meter una buena guantada! ¿Es que no podías haber encontrado nel mundo mejor asiento que mi cocorota?

Aquel hombre podría haber seguido soltando improperios, pero el ruidoso invitado había despertado al resto de los soldados, que, cuando vieron lo que había ocurrido, empezaron a gritar formando un gran revuelo.

—¡Eh, mira! —decía uno mientras lo señalaba—. ¡El gordo de Rosenlöcher ha tenido un niño esta noche!

—¡Enhorabuena! ¡Enhorabuena, Rosenlöcher! Te ha salido un mozo bien hermoso, es clavadito a su padre.

La taberna retumbaba con las carcajadas. Incluso el blanco de la mofa, Rosenlöcher, no podía contener la risa. Jan no tenía ni idea de lo que había pasado. Seguramente se habría girado mientras dormía y se habría caído de lo alto de la estufa. En medio de aquella algarabía no se atrevía ni siquiera a abrir la boca.

Ningún pobre chiquillo somnoliento que sufriese la burla de veinte soldados tendría ánimo para risas, y mucho menos si se encontrara en un estado tan lamentable como el dejan. Su camisa estaba tan sucia que resultaba imposible saber si era de color gris, roja o marrón; el hombro izquierdo y la manga tenían sendos rasgones; los pantalones, demasiado holgados, apenas mostraban un lugar donde no hubiese un agujero; y los pies tenían tanta mugre que casi no podían adivinarse bajo la suciedad. Era una suerte que él mismo no pudiera verse la cara, pues de lo contrario se habría avergonzado aún más. Aquella cabeza de pelo rubio y claros ojos azules estaba cubierta de unos tiznajos anchos, negros como el carbón, que parecían las tachaduras de un pésimo trabajo escolar después de que el profesor lo hubiese corregido.

Cuando el guirigay se hubo calmado un poco, Rosenlöcher continuó:

—¿Y qué quíes tú, muchacho? ¿Qué tiés que contarnos? Que no vea yo que te da canguelo, ¿eh? Aquí nadie vacerte nada. Y a quien se pase le doy un sopetón y listo. Pues ea, dime, ¿qués lo que se te ha perdido aquí?

Hablaba en el dialecto de su región, Sajonia. Jan lo miró perplejo. El alemán que se oía en Kopchovka era muy distinto y el muchacho apenas entendió nada de lo que el sajón le había dicho.

—¿Quiénes sois? —preguntó por fin, algo temeroso.

—¿Que quiénes somos? Pues artilleros, ¿qué íbamos a ser si no? ¡Artilleros prusianos de Su Majestad! —exclamaron todos con gran alboroto.

Jan seguía sin comprender del todo.

—Pero ¿sois personas?

—¿Tú por quién nos tomas? ¿Por monos de feria? —replicó el barbudo.

—Decían que erais bestias salvajes con cañones —contestó, desconcertado, el muchacho.

Entonces fue cuando estalló la risotada general:

—¡Jajajaja! ¿Has oído? ¡Bestias! ¡Jojojojo, qué guasa tiéste muchacho! ¡Jijijiji! ¡Bestias salvajes, jajajojajo!

—¡Guau, guau, guau, guau! ¡Guau, guau, guau! —unos ladridos furiosos se impusieron al griterío.

Erguido sobre la estufa, Flox ladraba y gruñía enrabiado y mostraba los dientes como si de un momento a otro fuese a saltar desde allá arriba a la garganta de todo el que siguiera carcajeándose.

—¿Y esto qué? ¿Qué tipo doso blanco enano sesto? —bromeó Rosenlöcher.

Y el veterano barbudo añadió:

—Yo diría que es un oso blanco que necesita un buen lavado.

—¡Distelmann, si se parece a ti! —dijo el larguirucho Hottenrot soltando una risotada.

—Anda, ¿y por qué? —refunfuñó el barbudo.

—Hombre, pues porque a ti tampoco se te ve el hocico entre tanto pelo.

—¡Aféitate ya! —lo increpó un soldado enjuto llamado Senf, al tiempo que se quitaba las botas—. Parecemos un cuartel de pulgas andante.

Behr, el soldado bajito que había soñado con el baño, terminó de limpiarse las gafas y, mirando fijamente a Flox a través de los cristales, dijo:

—¡Esto es el cruce de un perro carlino con un perrillo faldero!

El vocerío no habría acabado nunca si en aquel instante no se hubiera abierto bruscamente la puerta que daba a la habitación trasera. Allí apareció un rostro serio y bronceado por el sol, cuyos ojos claros y sagaces se clavaron en los artífices de aquel desorden. Eran los ojos de un joven de piernas largas, enfundadas en unas relucientes botas marrones de caña alta. En su guerrera lucía una Cruz de Hierro negra y blanca, sujeta por una cinta de los mismos colores. Era el teniente. La tropa le había colgado el apodo de Mirlo Blanco porque era una *rara avis* que siempre seguía su propio criterio; y eso en el

ejército era casi tan insólito como un mirlo de plumas blancas. Su verdadero nombre era Hans Alert.

—¿Qué escándalo es éste? —preguntó.

—A sus órdenes, mi teniente —dijo con una sardónica sonrisa uno de los artilleros mientras se mantenía firme como un palo—: Rosenlöcher ha tenido un niño.

—¿Qué?

—Y Distelmann ha tenido un perrillo, mi teniente —replicó Rosenlöcher—, son como dos gotas de agua.

—¡Quítate esa sonrisa de la cara! —le ordenó el oficial tratando de mantenerse serio, e inmediatamente se volvió hacia Jan—. ¿Cómo te llamas?

—Jan, panie.

—¿Jan Panie? —repitió el teniente—. Un nombre extraño.

—No, panie —le corrigió Jan—, me llamo *Jan*, panie.

—Esto no hay quien lo entienda: no te llamas Jan Panie, pero tu nombre es Jan Panie. ¡Empieza a hablar ahora mismo! ¿Nombre de pila?

—Jan, panie.

—Entonces aclarado: Jan. Dejemos por ahora el Panie. ¿Apellido?

—Kubitzki, panie.

—¿Cómo me vuelvas a decir panie otra vez...! ¡Prefiero que digas *tío*!

—¡No, panie, *tío* no! —repuso Jan de inmediato e hizo un gesto de desagrado.

—¡Serás cabezota! ¿Y por qué no?

—El *tío* siempre me pega —contestó, vacilante, el muchacho.

—Pues entonces llámame teniente o señor, ¿entendido?

—Sí, panie teniente.

Una sonrisa volvió a dibujarse en el rostro de los artilleros.

—Di *mi* teniente, y no *panie temente*.

—Si, pani... ¡mi teniente!

—Eso está mejor. Dime, ¿y el perro guardián que está allá arriba?

—No es un perro guardián, mi teniente, es mi amigo Flox.

El perro saltó desde lo alto de la estufa.

—¿Sois los dos del pueblo, tu amigo y tú? —preguntó Alert.

—Sí, mi teniente.

—¿Y estabais aquí solos? —Jan asintió—. ¿Solos durante nuestro bombardeo?

Jan asintió de nuevo y añadió:

—Los soldados rusos también disparaban sobre las casas del pueblo.

—Esto tuvo que ser un verdadero infierno. ¿Qué pensáis? —dijo Mirlo Blanco, dirigiéndose a la tropa, que ahora permanecía seria y miraba con aire pensativo al muchacho; y, después de una pausa, continuó—: Bien, pues entonces eres nuestro prisionero, el único prisionero de la heroica conquista de Kopchovka.

Jan se estremeció al oír la palabra *prisionero*. «¿Prisionero?», pensó, «Prisioneros son sólo los ladrones, los atracadores, los malhechores o los perros rabiosos». ¿Qué delito había cometido él? Hacía un instante aquel panie se había mostrado tan amable y ahora, sin más, ¿prisionero?

—¿Sabes hablar polaco, muchacho? —continuó interrogándolo el oficial.

—Desde luego, mi teniente: tengo que hablarlo.

—¿Cómo que tienes que hablarlo? ¿Por qué razón?

—Porque el panie Ostrovsky sólo habla polaco, como el tío y la señora Goloborotka y...

—De acuerdo —dijo Alert, y se encaminó hacia la puerta—, veamos qué podemos hacer por ti. ¡Dad enseguida de comer a este muchacho como es debido! Tendrás hambre, ¿verdad?

—Sí, mi teniente; y Flox también.

En cuanto Mirlo Blanco se hubo marchado, volvieron a reinar la jarana y el desorden. Uno echaba en falta esto, otro no encontraba aquello: una bota, el corbatín, un botón. Behr el Bajito había perdido el reloj e insistía en que Flox se lo había tragado. Todos empezaron a maldecir y, luego, cuando los objetos aparecieron de nuevo, incluso el reloj, continuaron maldiciendo. Ahora maldecían la guerra, la maldita guerra.

—¿Por qué lucháis entonces? —preguntó Jan.

—¡Qué ingenuo eres, muchacho! —le espetó Distelmann—. Porque tenemos que hacerlo. ¿Te crees que alguien nos preguntó?

Jan lo entendía perfectamente; su querido padre también había tenido que ir a la guerra. Y acto seguido, Rosenlöcher, mientras se peinaba con esmero, exclamó:

—Tíes que saber que aquí todos luchamos por el Rey y la Patria. ¡Y no nos van a parar!

Y a continuación le dio el peine a Jan para que éste intentase domeñar su maraña de pelo rubio.

—Luchamos por la cultura alemana, pequeño Panie —intervino Franz Behr.

Esto, sin embargo, no lo entendió Jan.

—Lucháis únicamente por *la calavera del sultán Makawa*.

Todos dirigieron la vista, extrañados, a quien acababa de pronunciar aquellas palabras: un tipo alto, musculoso y de piel morena, cuyo pelo castaño ya empezaba a encanecer junto a las sienes.

—¿Luchar por qué, Cordes? ¿La calavera de quién? ¿Cómo se llama el soldado ése del que hablas? —vociferaron todos.

—Nada, nada, es sólo una historia que acabo de recordar del tiempo que estuve en África; ya sabéis que pasé ocho años en las colonias.

—Venga, Cordes, ¡desembucha! —lo apremió Rosenlöcher—. Sabes que minteresa todo lo que tié que ver con África. ¿Eran caníbales?

—Os lo contaré en otro momento —se excusó el tipo de las colonias—; ahora quisiera lavarme —y diciendo esto le colocó a Jan una fiambreira negra en la mano—. Vamos, pequeño Panie, vete a buscar agua. Puedes lavarte tú también si quieres. Aquí tienes jabón, pero lo traes de vuelta, ¿me oyes?

—Y para Papá Rosenlöcher traes también un litro dagua —dijo el gordo artillero, y le puso en la otra mano una segunda fiambreira—. No te vayas a creer que éste es más amable que los demás.

Jan habría querido desayunar primero. El teniente había dicho que le diesen de comer, pero en ese momento a él le pareció conveniente hacer lo que le decían. Cuando abrió la puerta, Flox salió al aire libre, escabulléndose entre sus piernas como una exhalación.

Jan pensaba ir hasta el pozo que había tras la casa del tío Peter, pero el patio estaba repleto de soldados. Además, quizás el tío estuviese buscándolo y si lo encontraba le daría un par de buenos azotes. Prefirió entonces bajar hasta el Ravka. Allí no tendría que sacar el agua del pozo, le bastaría con saltar al río.

¡Aquello sí que era un gusto! El agua del Ravka se tiñó de negro con la suciedad.

Luego le tocó el turno a Flox. Jan lo frotó, lo restregó, lo enjabonó y lo aclaró. El animal, paciente, se mantuvo tan quieto como una estatua. Solamente se movió cuando, al verse con el hocico enjabonado, sacó la lengua y se limpió la espuma de un lametazo.

El Ravka volvió a teñirse de negro una vez más.

Como un adulto, Jan se acomodaba ahora en una de las sillas de la tasca con todos los soldados a su alrededor. En la mano tenía una buena rebanada de pan.

—Ahí tiés algo para untar —dijo Papá Rosenlöcher con una sonrisa de oreja a oreja, y le acercó una lata de metal—. Pero no te pongas demasiado, hijo, questo es mantequilla de vaca de verdad.

En medio de la taberna, sentado sobre sus patas traseras, Flox olisqueaba a cada soldado que pasaba por delante. Todos le daban un pedazo de pan; Jan le daba incluso dos. Veintidós bocados en total que sabían mucho mejor que la espuma de jabón.

—¡Que aproveche, tropa! —dijo el teniente al entrar desde la calle—. Ahora tenéis un nuevo camarada —y dirigiéndose a Jan—: ¿Qué, muchacho? ¿Quieres quedarte con nosotros? Seguro que conoces bien la región y, además, hablas polaco. Podrías sernos de gran ayuda.

La alegría y el orgullo que sintió el muchacho le hicieron enrojecer. ¡Tenía que ser alguien de provecho si le ofrecían quedarse con ellos! Pero ¿qué diría el tío? No diría nada en absoluto, le daría tal zurra que no podría sentarse ni tumbarse durante tres días.

—Me gustaría mucho, mi teniente. Me gustaría, pero..., el tío... —titubeó Jan.

—¿Acaso te pegará si se lo dices? —el muchacho calló, avergonzado—. Yo podría tener unas palabras con él —propuso Mirlo Blanco—, ¿o crees que me pegará a mí también? ¿Sabes dónde está?

Jan se encogió de hombros.

—No sé, mi teniente. Todo el pueblo huyó cuando ustedes atacaron.

—Y nosotros que creíamos que el pueblo estaba lleno de cerdos rusos —rió el larguirucho Hottenrot—, y luego resulta que no quedaba ni uno.

—No es cierto, sí que había un cerdo —razonó Jan—. El del tendero Kaczmar. Lo hirieron en una pata. ¿No se puede ayudar al pobre animal?

—Ya le hemos ayudado —repuso Hottenrot con aire satisfecho y miró a Behr el Bajito.

—Ése va por el mismo camino que toda la carne de cerdo: al puchero —añadió éste.

—Hijo, tú también tendrás un trozo —intervino Rosenlöcher.

—Bueno, piénsalo —le dijo el oficial a Jan, y acarició cariñosamente su abundante cabello rubio—. Tienes tiempo, nos quedaremos aquí por ahora.

Y a continuación se dirigió a sus hombres:

—Quiero a todo el mundo listo de inmediato para tomar posición detrás del pueblo. A las ocho en punto toda la batería debe estar preparada para abrir luego.

«Qué palabras tan extrañas las de esta gente», pensó Jan. «¿Batería? ¿Abrir fuego? ¿Posición? No sé qué querrán decir».

Sin embargo, su significado no parecía habersele escapado a nadie, pues en cuanto Alert hubo acabado de hablar, la tasca cobró vida. Todos engulleron el último bocado a la carrera, se ajustaron los correaes y se precipitaron al exterior. Flox iba en cabeza.

«¿Qué tendrá este perro?», se preguntó Jan. «Se ha vuelto loco». Tan pronto echaba a correr hacia la casa del tío, donde había más alemanes acuartelados, como regresaba lentamente con el rabo entre las piernas, se arrojaba a Jan, lo rozaba con el hocico y se lanzaba de nuevo hacia la casa destruida por los cañonazos. Jan fue tras él y, siguiéndolo, se abrió paso entre la aglomeración de soldados.

Virgen Santa, ¿qué estaba viendo? El muchacho se estremeció y un escalofrío lo recorrió de arriba abajo. Sepultado por los escombros, entre tablones y vigas carbonizadas, yacía el tío, el tío Peter. Tenía los pies desnudos y un enjambre de negros moscones se arremolinaba sobre sus manos hinchadas y azules. Junto a él, hecha añicos, estaba la botella de licor que Jan le había comprado en la taberna hacía dos días.

—Lo pilló con la borrachera —dijo uno de los soldados.

—¡Ponedlo de una vez en una lona y echadlo en la fosa de cal que hay allí detrás! —gritó alguien desde el otro lado.

Jan se quedó como paralizado en medio de calle y, aunque aquel día el sol calentaba en el pueblo, él sintió un frío que le heló el corazón. Los soldados colocaron al hombre muerto en un lienzo de color gris verdoso y lo levantaron. La lona se combó como un saco de patatas bajo el peso del cadáver y las manos que tantas veces lo habían golpeado asomaron amenazadoras a ambos lados de la tela.

—¿Qué haces aquí, chico? —le preguntó un hombre corpulento que lucía galones dorados y tenía un gran botón en el cuello de su guerrera.

Jan no pudo articular palabra. De pronto oyó la entrañable voz de Papá Rosenlöcher:

—Éste es nuestro Jan, mi sargento. Un muchacho de lo más valiente. Fue lúnico que permaneció ayer nel pueblo durante el bombardeo.

—El único exceptuando éste de aquí —añadió el sargento, señalando con la cabeza el cadáver del tío en el instante en que lo perdían de vista tras la esquina de la casa—. ¿Lo conocías? —Jan asintió.

—Era mi tío.

—Pero ¿cómo?, ¿tu tío? Ánimo, chiquillo —trató de consolarlo Rosenlöcher—. Ése ya no te va a cascar más, ahora pues hacer lo que te dé la gana y nó tiés que pedirle permiso para venir con nosotros. Nadie te va a tocar un pelo, ya mencargo yo, que para eso soy Papá Rosenlöcher —y al decir esto tomó a Jan de la mano y, mientras atravesaban la calle para ir hacia el prado, le habló de su hijo, de su querido Oskar, que se había quedado en el hogar, allá en Sajonia—: ¿Quiés ver una foto suya? ¡Mira! —de su guerrera gris sacó una foto donde se veía un muchacho con la misma cara de pan y el mismo aire bonachón que su padre. Aparecía junto a una bicicleta con el pie derecho sobre el pedal, como si fuese a saltar sobre ella en cualquier momento—. Si por casualidad pasas alguna vez por Plauen..., ¿sabes, Plauen en Vogtland?, tiés que visitarnos. Ya verás nuestro negocio dultramarinos —se enorgulleció Papá Rosenlöcher.

—¿Podré montar también en bicicleta? —preguntó Jan, que había dejado ya de pensar en el tío.

—¡Y tanto! —dijo Rosenlöcher.

—¡Papá Rosenlöcher! —exclamó Jan, al tiempo que señalaba, atemorizado, la pradera frente a ellos—. ¡Son cañones!

Cuatro colosos grises se alzaban allí delante y sus siniestras bocas apuntaban justamente hacia ellos.

—No van a hacerte nada. Ésos no se mueven a menos quel teniente y yo queramos.

—¡Jan! —lo llamó el teniente en cuanto los vio acercarse.

El muchacho se encaminó hacia el oficial, que estaba sentado sobre una caja pintada a rayas grises que había junto a los cañones. Sobre las rodillas tenía un mapa desplegado que recorría con el dedo buscando algún punto.

—Dime, Jan, tú sabrás probablemente dónde se encuentra Pólnov, ¿no es cierto?

—¡Sí, hacia allá! —respondió éste, señalando con la mano en una dirección.

—¡Muy bien! ¿Y sabes también de algún lugar cercano desde dónde podamos echar un vistazo?

A Jan le vino a la memoria el pino al que había trepado una vez para vaciar de huevos un nido de corneja, porque desde allí había visto Pólnov.

—No lejos de aquí hay un árbol al que se puede trepar y...

—Perfecto —lo interrumpió el teniente—, llévanos ahora mismo.

—¿Puede acompañarnos Flox? —quiso saber Jan.

En unos minutos una pequeña expedición se puso en camino a través de la campiña. Flox trotaba delante. Lo seguían Mirlo Blanco, Jan y un soldado que cargaba con un pie de sujeción y un estuche, en cuyo interior, según le explicaron a Jan cuando preguntó por el contenido, había un telescopio especial llamado telémetro de artillería. Otros dos soldados acarreaban una larga escalera.

—¿Es usted también artillero? —preguntó Jan al hombre que llevaba el estuche.

—No, pequeño Panie, soy cabo, un rango menor que el de los suboficiales.

—¿Y dispara también usted el cañón?

—No —le aclaró el cabo—, yo observo por el telémetro para ver si los artilleros han apuntado correctamente y han acertado en el objetivo.

—Entonces tiene que haber visto que ayer no había nadie en el pueblo más que yo. ¿Por qué no les dijo a los artilleros que estaban apuntando mal?

El cabo, tragándose su orgullo, enmudeció bruscamente y Alert, que había oído la pequeña conversación, intervino:

—¡Este muchacho es asombroso! ¿Qué, Jan, has pensado lo que vas a hacer? ¿Quieres quedarte con nosotros?

—Si usted me da permiso, mi teniente —aceptó el muchacho y, señalando un pino que sobresalía entre el follaje, dijo—: Ése de ahí es el árbol.

Los soldados apoyaron la escalera, extrajeron el telémetro de su estuche y lo izaron con cuidado hasta las ramas. En un abrir y cerrar de ojos Jan y Alert estaban encaramados en lo alto junto al aparato. El teniente divisó en la distancia la aguja del campanario de Pólnov y, con suma atención, escuchó de boca de Jan todo lo que quería saber. También Flox, al pie del árbol, observaba atentamente al muchacho.

Cuando Jan descendió de aquellas ramas tan altas con la agilidad de una ardilla, Alert lo miró con afecto y, como maravillado, repitió:

—¡Este muchacho es asombroso! —y se dirigió luego al cabo—: Häberlein, lléveselo y procúrele lo necesario: guerrera, pantalón, calzado y, sobre todo, ropa blanca. Eres un joven muy simpático, Jan, no puedes ir por ahí con esa pinta andrajosa, y mucho menos ahora que vas a quedarte con nosotros. Puedes pedir, además, que te corten el pelo.

—¿Y Flox, mi teniente? ¿También van a cortarle el pelo a él?

En la pradera, tras los cañones, había un carro entoldado repleto de todo tipo de cosas. Era el ropero itinerante que los artilleros llevaban consigo.

—¡Habrase visto nunca un artillero tan canijo! ¡Jamás de los jamases! — bromeó el furriel en su acento berlinés cuando Häberlein solicitó para Jan indumentaria y ropa blanca.

Después de mucho revolver y comprobar la talla de los pantalones, por fin aparecieron unos a los que sólo hacía falta remangar diez centímetros de pernera. La ropa blanca, la guerrera y las botas también le estaban grandes, y en cuanto a la gorra, Jan tenía suerte de que las orejas evitasen que le resbalara hasta la punta de la nariz. Sin embargo, según la opinión del furriel, todo le quedaba estupendamente.

—¡Cómo cortado por el mejor sastre de Berlín! —rió el cabo Häberlein y ordenó—: Iiiizquierda, ¡ar! Preséntese en la peluquería.

Un soldado peluquero estaba ya preparado y hacía chascar las tijeras en el aire.

—¡Primero Flox! —exclamó Jan.

—Y después tú, pequeño Panie. No creas que te vas a ir de rositas —le recordó Häberlein.

Y acto seguido, el cabo sujetó con fuerza a Flox, que gruñía con desconfianza a las tijeras del soldado peluquero.

Fue una tarea ardua.

Cuando Häberlein vio en el suelo el vellón recién esquilado, que debía de pesar por lo menos un kilo, exclamó asombrado:

—¡Pero si es un caniche! Pensaba que era una oveja churra que había aprendido a ladrar.

—Pues yo me di cuenta desde el principio de que era un caniche — comentó el peluquero, dándose importancia—. Mi tía tenía uno igual. Nunca imaginé que por aquí pudiese criarse también esta raza. Ahora mismo le recorto unos brazaletes perfectos y una melena y cuando vaya a África pensarán que es un león, os lo digo yo.

Jan estaba completamente cambiado. Cuando Papá le sostuvo el espejo para que se mirara, no supo reconocer a la persona que contemplaban sus ojos. En el espejo veía un soldado: uno de los soldados alemanes que habían hecho huir a toda la población de Kopchovka; uno de los soldados que le habían hecho sentir tanto miedo. Y, ahora, el soldado quejan tenía ante sí era él mismo. Aquello era algo que no llegaba a comprender del todo.

Rosenlöcher, que entretanto había estado observando de soslayo a su ahijado, le puso una mano en el hombro y afirmó:

—Ya ves, hijo, ahora tú también eres una bestia salvaje de artillería.

## ¿Qué comerán los soldados?

Cuando una pieza de artillería hace fuego, tarda unos segundos en volver a disparar. Los cargadores tienen que introducir un nuevo proyectil que reemplace al que acaba de ser disparado y otro artillero ha de apuntar hacia el lugar donde ha de hacer blanco. La pieza de artillería concede entonces unos segundos de paz. Los hombres, sin embargo, no quieren que la paz dure tanto tiempo, por eso colocan varios cañones juntos y los apuntan hacia el objetivo. Mientras el primero da una pequeña tregua, dispara el segundo; luego, el resto. Y cuando el último descarga, el primer cañón se encuentra de nuevo listo para abrir fuego.

Una batería es el conjunto de cuatro o seis piezas de artillería y todos los hombres, recua, carros y munición que los acompañan. Varias baterías forman un batallón de artillería pesada. La batería que Jan había conocido de forma tan singular se puso de nuevo en marcha el sábado diecinueve de septiembre de 1914 y ese mismo día atravesó Pólnov, el pueblecito que Jan había mostrado a Alert el día posterior al bombardeo de Kopchovka, y del que habían divisado, a lo lejos, la aguja del campanario. La batería continuaba ahora su avance hacia el Este persiguiendo al ejército ruso en su retirada.

Doscientos cincuenta artilleros, todos protegidos con su casco, caminaban detrás de los oficiales, los cañones y los carros de munición, hundiéndose en una arena densa y cargando a la espalda el macuto y el fusil. El convoy iba levantando a su paso una espesa nube de polvo que se movía a la par que los soldados. Delante, el teniente cabalgaba una yegua castaña. Habían partido de Kopchovka a las cinco de la mañana, antes de que saliese el sol, y ya eran las cinco de la tarde. Los caballos de tiro arrastraban los cascos por el suelo arenoso y a los artilleros les rugía el estómago. Entre las filas corría una palabra, la palabra más común de la jerga de los soldados: gazuza, ¡hambre!

Cuando el convoy hizo alto de nuevo, el teniente anunció a la tropa:

—Seguramente aún nos quedan un par de horas de camino. Si el pequeño Panie guía correctamente al cabo Jakob, llegarán con el carro de la

intendencia antes que nosotros. Luego tendremos incluso correo y tabaco, y eso es lo más importante. Aguantaremos hasta entonces. ¡Canten! —ordenó Alert.

Y Behr el Bajito comenzó a entonar con brío:

*¿Qué comerán los soldados,  
el alférez y el capitán?  
Un buen guiso de pescado  
es lo que los soldados comerán.  
Teniente, cabo,  
sargento, abanderado,  
toma a la muchacha,  
toma a la muchacha de la mano,  
soldado,  
camarada,  
toma a la muchacha,  
toma a la muchacha de la mano.*

No había muchacha alguna en leguas a la redonda, por supuesto, ni tampoco ningún guiso de pescado. Sin embargo, una canción así siempre es hermosa: levanta el ánimo. Todos los soldados de la batería cantaban a coro. El paso se hizo más ligero y el polvo empezó a ascender en remolinos cada vez mayores. Parecían haber olvidado el hambre y el cansancio.

*¿Qué beberán los soldados,  
el alférez y el capitán?  
El mejor vino que se encuentre  
es lo que los soldados beberán.*

A las cinco menos cuarto de la mañana, Jan se había puesto en marcha con el carro de la intendencia y el cabo Jakob en dirección a Gradicz. Flox, que naturalmente iba con ellos, dormitaba en el carro sobre un montón de sacos vacíos. Jan iba sentado en el pescante e indicaba el camino al conductor Schnabel, un soldado cuya voz aguda y cantarina y su nombre —que quiere decir «pico»— le habían granjeado el apodo de Picopájaro Schnabel. Acomodado en un asiento en el interior, el cabo Jakob no conseguía sacar nada en claro por más que se esforzase en interpretar el mapa.

Avanzaban a buen trote siguiendo el curso del río Ravka, a través de campos abandonados. No se tropezaron con un solo campesino en todo el trayecto ni vieron una sola res. Únicamente oían a ranas y sapos croar en sus charcas y estanques.

Cruzaron al paso por Trabcine, un pueblo que contaba sólo con dos filas de escuálidas chozas. Allí se encontraron con carros repletos de soldados pertenecientes a distintos batallones que intentaban también llegar a Gradicz

para recibir forraje para los caballos y provisiones de carne, pan, sal, manteca, azúcar, café y tabaco para los soldados. A todos les sucedía igual que al cabo Jakob: nadie era capaz de entender aquellos mapas. ¡Ojalá alguien les hubiera mostrado el camino! Así que cuando cundió la noticia de que Jan conocía la región, exclamaron:

—¡Pues en marcha, pequeño Hindenburg<sup>[1]</sup>!

Schnabel chasqueó el látigo y el convoy se puso en movimiento. Jan le señalaba aquí y allá una senda apenas transitable a través de los vastos y densos bosques de Vielki.

El tránsito en el camino se volvió más intenso. Acababan de salir de la espesura y se acercaban a la pequeña ciudad de Gradicz. Cada vez se veían más soldados y más carros. A veces, incluso, resultaba imposible continuar la marcha.

Tuvieron que detenerse a la derecha junto a la cuneta porque al otro lado, en dirección opuesta, se alineaban largas y grises columnas de cañones y soldados, soldados y cañones, cubiertos todos por una densa capa de polvo.

—Aquí tienes a la Decimoctava División —dijo Jakob. A Jan le parecía que el mundo estaba repleto de soldados alemanes.

Algunos automóviles pasaron a su lado. Jan quedó desconcertado, era la primera vez que veía un automóvil. En uno de ellos, alguien vestía un brillante uniforme lleno de detalles rojos y dorados; su pelo canoso era lo único gris de su aspecto. Jakob le explicó que aquél era el general, el hombre que comandaba todos los soldados y oficiales que habían visto. Aunque aquellos hombres y cañones constituyesen la Decimoctava División, éstos no conformaban, ni con mucho, el grueso del ejército. Al fin y al cabo la Decimoctava División era sólo eso, la Decimoctava. Había, pues, diecisiete divisiones antes, tan grandes como ésta, e incluso alguna más después, aunque Jakob no sabía decir exactamente cuántas. Jan sintió vértigo. El mundo estaba verdaderamente repleto de soldados alemanes.

Pasaron más automóviles con oficiales de uniformes resplandecientes.

—¡Ya quisiera yo poder ir alguna vez así! —gorjeó Picopájaro Schnabel—. A éstos los hacía yo trotar todo el día con los pies desollados, cargando con el talego a la joroba y con el mosquetón.

—¿El talego a la joroba? —preguntó Jan extrañado—, ¿van montados en camellos? ¿Dónde? —al tiempo que se giraba buscando, lleno de curiosidad.

Jakob y Picopájaro lloraban de la risa.

—Fíjate bien —dijo el cabo—, ¡si no se ven más que camellos! ¡Un gran rebaño de camellos!

Jan comprendió entonces que se referían a la espalda y al macuto marrón con el que cargaban los soldados, y que el mosquetón era el pesado fusil que llevaban colgado al hombro. Y los tres, riendo, entraron en la pequeña ciudad de Gradicz.

El lugar jamás había conocido un ajetreo como el de aquellos días. En la modesta estación de ferrocarril, innumerables trenes de mercancías hacían alto para ser descargados; luego, los vagones vacíos eran alineados en otras vías. Constantemente acudían pesados vehículos de carga que se detenían junto a los trenes, recogían ingentes cantidades de mercancías y, llenos a rebosar, salían traqueteando hacia la plaza del mercado para repartir las provisiones a los carros que esperaban allí y que habían sido enviados por cada destacamento.

Sin embargo, el aprovisionamiento no era tarea sencilla. En la plaza imperaba tal caos de hombres y vehículos que era imposible saber dónde estaba nada. Todo era griterío, riñas, silbidos, bocinazos, relinchos, palabras malsonantes y un continuo retumbar de golpes y batacazos. Era imposible oírse a sí mismo. Por encima de aquel jaleo no se percibían siquiera los sonoros ladridos de Flox. El único que reparó en él fue un perrillo lanudo que se acercó meneando el rabo. Desde el carro, el caniche interpretó el gesto como una invitación y, dando un brinco, saltó con audacia. Flox por fin había vuelto a encontrar la compañía canina que todos los perros necesitan.

—¡Estáte atento, Panie! ¡Que no te roben el perro! —le advirtió Picopájaro y Jan mantuvo los ojos abiertos.

Entretanto, Jakob, que había tomado las riendas del carro, arreaba a los caballos por entre el tumulto y avanzaba derecho hacia el extremo opuesto de la plaza, donde el forraje y los alimentos se apilaban formando una montaña. Los demás conductores y suboficiales —quién sabe cuándo habrían llegado y cuánto tiempo habrían estado esperando—, la emprendieron a insultos con él. Parecían una bandada de pajarracos graznando al paso del cabo. A éste, sin embargo, no le importó lo más mínimo. Continuó adelante.

Por fin llegaron a la montaña de forraje. Atrás habían dejado un agitado mar de carros que aguardaban su turno. Jakob no se giró ni siquiera un momento, tenía los ojos clavados en los numerosos sacos y cajas con provisiones que había frente a él y en los soldados encargados de hacer el reparto. Uno de ellos, sentado tras una mesa, registraba las entregas. Jakob le entregó una nota firmada por Alert donde figuraba lo que le correspondía recibir.

De inmediato se acercó un joven elegantemente vestido con una guerrera gris de cuello alto recién estrenada. Portaba una lente redonda en el ojo izquierdo y una fusta en la mano derecha. Con voz estridente interpeló a Jakob:

—¿De dónde viene? ¿Batería?

—Séptima Batería, Decimoséptimo Batallón —respondió, molesto, el cabo.

¿A qué venía este petimetre a preguntar? ¿Acaso no estaba escrito en la nota que le había dado al soldado del registro?

—Puede esperar —afirmó el jovenzuelo del monóculo y cimbró ante sí la fusta dando un golpe en el aire.

—No, mi alférez, me temo que eso es imposible —repuso Jakob—. Debo regresar a mi batería. Son más de cuatro horas de viaje y si además tengo que esperar aquí...

—Pues se espera —lo interrumpió el alférez—, ¿o se cree que yo estoy aquí por gusto?

—Lo parece —replicó el cabo con una pequeña sonrisa.

Aquel paladín de la fusta se encaminó entonces hacia Jakob con el rostro encendido y, arrebatado por la furia, le dedicó tal cantidad de insultos que Jan creyó por un momento tener delante a su tío; aunque ni siquiera el tío era capaz de enfadarse así.

—¡Se ha vuelto loco! ¿Cómo se atreve un sucio judío como usted a hablarme así?

—¡Ah, claro, ya entiendo...! —se indignó Jakob.

—¡Silencio! —le exhortó aquel joven elegantemente uniformado—. ¿Acaso pretende darme lecciones? No sabe con quién se está gastando los cuartos. ¡Conmigo ha dado usted en hueso! —y ordenó a los soldados encargados del abastecimiento—: Hasta que los demás no reciban lo suyo, no habrá nada para el judío, ¿está claro? —y luego, dirigiéndose a Jakob—: ¡Y ahora prepárese para recibir una buena reprimenda del teniente de su batería por no regresar a tiempo, muy buenos días! —y dando un golpe de fusta en el hocico de uno de los caballos enganchados al carro, se marchó.

No fue muy lejos, pues en un par de zancadas Jakob alcanzó al joven, tan complacido como estaba por haber maltratado al animal, y, cerrándole el paso, le dijo:

—Caballero, lo que acaba de hacer no se lo consiento de ningún modo.

—¿Cómo...? —acertó únicamente a decir el alférez—. ¿Usted...? ¿Usted se atreve a contradecirme? Haré que lo detengan ahora mismo. ¡Ahora

mismo! Jamás se ha visto tal impertinencia. ¿Tiene idea de lo que significa contradecir a un superior? Significa insubordinación, significa alzarse contra el Ejército. En tiempo de guerra eso se castiga con la muerte. ¡Va a enterarse de quién soy yo!

Jan estaba atemorizado. Jakob, sin embargo, miró con calma a los ojos a aquel hombre iracundo, se acercó hacia él dando dos pequeños pasos e hizo una pequeña reverencia.

—No voy a enterarme de quién es usted porque lo sé perfectamente, señor Heribert König. Mi nombre es Jakob, miembro del colegio de abogados.

El joven se estremeció. Parecía encogido, igual que un acusado frente al tribunal, pensó Picopájaro.

Jakob pronunció cada palabra claramente, con voz templada:

—Aunque tal vez haya usted oído mi nombre antes; pero dejemos eso, pasemos a lo que nos incumbe ahora. Este caballo de aquí es propiedad del ejército alemán y veo que se muestra usted mucho más hostil con él que con el enemigo: ahí está faltando a su deber, porque prefiere golpear a este pobre animal, que lleva desde las cinco de la mañana tirando de un carro, que atacar al ejército ruso. ¿Dónde estuvo *usted* ayer de madrugada hasta las cinco de la mañana? Yo lo sé. Estuvo con el capitán Tziecke y el resto de lo que podríamos llamar «club de los señores inofensivos». Es *usted* quien no sabe con quién se está gastando los cuartos. Si no recibo otros diez kilos de avena para este pobre caballo en el acto, la comandancia general tendrá hoy mismo noticia de usted, y entonces puede decir adiós a los privilegios del puesto que tiene aquí.

El joven alférez palideció.

—Cabo... —tartamudeó—. No doy..., no doy crédito a lo que oigo. ¡Está usted hablando con un superior!

—Deprisa, haga el favor —lo instó Jakob—. Le tengo gran aprecio a mi tiempo y mis camaradas están esperando. ¿Se decide o no? Tardo únicamente diez minutos en presentarme en la comandancia general —y diciendo esto hizo una señal a Picopájaro Schnabel para que enderezase el carro. Schnabel tomó las riendas y ya se disponía a partir, cuando ocurrió algo quejan jamás habría esperado.

Como si nada hubiese ocurrido, el alférez llamó a uno de los soldados, le ordenó que despachasen de inmediato a Jakob y le diesen además otros diez kilos de avena. Acto seguido hizo un gesto casi imperceptible con la fusta a modo de saludo y desapareció como una exhalación.

El carro, cargado hasta arriba, se puso de inmediato en marcha, tomó una callejuela angosta y desembocó en una pequeña plaza. Allí había un pesebre en el que Schnabel puso un poco de avena, aunque Jakob enseguida añadió una buena cantidad de la ración extra que acababan de procurarse.

Flox había tenido que renunciar con gran tristeza a su reciente amistad, pero recibió a cambio un trozo de salchicha. Algunos niños de rostro macilento y ojos hundidos que merodeaban por allí los observaban con curiosidad.

Jakob se encaminó a la puerta trasera de una estrecha tiendecita de techo bajo y entró. Tenía la intención de hacer algunos recados que le habían pedido sus camaradas: hilo, papel de carta, un cuchillo, botones, chocolate, cordón, pañuelos, tirantes y, sobre todo, tabaco; los soldados nunca tienen suficiente tabaco.

En el rincón más apartado del establecimiento, sentado a una mesa, se encontraba un anciano de larga barba y pelo cano. De su rostro amarillento sobresalía una nariz grande y afilada, el cabello le caía en largos rizos bajo su gorrito negro y vestía el típico atuendo oscuro y anticuado de los judíos polacos.

—Uy, uy, uy, uy —dijo haciendo un gesto negativo con la cabeza al ver a Jakob entrar en el pequeño comercio, seguido de Jan y Picopájaro—, ¡uy, uy, uy! Vienen soldados alimanés a comprar, hoy Sabbat. Señor oficial disculpa, dinero no puedo tomar, Sabbat. Judío trabajar no puede el sábado; no vender, no negocio.

—Está bien —contestó Jakob, que entendía los reparos del anciano—, no tenemos intención de comprarle nada, sólo queremos coger algunas cosas que nos hacen falta. El dinero lo dejaremos aquí, encima de la mesa y ya lo recogerá usted cuando le convenga. Nos bastará únicamente con que nos diga el precio de cada cosa. No tendrá que vender nada. Ningún párrafo de la ley mosaica menciona que no pueda decirse el precio de un objeto en sábado.

—Astutos son los oficiales alimanés —dijo el viejo—. Sí, astutos; y también distinguidos. Estos oficiales alimanés a mí no robarán.

Los tres recorrieron la tiendecita y, como si ellos mismos fuesen vendedores, fueron tomando lo que necesitaban. El viejo, que permanecía sentado en el rincón, no les quitaba el ojo de encima. De pronto se puso de pie y se dirigió hacia Jakob sonriendo cortésmente.

—El señor oficial disculpa la pregunta...

—¿Sí?

—No lo tome a mal, señor oficial. Soy un judío anciano y ya no tingo buena vista, pero querría preguntar al señor oficial si... —hizo una tímida pausa.

—¿Dígame, qué ocurre?

—Mi sobrino fallecido, Dios lo tinga en su gloria, tenía unos ojos, una boca y una nariz... tenía los mismos rasgos que el señor oficial.

—Por el amor del Cielo —rió Jakob—, ¿no estará insinuando que somos parientes?

—¡Bendito sea el Señor! ¡Nada más lejos! ¿Este viejo Abraham de Gradicz emparintado con un oficial alimán tan distinguido? Mi pensé que tal vez, desde los patriarcas... desde Abraham, Isaac y Jacob, pues... Perdone usted, quiero decir, ¿el señor oficial es, quizás, judío?

—Bueno, en primer lugar no soy oficial, sino un simple cabo —se explicó Jakob.

—Disculpe el señor cabo. El viejo Abraham intiende más de ley mosaica y de fisonomía que de uniformes.

—Pero no ha observado mal, Abraham —continuó Jakob—, mis antepasados y los suyos llevaron una vez el mismo uniforme en la Tierra Prometida.

El viejo pareció al instante como transformado y, movido por la emoción, se acercó más a su correligionario y le habló con el tono serio y severo de un padre:

—Hijo mío, ¿cómo llevas ahora *ese* uniforme? Y el mandamiento: no matarás, ¿no lo aprindiste? ¿Por qué te hiciste soldado, hijo mío?

—Tuve que hacerlo, Abraham —se excusó Jakob—, en Alemania todo hombre tiene que acudir a la llamada a filas.

—Tuviste que hacirlo, ¿qué quiere decir: *tuve que hacirlo*? —inquirió el viejo entonando la pregunta con voz solemne—. ¿En vuestro país, Alimania, no hubo un gran hombre, un poeta que iscribió en un libro, un libro que yo he leído con mis propios ojos: «Nadie tiene que hacer nada por obligación»? ¡Qué gran proverbio, qué gran virtud!

Jan, que había escuchado con atención aun sin haber entendido por completo el extraño acento del judío, preguntó en ese momento:

—Y entonces los niños, ¿tampoco tienen que obedecer?

—Eres un jovinzuelo listo —dijo el viejo—, pero diga que ti diga algo: nadie tiene que hacer nada por obligación, si no *quiere*. Los niños *quieren* obedecer a su madre y a su padre porque son todo corazón, alma y voluntad. ¿Viste alguna vez una sola madre decir a su hijo: «Ve y diga que a ti maten en

la guerra»? ¿A ti ha ordenado tu mamá ponerte ese uniforme y seguir a los soldados? ¿O acaso ya no tienes madre?

Jan asintió.

—Tampoco tengo otra ropa que ponerme.

—Pobre jovinzuelo —se compadeció el viejo.

Hubo un gran silencio en la pequeña tienda. Jakob depositó encima de la mesa los tirantes que acababa de coger y declaró:

—Es cierto, Abraham, ninguna persona tiene que hacer nada por obligación, pero yo no quiero que digan que los judíos son unos cobardes.

—¿Qué significa ser cobarde? Nicisitas más valor que todo un regimiento de soldados para decir: «No tocaré un arma, no dispararé». Nicisitas más valor para eso que para ir a la guerra con los demás y disparar cuando todos lo hacen a las madres y padres de niños que fueron criados con amor y cuidado. Dija que te dici algo, hijo mío: cuando disparas y matas a miles de personas con el fusil o el cañón, ¿de qué sirve? De nada, ti lo dice yo, el viejo Abraham. Vosotros los alimanes lucharéis y vinciréis, y volviréis a vincer otra vez y a luchar años y años, y al final veréis que habréis pirdido. Y si no fuesi así y ganaseis la guerra con la ayuda de Dios, y con la tuya también, ¿qué crees que dirían los poderosos en Alimania, eh? Dirían: «Vamos a hacer otra guerra, una que no nos cueste nada y que nos dé muchos diniro. Hagamos una guerra contra los judíos, contra los judíos de Alimania». Y entonces harán guerra contra ti y toda tu gente y destruirán tu casa y matarán a tu isposa; y será gracias a ti por haber llevado ese uniforme manchado de sangre.

—¿Es usted profeta? —preguntó Jakob.

—¿Profeta? ¿Para qué quiere uno ser profeta cuando tiene cabiza para pinsar y ojos para ver?

Picopájaro, que apenas había atendido a la conversación, ya había encontrado lo que necesitaba.

—Voy volando al puesto de correo —anunció—. ¿Vienes, Jan?

Pero Jan prefirió quedarse con Jakob y Abraham y acabar de escuchar aquel diálogo.

Jakob dejó el dinero de las cosas que había tomado sobre la mesa.

—¡Adiós, padre Abraham!

—Ve con Dios —murmuró el anciano—. No dijese que a ti disparen y no disparis a nadie. Vuelvi con la conciencia tranquila a casa de tu padre. ¿De dónde eres, hijo mío?

—De Fráncfort —respondió Jakob.

—¿De Fráncfort? —repitió el viejo, y su rostro se iluminó como si fuese aquél un lugar fabuloso y lejano—. ¡Fráncfort! Eres afortunado, hijo mío —y bajó la voz como para confiarle un secreto—. Alguien de nuestra congregación estuvo una vez allí: el rabí Kolischer. Era un buen hombre y un sabio maistro, pero cayó enfermo, muy enfermo, y pensábamos que iba a morir. Toda la comunidad riunió entonces dinero para inviarlo a un doctor muy conocido que vivía en Fráncfort. El rabí hizo un largo viaje hasta el río Meno, donde vivía el riputado doctor, y ricuperò la salud y pudo volver a leer los libros de la Ley y a enseñar a nuestros hijos. Y cuando el rabí le priguntó al doctor: «¿Cuánto quiere por habirme curado? Paga la comunidad», el doctor respondió: «Rigresa con el dinero, sé que vuestra comunidad es pobre. Dádsilo a los pobres». ¿Oyes, hijo mío?, así habló el gran doctor de Alimania al rabí de la Polonia rusa. ¡Y tú, bindito seas por ser de Fráncfort! ¡No olvides el mandamiento!

—¡Cabo, es hora de irse! —les gritó Picopájaro, que se había acercado de nuevo a la puerta de la tiendecita cargado con un gran saco a la espalda y parecía el mismísimo Papá Noel—. Está repleto de cartas y paquetes. ¡Cómo van a alegrarse los camaradas! —exclamó con una sonrisa de satisfacción.

—Y ahora, démonos prisa ¡Por el camino más corto! —dijo Jakob dirigiéndose a Jan en cuanto estuvieron de nuevo sentados en el pescante—. Estoy seguro de que podemos encontrar un atajo y ahorrarnos un buen trecho.

—Por Osiny entonces —afirmó Jan—, así sólo tendremos que recorrer la mitad del camino.

—¡Pues en marcha!

Y avanzaron a través de vastas tierras abandonadas por sus gentes y cruzaron pueblos cuyos humildes chamizos de paja hacían ostensible la pobreza del lugar. Atravesaron bosques y claros, rodearon estanques orlados de juncos y pasaron junto a castillos que se alzaban, tras altas murallas, en mitad de inmensos jardines. Avanzaron más y más, y el sol de la tarde iba hundiéndose en el horizonte.

Entretanto, la batería había alcanzado su destino y se había acuartelado para pasar la noche. La tropa escrutaba con inquietud el crepúsculo, pero a pesar del afán que todos ponían por avistar el carro de intendencia, éste no aparecía por ninguna parte. Papá Rosenlöcher estaba muy preocupado.

—¿Dónde sabrá metido el muchacho?

Cordes amontonó madera y encendió un fuego y Mirlo Blanco regresó hasta un cruce de caminos y se adentró en la campiña. Al llegar a lo alto de un collado desenfundó los prismáticos que llevaba al cinto, los levantó a la altura de los ojos y escudriñó pausadamente el horizonte. En la distancia se movía algo diminuto, no más grande que un grano de trigo, que fue creciendo poco a poco hasta tomar por fin la forma de un carro tirado por dos caballos. Eran ellos.

Una hora después los artilleros iban pasando su fiambarrera por delante de la humeante marmita de campaña para recibir por turno su ración.

Ya se había repartido el correo. El larguirucho Hottenrot había recibido una carta de su prometida. Distelmann, el barbudo, tenía noticias de su mujer y su hija. Fritz Behr cortaba en pedazos el pastel que su madre le había preparado en Bromberg y convidaba a sus compañeros al postre. Rosenlöcher había abierto una lata de exquisitos arenques en conserva enviados por la compañía *Albin Rosenlöcher; Plauen (Vogtland)*. Éste le alargó a Jan uno de los ricos arenques, pero el muchacho estaba tan cansado que no era siquiera capaz de probar bocado. Sólo cuando Papá Rosenlöcher le puso el arenque bajo la nariz y tarareó: «un buen guiso de pescado es lo que los soldados comerán», Jan sonrió con los ojos entreabiertos y dio un mordisco.

La gazuza se había desvanecido. Ahora sólo quedaba el humo de los puros flotando por encima de la tropa exhausta; pero, enseguida, también los cigarros se apagaron.

Una hora más tarde aquellos artilleros yacían nuevamente tendidos sobre camas de heno, apiñados unos junto a otros como los arenques en la lata de conservas de Rosenlöcher. Dormían y soñaban.

¿Qué eran las oscuras sombras y los ruidos que aquella noche se abrían paso en el sueño de Jan? ¿Serían acaso una pesadilla? El muchacho oía un tránsito continuo de carros pesados, gritos y chasquidos de látigo que retumbaban como si fuesen el eco de disparos. Alguien tropezó con sus piernas al pasar y alguien más lo despertó sacudiéndolo por los hombros e iluminándolo con una linterna. El resplandor se le clavó en los ojos soñolientos.

—Eh, camarada, ¿por dónde se va a Osiny?

¿Osiny? Aletargado, Jan fue tambaleándose entre los durmientes hasta la puerta del granero donde descansaban.

Había luna nueva y, además, apenas se veían estrellas en el cielo. En la tierra, sin embargo, las luces iban de aquí para allá. Una hoguera ardía. Las

figuras se erguían por todas partes como sombras; una infinidad de soldados uniformados con abrigo gris se alineaban en su marcha a lo largo del camino y las ruedas, grandes y pesadas, gemían girando sobre sus ejes. Jan miró alrededor, alzó la vista y señaló una estrella que resplandecía en solitario.

—Por allá se va a Osiny.

En sus sueños irrumpían sonidos angustiosos y sombras informes: abrigo gris, rostros grises, cañones grises. Los caballos jadeaban, los hombres roncaban. De pronto alguien gritó: «¡La guerra ha terminado!».

Pero únicamente lo estaba soñando.

## Ir al campo

Jan hablaba alemán, polaco e incluso algunas palabras de ruso. En los asentamientos alemanes, los niños suelen aprender estos idiomas como si todos fuesen su lengua materna y cuando hablan, a menudo no saben distinguir entre uno y otro. Jan oía ahora una lengua que le era desconocida y de la que apenas entendía gran cosa: la jerga del ejército alemán. Y a pesar de que las expresiones le resultaban familiares, muchas tenían un significado distinto del habitual y sonaban amenazantes, casi siempre terribles. La palabra «acertar» por ejemplo, ¿no evocaba a alguien dando saltos de júbilo por haber acertado los números ganadores del primer premio de la lotería? Sí, pero en aquella jerga bélica significaba otra cosa: un proyectil «acierta» su objetivo cuando lo destruye y se lleva con él la vida de los hombres que allí se encuentran. Algo parecido ocurría con la palabra «salva», que era el disparo conjunto que hacían todos los cañones de la batería. En alemán, sin embargo, conserva el significado latino de «salve», que quiere decir: «¡Te saludo!». Por eso, en muchas ocasiones, una salva era el disparo que se hacía para dar la bienvenida a alguien. ¡Pues qué forma tan alegre de saludar tenían en el Ejército! Igualmente, la expresión cotidiana «ir al campo», bien para cultivar o para recoger la cosecha, tenía ahora como significado «adentrarse en el campo de batalla»: avanzar con los pies desollados a causa de las largas caminatas y disparar a un enemigo al que no se veía. Jan siempre pensaba que entre aquellos hombres invisibles a los que ellos llamaban «enemigos» también se encontraba su padre. Ambos, padre e hijo, se hallaban ahora en el campo, ¿por qué no podían entonces cultivarlo como lo hacían antes? Pues porque aquel lugar por el que marchaban los soldados era algo muy distinto: aquél era un campo homicida, no era un campo que reposara plácidamente bajo el sol, la lluvia y el viento que Dios envía y en el que siempre crece algo. Jan había sorprendido a los militares en una mentira: los soldados se adentraban en un campo espurio.

Los cuatro cañones de la Séptima Batería avanzaban como lobos gigantescos por el campo de batalla y los artilleros caminaban detrás, internándose en la campiña polaca, cada vez más cerca de Rusia. Pasaron dos días, cuatro, seis. Atravesaron pueblos y ciudades con singulares iglesias blancas de verdes tejados, bosques inmensos, pantanos, ríos. Jan pensaba a menudo en lo hermoso que era marchar así. Los soldados le tenían aprecio — con todos se tuteaba— y también los oficiales sentían afecto por él. Además, la comida era mejor que la del tío. La cara del muchacho se volvió más redonda, como cuando aún cocinaba su madre, y su piel tomó un tono tostado. Sólo la mitad superior de su frente, oculta bajo la gorra, seguía pálida; y lo mismo les ocurría a los demás soldados. ¡Ya no lo tratarían como a un niño si ellos mismos tenían la frente de un bebé!

Flox parecía también disfrutar de la vida: el artillero Senf, un tipo flacucho y de nariz aguileña, a quien sus camaradas habían apodado Mostazo —Senf significa «mostaza»—, le había confeccionado un collar de cuero, pues el soldado había sido aprendiz de guarnicionero en Bromberg antes de la guerra. Luego, Papá Rosenlöcher había cosido al collar el botón de un uniforme con la insignia de cabo y ahora Flox respondía al nombre de Cabo Caniche allá donde fuese.

La batería continuó su avance durante ocho, diez, doce días más. Al decimotercero comenzó a llover; primero ligeramente y después con más fuerza, hasta que el cielo descargó con rabia sobre sus cabezas y empezó a diluviar.

La lluvia del temporal de otoño que azotaba aquella tierra inabarcable era dura como el granizo y golpeaba el dolorido rostro de los soldados como si miles de alfileres se les clavasen en la piel. En los caminos se formaron unos socavones tan profundos que en ellos podría haberse ahogado fácilmente un niño.

Los artilleros quedaron enseguida calados hasta los huesos. El agua que les inundaba las botas rebosaba a cada paso que daban, les llovía en la fiambarrera al comer y el pan que les llegaba estaba empapado y recubierto de un moho verdoso. Sin embargo, siguieron avanzando.

En una ocasión corrió el rumor de que se había ganado una batalla decisiva en Francia; decían que la guerra había terminado. La guerra, sin embargo, continuó y su marcha también.

Tenían que alcanzar el río Vístula.

—¿Cuándo podremos dormir como Dios manda? —se quejaba el viejo Distelmann.

—¿Y cuándo tendremos ropa seca? —gruñía Mostazo al tiempo que se enjugaba la cara con la manga de la guerrera.

—¡Un baño! —suspiraba Behr el Bajito mientras se rascaba por enésima vez.

—¿Es que no tienes suficiente agua, pedazo de animal? —lo increpó el larguirucho Hottenrot.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que seguir caminando? —protestó el cabo Häberlein cuando se detuvo la marcha; y de inmediato se escondió bajo un carro de munición como si fuera el alero de un tejado donde guarecerse—. ¡Yo que creía que con un tiempo como éste lo normal era pasar al salón y continuar la guerra dentro!

—Querido amigo —intervino Mostazo—, no habrá descanso hasta que no estemos en Moscú.

—¡Maldita nuestra suerte! ¡Moscú! —exclamó Behr—. ¿Tienes idea de lo que eso significa? Nos pasará lo mismo que a Napoleón.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Jan.

—Pues que... —comenzó explicando Behr el Bajito—; ¿pero has oído alguna vez hablar del emperador Napoleón?

Jan negó con la cabeza.

—Pues él también marchó hacia el Vístula, igual que nosotros. Luego lo cruzó y siguió avanzando; pero de esto hace más de cien años. Tenía un ejército tan grande como el nuestro y con él pretendía conquistar Rusia. Ya había sometido todos los demás países, pero eso no le bastaba. El Emperador pasó al ataque (¿te imaginas, Panie?, como ahora nosotros), y los rusos, que también le iban dejando avanzar, se decían: «Rusia es enorme; que sigan, que sigan hasta que ya no puedan más». Y Napoleón se creía que su gran ofensiva estaba siendo extraordinaria.

»Cuando por fin llegaron cerca de Moscú, la capital rusa, empezó a nevar y a nevar (también nosotros tendremos que vérnoslas con la nieve), pero Napoleón no se preocupó lo más mínimo. Tenía un grueso abrigo de piel y avanzaba en trineo. En aquella época aún no había automóviles y los soldados de entonces tenían que marchar a pie, exactamente igual que nosotros, y al que se le ocurriera darse la vuelta para largarse, el Emperador lo hacía fusilar sin miramientos.

»Así llegaron a Moscú y pudieron por fin acuartelarse como es debido. Secaron la ropa, prepararon el rancho y se quitaron los piojos. Napoleón estaba entonces en situación de dictar las condiciones de paz, pero allí no había nadie a quien dictar nada. “Vendrán mañana temprano”, pensó el

Emperador y se fue a dormir. También los soldados se echaron a descansar; estaban igual de exhaustos que nosotros.

»Ahora imaginaos: Moscú, un lugar tan grande como Berlín, con todos los camaradas durmiendo allí aquella noche y, de pronto, ¡fuego!, ¡fuego por todas partes! Los rusos habían incendiado su capital. La ciudad ardía por los cuatro costados y se consumía, con casi todas sus casas de madera, como si fuese una cerilla.

—¡Creía que estaba nevando sin parar! —intervino Mostazo.

—¡Qué va! Justo aquella noche no nevó —prosiguió Behr—. Toda la nieve que se había acumulado en los tejados y en las calles se derritió con el fuego. Montones de soldados murieron quemados y el resto huyó de allí como alma que lleva el diablo: «volver a casa», era la única orden que aquellos soldados obedecían. Todos desertaron como corderitos asustados, y los rusos, que esta vez sí se dejaron ver, les pisaban los talones sin darles tregua. Ahora eran ellos quienes pasaban a la ofensiva persiguiendo a la *Grande Armée* y al Emperador, que iba envuelto en su abrigo de piel y montado en su trineo. Los hicieron volver por donde habían venido y, créeme, Panie, los franceses hicieron el camino de vuelta más rápido que el de ida. Entonces empezó de nuevo a nevar con fuerza. Miles de hombres perecieron congelados, miles resultaron heridos y miles murieron a manos del ejército ruso. El resto continuó su huida, lo más lejos posible de la muerte y el frío. Y cuando encontraron frente a ellos un puente sobre un río, se lanzaron todos en masa para cruzarlo. Los de atrás empujaban enloquecidos, cada vez más, pero seguro que no necesitas que te diga lo que ocurrió... ¡Catapún!, el puente se vino abajo y todos los que cayeron se ahogaron en el agua helada. Los rusos mataron a los que aún no habían empezado a cruzar. ¿Y qué creéis que llegó a Alemania de la enorme *Grande Armée*? Sólo un par de hombres. Y el Emperador.

Había dejado de llover. La batería hizo alto a las afueras de un pueblo. Todos albergaban la esperanza de poder pasar allí la noche, pero se habían detenido únicamente porque los aposentadores que iban por delante aún no habían acabado de preparar el campamento. Siempre era igual, esperar y más esperar. Habían tenido que acostumbrarse a la fuerza: «La vida del soldado es esperar media vida sentado», solían decir. Quizá tuviesen que esperar una, dos o cinco horas; quién sabe si incluso doce. No sería la primera vez.

Así que, desfallecidos, se sentaron en los vehículos, apretujados unos junto a otros. Unos se durmieron. Otros simplemente dormitaban. Algunos se pusieron a parlotear.

—¿Qué, Hottenrot, tapetece unas cartitas? —propuso Papá Rosenlöcher.

—¡Eh, Behr! ¿Juegas tú también? —preguntó Hottenrot.

Pero Behr seguía pensando en Napoleón.

—¡Venga hombre, no seas gallina! —lo animó Rosenlöcher—. ¡Si vieras cómo se pasan los oficiales de la Octava Batería todo el día dándole a las cartas! ¡Qué digo, y la mitad de la noche! ¡Tibas a quedar pasmado! Están siempre jugando con el capitán Tziecke.

—Querrás decir Ziege, también conocido como Ziege el Chivo —le corrigió, con ironía, Hottenrot—. ¿O acaso Ziege no significa «chivo» en alemán?

—¿Ziege el Chivo? —preguntó Jan.

—Él mismo, el supuesto comandante de nuestro batallón —intervino Behr; y Hottenrot se explicó:

—El Chivo se limita fundamentalmente a jugar a las cartas, pimplar y llenarse el buche. Si te digo yo que éstos andan podridos de dinero.

—¡El club de los señores inofensivos! ¡Nada nuevo! —les llegó una voz desde debajo del cañón.

—Pero éstos no se prestan a una partidita tan inofensiva como las nuestras —continuó Hottenrot—. Se juegan dinero. Lo que ellos dilapidan en una noche no lo ganamos nosotros casi ni en un año. De hecho, Czech dice que ha habido una denuncia y, al parecer, según cuenta, se sabe que Ziege el Chivo y Heribert König se llevan dinero de más.

—Desde luego, para esta gente la guerra sel mejor negocio, aunque noi más honesto —afirmó Rosenlöcher.

—¿O sea, que el Chivo hace trampas? —preguntó Mostazo.

—Czech dice que un fullero como no hay otrigual —dijo Rosenlöcher—; y si no, pues preguntarle a Czech tú mismo.

Hottenrot continuó:

—Eso sí, muchacho, cuando empiezan los disparos..., ¡ay, cuando empiezan los disparos, el Chivo se escaquea como no has visto a nadie en tu vida! ¡Y cómo le busca luego a uno las cosquillas! Es increíble. Incluso al mismísimo Alert intenta meterlo en líos.

—¡Silencio! —chistó Behr dando a Hottenrot un ligero golpe en el costado. Tras ellos se acercaba un obeso oficial de barriga prominente y rostro abultado.

—¡Es el Chivo! —musitó Mostazo.

Jan nunca había visto un chivo tan gordo que tuviese unos ojos diminutos como los de un cerdito.

—Hablando del rey de Roma... —murmuró Rosenlöcher.

Inflado como un globo, Ziege el Chivo se encaminó derecho hacia los artilleros. A su lado, con el monóculo bien ajustado en su semblante burlón — Jan se quedó boquiabierto— cabalgaba el alférez de Gradicz: el mismo joven que unos días atrás había golpeado al caballo que tiraba de su carro de intendencia y el mismo a quien Jakob había bajado los humos tan elegantemente.

Jan se había puesto en pie de un salto, no sabía dónde meterse, quería volverse invisible. Desde el otro lado, sin embargo, cabalgando hacia ellos, apareció Mirlo Blanco. Aquello lo tranquilizó.

Ziege el Chivo se aproximó hasta llegar a sólo unos pasos de los soldados.

—¿Qué está haciendo aquí este mocoso repugnante? —dijo, refiriéndose a Jan.

—El piojoso lleva además una guerrera del ejército de Su Majestad el Káiser —añadió König con insidia—. Un caso claro de uso indebido de material del Ejército.

—He aquí, sin duda, una batería ejemplar —bufó con sorna el Chivo.

—Mi batería —le recordó Alert, que había llegado justo a tiempo para oír el último comentario—. En el caso de que tenga usted queja de mi tropa, estimado capitán, le rogaría que se dirigiese a mí personalmente, puesto que soy el comandante, o si lo prefiere, a un superior; pero, desde luego, no a mis hombres.

—¡Eso es asunto mío! —resolló el Chivo—. De todos modos, no le toleraré que lleve usted muchachitos al campo de batalla para su diversión personal. Le voy a dar una orden: ¡Traslade a este granuja y al sucio chucho que lo acompaña! ¡En el acto!

Jan se figuraba que los echarían de allí enseguida, a él y a Flox, ¿y adónde irían? Atemorizado, observó a Alert, en cuyo rostro se reflejaban la cólera y la tensión. Los artilleros nunca antes lo habían visto así.

—Capitán —dijo Mirlo Blanco—, nadie va a trasladar a este muchacho a ningún sitio. Ha prestado un servicio inestimable a la Séptima Batería y, con ello, al ejército alemán; y estoy seguro de que, gracias a su talento, buena disposición y honradez, seguirá haciéndolo. Por lo que yo sé, en este Ejército no se le prohíbe a nadie, sea quien sea, prestar su ayuda. Si usted tiene otra opinión al respecto, mi capitán, entonces...

—¡Entonces, teniente, en este mismo momento quién lo prohíbe soy yo! —vociferó el Chivo—. ¿Ha quedado claro? Yo, su superior, y esta prohibición es definitiva e irrevocable. ¡Qué se lleven de aquí a este sucio mocoso y lo confinen en un campo de prisioneros!

A Jan le sobrevino un miedo atroz. Mirlo Blanco, sin embargo, miró fijamente a los ojos a aquel chivo indómito sin perder la calma; lo miró de la misma forma —pensó Jan— en que Jakob había mirado unos días antes al alférez de la fusta. Acto seguido, el teniente, montado en su caballo, se acercó al oficial y le dijo:

—¿Prohibido, mi capitán? Antes quedará prohibido el juego de azar, ¿o debería decir el juego del fraude? Seguro, capitán, que usted ya me entiende, ¿no es así?

—Pero, ¿cómo se atreve? —se sofocó el Chivo, ciego de ira—. Daré parte inmediato de su comportamiento insolente. ¡Tendrá usted que responder ante un consejo de guerra! —y diciendo esto, dio media vuelta a su caballo, se giró sobre la silla y exclamó—: ¡Baterías Séptima y Octava, avancen de inmediato hasta Stuszczyn! ¡Allí aguardarán nuevas órdenes!

Y sin más, Ziege el Chivo se fue cabalgando por donde había venido, seguido por el alférez. A Jan le pareció que se marchaba menos inflado de lo que había venido.

—Está chalado —musitó Rosenlöcher en cuanto los oficiales se hubieron alejado lo suficiente—. ¿Avanzar? ¿A esta hora, cuando ya casis de noche?

En ese instante alguien repitió la orden a la tropa:

—¡Baaatería! ¡Maaaaaarchen!

—¡Maldita la gracia! —rezongó Hottenrot.

—Parece que el gordo no está bien de la cabeza —añadió Mostazo—. Este Chivo nos tiene todo el día sin parar de aquí para allá, y ahora además, ¿también tenemos que caminar a oscuras? Esto no hay quien lo resista.

A pesar de todo, como empujado por la voz de mando y la acción del látigo, el convoy se puso en marcha. En ese instante empezó a llover de nuevo, esta vez con más fuerza que antes.

—Están jugando con nosotros —afirmó Behr el Bajito.

Y el viejo Distelmann masculló con rabia:

—Pero los caballos, los pobres caballos, están agotados. No les quedan fuerzas, no lograrán llegar, no llegarán nunca ¡Malditos sean los que martirizan a los animales!

—¡Y malditos los que tiranizan a los hombres! —exclamó Cordes.

## El diablo al frente de la batería

«Nadie tiene que hacer nada por obligación. Nadie tiene que hacer nada por obligación, si no quiere», pensaba una y otra vez Jan cuando se disponía a trepar al carro de intendencia para sentarse junto a Jakob.

—Cabo, ¿por qué los soldados tienen que hacer algo que no quieren?

Jakob, sin embargo, no tenía el ánimo para charlas. Tampoco se oía ya la voz cantarina de Picopájaro. La lluvia era insoportable y las últimas luces de la tarde habían dado paso a la noche cerrada: uno no podía distinguir sus propias manos aunque las tuviese ante los ojos.

Delante marchaba la Octava Batería y, tras ella, la Séptima. Apenas habían salido del pueblo, cuando uno de los carros que iba en cabeza quedó atascado entre dos árboles. Hasta que no apartasen aquel obstáculo no podrían continuar. «¡Aaaalto!». Entre tinieblas, el alboroto y los gritos eran sobrecogedores. Grupos de hombres iban de un lado para otro con faroles y pertrechos. Alguien vociferaba las órdenes. El vaivén de una sierra hacía que la madera rechinase, los hachazos retumbaban, los árboles crujían al precipitarse al suelo. Enseguida volvieron a oírse la voz de mando y el restallido de los látigos. Los conductores gritaron arreando la recua. El convoy reanudó la marcha.

Jan trataba de vislumbrar algo en la penumbra, aunque, para el caso, bien podría haberse vendado los ojos con un pañuelo: apenas habría notado la diferencia. La oscuridad era tan impenetrable y profunda como la pez. Engullía incluso la luz de los faroles que se balanceaban colgados de los cañones y vehículos. Y por si fuera poco, llovía sin parar, llovía con una cadencia monótona, desesperante. La noche se abría paso en el interior de cada soldado y allí, en su alma, se asentaba: pesada como una montaña de horrores, oscura como una tumba. Un mar se derramaba torrencialmente sobre la tierra: era la noche del Diluvio. Cada minuto parecía una eternidad que sumía todo en calma, a punto para la muerte.

Ahora atravesaban un bosque y, sin embargo, la total oscuridad les impedía distinguir los árboles. Los artilleros los advertían únicamente por las raíces con las que tropezaban o por aquéllas sobre las que caían. Los conductores sentían la vegetación, bien por los azotes que las ramas les propinaban en la cara, bien por los tocones contra los que alguna rueda chocaba. Entonces se veían obligados a detenerse y a gritar con las manos abocinadas, alargando cada palabra: «¡Delaaaante, aaaaalto!». Y cuando los que se encontraban más cerca lo oían, repetían a su vez: «¡Delaaaante, aaaaalto!». Esta llamada iba pasando por todos y cada uno de los vehículos de la Séptima y la Octava Batería hasta alcanzar finalmente la vanguardia del extenso convoy. Los que iban en cabeza se detenían, pero los que marchaban inmediatamente detrás de ellos continuaban, pues estaban obligados a ir siempre lo más cerca posible de quien tuviesen delante para no perder el camino. Era entonces cuando los conductores, sin poder avanzar y creyendo que delante no habían oído su llamada, se desgañitaban gritando cada vez más alto. Y cada uno de los gritos era repetido con tedio de un vehículo al siguiente: «¡Delante, alto! ¡Delante, alto!». Era como el lamento de los condenados vagando por el infierno.

Los caballos chapoteaban al hundir los cascos en el lodo blando y pastoso, que refluía de nuevo hasta cubrir al instante las huellas que acababan de dejar.

De pronto, hubo un resplandor en el cielo. Una luz deslumbrante y terrorífica atravesó la noche como si fuera una espada gigantesca, para luego caer y clavarse en la tierra hiriéndola aquí y allá. Jan jamás había visto nada parecido. Eran los focos reflectores del ejército ruso, que rastreaban toda la zona en busca de tropas alemanas. ¡Qué funesto destino el suyo si llegasen a descubrirlos!

Alguien preguntó:

—¿Qué hora es?

Y uno respondió:

—Las diez.

Alguien más dijo desde el otro lado:

—¡Ah! ¡Gracias! ¿Y el día? ¿Qué día es hoy?

Se hizo el silencio. Lo único que se oía era el chirrido de las ruedas al girar con dificultad, hundidas hasta el eje en el lodo viscoso. Sonaban como el gemido de un moribundo. Nadie sabía que era domingo.

Alert ordenó apagar las luces; de lo contrario, los rusos verían el convoy. De ahora en adelante tendrían además que reservar las velas, pues ya se habían consumido casi por entero. También éstas se apagaron al instante.

—Ni en una tumba hay tanta oscuridad —dijo Schnabel.

Cruzaron por un puente de madera. A lo lejos sólo se distinguía una aldea de pocas casas. De repente, se oyó nuevamente una voz:

—¡Delaaaaante, aaaaalto!

Era para volverse loco, aunque nadie dijo una palabra. La marcha del convoy se interrumpió una vez más. La quietud a su alrededor era escalofriante. Con su luminosidad entre blanquecina y verdosa, los reflectores enemigos recorrían de nuevo el lugar. Cada vez que un haz de luz relampagueaba sobre sus cabezas, ellos distinguían los largos hilos de lluvia en la negrura.

El último cañón de la Séptima Batería informó de que tras ellos solamente avanzaba un único carro de munición. Los otros siete, junto al carro de equipajes, la fragua de campaña, la cocina y el carro de intendencia, en el que viajaban Jan, Jakob y Schnabel, habían desaparecido sin dejar rastro. Cielo Santo, ¿dónde se habrían metido?

La batería se detuvo a la orden de Alert, quien envió en su búsqueda a dos suboficiales a caballo. Tuvieron que esperar durante una hora la vuelta de los jinetes. Por fin regresaron: no habían encontrado nada. A la derecha se percibía la corriente del Vístula. ¿Se habría precipitado en el río algún carro que hubiese errado el camino en la oscuridad? Pero entonces habrían podido encontrar a los demás. ¿Y si hubiesen caído en manos de los rusos tras ser sorprendidos por los reflectores enemigos? ¿Qué debían hacer? ¿Debían abandonar la búsqueda? ¿Debían aguardar?

Era una situación desesperada. Los largos brazos de luz de los reflectores sobrevolaban el cielo por encima de la batería y parecían buscar a tientas algo en la noche, como queriendo agarrar unas veces este cañón; otras, aquél de allá. El convoy, sin embargo, pasó inadvertido, pues permanecía inmóvil, igual que un animal sin vida, en la oscuridad del camino. Probablemente los rusos pensasen que eran matorrales o montículos de tierra.

Cansados hasta la extenuación, los artilleros se recostaron contra las ruedas cubiertas de cieno. El agotamiento hacía que la cabeza les diese vueltas. Ya les daba igual que la batería fuese arrastrada por la lluvia, se hundiera en el Vístula o cayese en manos de los rusos.

—Me gustaría tirarme aquí, en el barro, y pudrirme —dijo alguien.

«Si al menos dejase de llover», pensó Alert y a continuación descendió de su montura. A lo lejos ladraba un perro. Alert aguzó el oído. ¿Y si fuese...? Los ladridos parecían llegar desde la izquierda. Ahora se oían más cerca. ¿Y si fuese Flox, el Cabo Caniche? Pero qué disparate, en aquella maldita tierra

habría perros a montones. Además, los ladridos llegaban desde el lado opuesto, ¿cómo habrían ido a parar allí los carros que faltaban? Todo volvió a quedar en silencio.

Aunque no volvió a oírse nada más, el oficial dirigió toda su atención hacia aquel lugar.

Ahí estaban otra vez.

—¡Floooox! —gritó Alert haciendo bocina con las manos—. ¡Floooox!

El ladrido se oyó entonces más próximo, él teniente lo reconoció... Empapado y jadeante, el animal saltó hacia él. Sí, era Flox.

Durante una hora y cuarenta minutos el Cabo Caniche asumió, si se puede decir así, el mando de la Séptima Batería. Alert le ató un largo cordón al collar que Mostrich le había confeccionado y, a continuación, el sargento Meumann, el tipo más recio de toda la batería, agarró el cordón, subió a un caballo y dejó que el perro corriese a voluntad, pues todos sabían que iría junto a su amo. En treinta minutos, Flox restableció el contacto con los desaparecidos, y una hora y diez minutos más tarde todos estaban de vuelta junto a sus compañeros de batería.

—¡Bravo, Cabo Caniche! ¡Llegarás a general! —lo felicitó Mirlo Blanco, que acababa de retomar el mando la batería.

En torno a la medianoche llegaron a un pueblo desierto. Todas las casas estaban vacías; las puertas y las ventanas, abiertas. Cual fauces y ojos monstruosos, aquellas negras aberturas miraban de hito en hito a la multitud silenciosa y gris que avanzaba tambaleante.

Desde una de las filas del convoy, un artillero llamado Busch comenzó súbitamente a disparar a la oscuridad. Parecía haber perdido el juicio.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—¡Ahí...! ¡Ahí...! —gritaba Busch—. ¡Ahí, en la ventana! ¡Y ahí abajo, en la puerta! ¡Rusos, ahí! —y diciendo esto volvió a agarrar el fusil y apuntó, a través de las filas de soldados, hacia una casa abandonada y en ruinas—. ¡Abrid fuego!

El forzudo Meumann le arrancó el arma de las manos.

—¿Pero no te das cuenta de que no hay ningún ruso? ¡Tú sólo ves fantasmas! ¡Te has vuelto loco!

Era, efectivamente, para volverse loco. Jan, que había caído del pescante en el momento en que el carro de intendencia se había hundido en uno de los baches del camino, se abrió paso a tientas en la negra inmensidad. Caminaba

medio dormido detrás de Rosenlöcher y resbalaba y se escurría a cada paso. ¡Qué desgraciado se sentía! De pronto, Papá Rosenlöcher se precipitó en una zanja llena de lodo, y Jan cayó de bruces tras él. Rosenlöcher se dolió, maldiciendo; tenía el rostro cubierto de barro y se había hecho heridas en las manos. Y como si aquello no fuera suficiente, llovía sin descanso: llovía con una cadencia monótona y uniforme capaz de sacar de quicio a cualquiera.

Llegaron de nuevo a otro pueblo y, como la vez anterior, no hallaron ni un alma.

Encontraron después un río que les cerraba el paso. Lo vadearon en ese mismo lugar. El agua les llegaba a la cintura.

Tomaron luego una vereda a un lado del camino principal y al rato fueron a parar a una cañada que ascendía en línea recta hasta una zona boscosa. A pesar de que la pendiente no tendría más de cuatrocientos o quinientos metros, parecía imposible subir por ella. Los conductores gritaron y golpearon a los caballos temblorosos, pero no sirvió de nada, los animales no dieron un paso. La batería quedó bloqueada. No podían continuar y tampoco dar la vuelta, pues a derecha e izquierda de la estrecha cañada se alzaban unos terraplenes tan altos como murallas. No podían hacer otra cosa más que subir por allí a pesar de la lluvia, el lodo y la oscuridad. Tenían que subir a pesar del atroz agotamiento.

Treinta artilleros se ajustaron las sogas que habían amarrado a las ruedas del primer cañón y tiraron hasta que el rostro se les congestionó a causa del esfuerzo. Los conductores azotaron frenéticamente a los rocines, pero nada. El cañón no se movió ni un milímetro. Desengancharon los caballos del segundo cañón y los uncieron al primero; nada. Cincuenta artilleros se pusieron a tirar del cañón; nada. Engancharon diez caballos más; y nada.

Doce caballos y la fuerza de sesenta soldados consiguieron, ¡por fin!, sacar el pesado cañón de la hondonada y arrastrarlo pendiente arriba. Ahora tenían que desenganchar los caballos y bajar cargados con el atalaje por la resbaladiza pendiente. Los hombres, exhaustos, se veían obligados una y otra vez a atarse las cuerdas y a tirar hasta quedarse sin aliento.

Cuando todos los cañones estuvieron arriba, les llegó el turno a los siete carros de munición, uno a uno; después les siguió el carro de la intendencia; y, finalmente, subieron la forja de campaña, un carro tres veces más pesado que cualquier otro.

Lo habían conseguido. Todos jadeaban y resollaban, temblando por el esfuerzo. ¡Un descanso! ¡Un descanso! ¡Sólo un momento! De pronto oyeron algo. Del bosque que tenían a su izquierda llegaban voces; sí, era el griterío de los conductores al azotar a los caballos: «¡Arre, arre! ¡Ea, arre!». Era un alboroto semejante al que ellos mismos habían producido en la cañada no hacía mucho. Se trataba de la Octava Batería, que al comienzo de la marcha había partido delante de ellos y a la que, en medio de la confusión, habían perdido y olvidado. Sin embargo, de la Octava no llegaban más que dos cañones: no había ni rastro de los demás.

—¿Dónde está el comandante de vuestra batería? —inquirió Alert.

—No lo sabemos.

—¿Dónde están los otros cañones?

—No lo sabemos.

—¿Y los carros de munición?

—No lo sabemos. Se han perdido todos, ¡y me da igual, al diablo con ellos!

—¿Y el capitán Tziecke?

—¿Ziege? ¿El Chivo? ¡Ése puede irse al infierno! ¡Se ha escaqueado! —dijo el sargento que estaba al mando de aquellos dos cañones.

—¿Qué hora es ahora? —quiso saber Alert.

—Son las cuatro menos cuarto.

—Gracias.

A las cuatro se pusieron nuevamente en camino. Los de la Octava Batería se les unieron a la zaga. Y la ofensiva continuó así, pertinaz y silenciosa.

El larguirucho Hottenrot había dado un traspiés y, al salirse de la columna del convoy, se había golpeado la cabeza contra algo. En la oscuridad resultaba imposible saber si había sido contra un árbol, una cerca o una casa. Éste, sin embargo, tras levantarse con la ayuda del fusil y dominado por una furia ciega, la emprendió a patadas con aquella maldita cosa, que, fuese lo que fuese, crujió y cedió a sus puntapiés en medio de un gran estruendo. Se desplomaron vigas, se quebraron maderos y Hottenrot cayó de bruces cuán largo era. *El suelo estaba seco*. El artillero vio ante sí unas chispas diminutas, un rescoldo de cenizas y brasas aún candentes. Se encontraba en un amplio granero.

—¡Häberlein! —gritó hacia el exterior—. ¡Cordes! ¡Distelmann!

Pero en lugar de aquéllos a quienes había llamado, acudió el Cabo Caniche sacudiéndose y, detrás, sacudiéndose también, Rosenlöcher, Mostazo, Jan y Behr.

Enseguida se arrodillaron delante de las brasas y soplaron para avivarlas; alrededor volaron chispas y cenizas. Una pequeña llama titiló y Flox, tras olfatear con desconfianza, comenzó a ladrar. Los artilleros sacaron sus bayonetas, atizaron con ellas la pequeña hoguera y en un abrir y cerrar de ojos ya habían espetado unas cuantas patatas. Una vez asadas, cuando estaban a punto de hincar el diente a esas calientes y deliciosas patatas, el Cabo Caniche volvió a ladrar dos, tres veces, hacia un rincón donde no había más que un montón de trastos viejos.

—¡Chitón, Cabo! —lo exhortó Papá Rosenlöcher cuando se disponía a soplar la patata que tenía ensartada. Pero Flox ladró aún con más fuerza y el ladrido sonó como una orden. En ese momento todos dirigieron la vista hacia el rincón. Mostazo se aproximó con un leño ardiendo y se dio cuenta de que, entre los trastos rotos y medio podridos que allí se amontonaban, alguien lo miraba, hecho un ovillo, bajo unas greñas de pelo negro azabache. Flox no paraba de ladrar.

Hottenrot le dio unas palmadas en el lomo para tranquilizarlo y acto seguido se acercó de puntillas a aquel bulto sospechoso, lo agarró fuertemente de la pelambreira y lo levantó del suelo.

—¡Ay, ay, ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay, ay! —se oyó un ahogado grito de dolor. Aquellos trastos viejos cobraron vida y de ellos se irguió un individuo andrajoso y moreno, de cejas pobladas como bigotes, un *rostro* surcado por cicatrices y pelo largo y enredado. Con la frente gacha, las manos levantadas y sin mirar a los soldados, aquel hombre empezó a cojear hacia un extremo de la estancia, como describiendo, temeroso, un semicírculo alrededor del grupo, y en cuanto pudo, ¡zas!, se precipitó hacia la salida; pero Mostazo y Flox ya le habían echado la zarpa encima:

—¡Eh, tú, gitano bribón, quieto ahí!

—¡Guau, guau!

—¡Delaaaaante, aaaaalto! ¡Aaaalto! —gritó Hottenrot y, pasando junto al gitano que habían apresado, desapareció rápidamente en la oscuridad. Tenía que ser él quien informase inmediatamente de aquella captura.

Los de delante, sin embargo, se habían detenido antes de que Flox hubiese descubierto al tipo moreno. Los oficiales habían descabalgado y alumbraban el suelo con sus linternas.

El camino había desaparecido; imposible hallar el más mínimo rastro de la senda. ¿Y ahora qué? ¿Qué harían? Pues de algún modo tenían que seguir. Llovía sin cesar. Llegó entonces la noticia dada por Hottenrot, transmitida de un vehículo a otro, hasta la cabeza del convoy: «¡Un prisionero a la izquierda del octavo carro, en el granero!». Alert montó en su yegua y se dirigió hacia allí. El sargento Meumann lo siguió.

Más y más soldados se habían refugiado en el granero, lejos de la lluvia, atraídos por las patatas y el prisionero y todos lo habían ido rodeando mientras masticaban. Alert entró; el gitano, temblando, levantó la vista hacia él. Jan sabía cómo debía de sentirse aquel pobre diablo, pues él se había encontrado en la misma situación en Kopchovka al verse por primera vez delante de los soldados alemanes.

—¿Entiendes alemán? —preguntó Alert al prisionero.

—No, alimán no —logró decir.

—¿*Polski*?

—¡*Polski, tak!* —afirmó el gitano.

—Pregúntale si puede mostrarnos cómo llegar a Stuszczyń —dijo, dirigiéndose a Jan.

Jan le hizo la pregunta en polaco y el gitano afirmó con viveza.

—Pues entonces, en marcha —dijo Alert—. Por el camino más corto. Al más mínimo intento de fuga, lo fusilaremos. Díselo, Jan.

Jan se lo tradujo. El prisionero, vigilado por Cordes, fue cojeando hasta colocarse justo delante de los oficiales. Ya no pensaba en la huida, se contentaba con que lo dejaran vivir.

—¡Batería, en marcha!

La larga columna se asemejaba a un cortejo fúnebre al avanzar sobre los negros terrones de barro de los campos de labor. En cabeza, el gitano era la viva imagen de Lucifer.

—¡El diablo! —exclamó un teniente cuando alumbró con su linterna la figura descarnada y negra que cojeaba, envuelta en una luz incierta, por entre los surcos—. ¡El diablo al frente de la Séptima Batería! ¡Y sólo él sabe adónde nos lleva!

—Al infierno —sentenció una voz desde la oscuridad.

## Nubecillas *shrapnel*

Incluso los proyectiles que una pieza de artillería lanza al campo de batalla son designados en la jerga militar con nombres apacibles, sugerentes, que nada revelan de la espantosa devastación que provocan. Cuando se oye hablar de granadas, por ejemplo, no debe pensarse en el fruto de dulces semillas que da el granado y que la generosa naturaleza nos ofrece. Las granadas de artillería son muy distintas —una de ellas fue la que destruyó el hermoso ciruelo el día del cumpleaños de Jan—, contienen acero y material explosivo, atraviesan paredes y muros y, cuando estallan, los fragmentos de su interior hacen trizas todo lo que está cerca.

Un tipo diferente de proyectil es el conocido como *shrapnel*, en honor del oficial británico Shrapnel, su inventor. Las vainas metálicas, que albergan incontables fragmentos y bolas de plomo, explotan casi siempre en el aire, en plena trayectoria de disparo. El humo blanco de la detonación forma entonces unas gráciles nubecillas, y los numerosos balines se desperdigán violentamente en todas direcciones. Una sola de estas bolas diminutas basta para matar a una persona o para dejarla lisiada e incapaz, por sana y fuerte que ésta sea, para el resto de su vida.

Era el quince de octubre. Hacía ya un mes que Jan se había unido a la Séptima Batería. El sol se dejaba ver en el cielo, pero así como entonces se abría paso entre las hojas y las ramas de los abedules a orillas del Ravka, ahora el astro brillaba a través de la niebla vespertina que traía el otoño e iluminaba un claro en el bosque de Stanislóvov. A un lado, entre troncos de hayas y abedules, los artilleros habían colgado la ropa mojada y las camisas para que se secasen. Llevaban allí dos días recuperándose de los duros esfuerzos de la semana anterior. Habían talado árboles y construido barracas —habían puesto a cubierto, incluso, los cañones y los carros—; ahora, bajo techo, los camaradas podían guarecerse de la lluvia y el frío. Para cada barraca habían tallado, además, bancos de madera de abedul, y en ellos se sentaban, fumaban, cosían botones, engrasaban las botas y cantaban:

*Cuando el labriego regresó del campo,  
por la lluvia estaba calado,  
sí, estaba calado.  
Levántate, satisfecho, satisfecho,  
y enciende el fuego, el fuego, con un buen leño;  
por la lluvia estoy yo calaaaado,  
por la lluvia estoy yo calado...*

Jan había sacado su armónica y, como no conocía la letra de aquella canción, se unió a ellos tocando únicamente la melodía:

*¿Pero quién? ¿Pero quién?  
¿Pero quién tuvo la culpa?...*

—El Chivo —interrumpió Cordes—, el Chivo tuvo la culpa.

¿Pero qué había sido de Ziege el Chivo? No habían vuelto a saber nada de él desde su enfrentamiento con Mirlo Blanco.

—¡Eh, Czech, boñiga de rocín! —interpeló Hottenrot a un soldado que regresaba con un caballo overo y una yegua castaña, las hermosas monturas de Alert, después de haberlos llevado a que abrevasen en el riachuelo.

—¿Qué ocurrió al final? ¿Se fue el Chivo de la lengua con lo de Alert? Tú estás siempre de aquí para allá con tus orejas de soplillo entre oficiales. Venga, ¡larga ya! ¿Dio parte o no dio parte el muy gallina?

Czech, un ordenanza rechoncho y espabilado de orejas grandes y piernas arqueadas, esbozó enigmáticamente una sonrisita.

—Dar parte, ha dado parte, por supuesto. Pero, ¿a que no sabéis de qué? ¡Ha dado parte de enfermedad, el miserable sinvergüenza! A estas horas, el muy cobarde ya debe de estar llegando a Alemania. Va a ingresar en un sanatorio para enfermos mentales.

—En lugar de ingresar en la cárcel —dijo Cordes.

—A Alert le darán el mando de la Octava Batería —reveló Czech con aire de misterio—, y será comandante de la mitad del batallón: ¡la Séptima y la Octava Batería! Pero aún es un secreto.

—Ah, dacuerdo —afirmó Rosenlöcher—, ahora mismo voy a decírselo a los demás —y mientras se levantaba, oyeron cómo algo explotaba en el aire.

—Papá, ¿qué es eso? —preguntó Jan señalando hacia el Oeste, donde acababa de estallar un proyectil *shrapnel*.

—Aire denso —aclaró Rosenlöcher—, no es más caire denso.

—¿Aire cómo?

—Denso; como loyes, muchacho, con más bolas que judías nel guiso desta noche. ¿Ves allí laeroplano? Pues más nos vale que no nos descubra porque si no tendremos jarana.

Extasiado, Jan contemplo el cielo rosado de la tarde allí donde las pequeñas nubes dejadas por la explosión del proyectil tomaban forma y se abrían, igual que flores, como por arte de magia. Por fin lo veía: el aeroplano no era más que un punto diminuto entre aquellas nubecillas. A lo lejos se distinguían rápidos disparos de fusil y sordos cañonazos; pero Jan no les prestaba atención, mantenía la vista fija en las pequeñas nubes blancas, que empezaban a ser tantas que ya apenas podían contarse. Algo cayó en ese momento desde la máquina voladora y al instante se produjo un gran estallido en el lugar desde donde se oían los disparos y cañonazos. Luego todo volvió a la calma. El aeroplano desapareció.

*Aquel día junto al Vístula, hacia el Este,*

cantaban los artilleros:

*vigilaba él solo la línea del frente,  
y una muchacha llegó, linda e inocente...*

Jan dejó a un lado la armónica. Del bosque que había frente a ellos salió una insólita patrulla de cuatro soldados con largos abrigos marrones y altos gorros de piel. Tenían los rostros extrañamente deformados. Eran rusos. La canción quedó interrumpida al instante.

Uno de ellos tenía una mejilla desollada y se le habían hinchado la cara y la cabeza: apenas se le veía el ojo izquierdo, y el derecho no era más que una rayita en medio de la inflamación en carne viva.

—Un *shrapnel* —dijo Jürgensen, el oficial médico, saliendo de su tienda mientras acababa de masticar algo; y de inmediato envió a un hombre a buscar algodón, fenol y vendas.

El herido perdió el conocimiento y se desplomó. Tras él, dos de los rusos eran sostenidos por algunos soldados alemanes, que los habían conducido hasta donde ellos estaban. Jürgensen sacó su instrumental médico. Los hombres gemían: uno tenía el brazo derecho totalmente destrozado y el otro sangraba en el muslo izquierdo. El médico, ayudado por dos enfermeros, trabajaba con presteza. Jan aún pudo oír cómo decía: «Hay que amputar la pierna». Se apartó, no se sentía capaz de verlo: se había puesto completamente pálido. Caminó *entonces* lentamente hasta la hoguera que los camaradas habían encendido pocos momentos antes.

Allí se encontraba el cuarto soldado ruso, un gigantón de tez morena que se mantenía de pie sujetándose con una tabla de madera que usaba a modo de

bastón. Aunque le temblaba la mano sobre la que se apoyaba, consiguió permanecer erguido. Viendo con qué fuerza se mordía el labio, uno casi podía sentir el rabioso dolor que lo mortificaba; y sin embargo, seguía allí de pie, como si para él no existiera el sufrimiento. No se quejó una sola vez. Enseguida llegó el médico para examinarlo, pero él le dio la espalda. Se arrojó al suelo junto a la hoguera, rozó la tierra con la frente y murmuró algunas plegarias.

—Parece que es mahometano —dijo Behr.

—Mahometano... —repitió Jan, que a pesar de no haber oído antes esa palabra se sintió inundado de un profundo respeto ante el mudo sufrimiento del aquel hombre.

—Ellos llaman Alá a su Dios, y su profeta es Mahoma —explicó Behr.

—Son unos perros desgraciados —intervino Cordes—, unos perros a los que siempre acaban despellejando, tanto si luchan por el sultán como por la bandera verde del profeta, por Alá, por Mahoma o por el Padrecito Zar. *Allah il allah*; todo por la calavera del sultán Makawa.

—¡Eh, un momento! Ya murmuraste algo dese tipo —recordó Rosenlöcher—. ¡Y nos prometiste que nos contarías listona!

—¡Desembucha de una vez! —lo incitó Hottenrot.

—¡Quieres hablar ya! ¡Pareces un viejo avaro al que obligasen a empeñar sus secretillos! —refunfuñó Distelmann.

—¡Venga! ¡Suéltalo! ¡Cuenta! —gritaron todos. Se habían olvidado de los rusos, que habían sido transportados por los camilleros hasta el hospital de sangre. Cordes echó un par de leños a la hoguera y Hottenrot atizó el fuego con un palo. Las llamas cobraron vigor. Las hogueras de alrededor, a las que se habían unido los artilleros que estaban al servicio de los demás cañones, arrojaban una luz vacilante. En el lugar reinaba un profundo silencio.

—Si llegase a rugir ahora un león —dijo de pronto Rosenlöcher—, podría imaginarme nel exuberante África, cenando juntol señor capitán Makawa.

—¡Serás ignorante! —replicó Cordes—. ¿Quién ha hablado aquí de capitán? Makawa fue el jefe de una tribu, un sultán. Debió de ser un gran caudillo, como Carlomagno o Napoleón o el viejo Barbarroja...

—¡O como el famoso Schinderhannes<sup>[2]</sup>! —intervino Hottenrot.

—¡Cierra la boca! —le ordenó Cordes—. Si no lo entiendo casi ni yo, ¡cómo va a entenderlo una bestia salvaje de artillería como tú!

Los artilleros rieron.

—No estaban las cosas como para risas —prosiguió Cordes— el día en que se desencadenó la revuelta, allá en el sur, cuando me encontraba en el

puesto comercial junto a cuatro hombres blancos; el resto no eran más que negros, gente de poco fiar. Los brujos y chamanes de los negros habían amotinado contra los blancos a todo el país, un territorio que se perdía en la selva que teníamos ante nosotros. Makawa era el conjuro que recitaban. Makawa era su grito de guerra. Makawa les infundía el coraje y el fervor necesarios para correr al encuentro de nuestras balas: se arrojaron sobre nuestra ametralladora desnudos, armados únicamente con sus arcos. Los cadáveres se acumulaban en grandes montones delante del puesto comercial.

—Debió de ser un bicho sanguinario el tal Makawa —comentó Hottenrot con sarcasmo.

—¿Makawa? —respondió Cordes—. Me tomaréis seguramente por loco si os dijese cuál era el verdadero secreto de Makawa. Este Makawa por el que pueblos enteros se dejaron masacrar... *este Makawa no existía, así de sencillo*. Tal vez hubiese vivido hace muchos, muchos años, cuando los primeros europeos llegaron al continente negro. En aquella época —según me contó una anciana medio loca— debió de existir en aquellas latitudes un único reino, ¡inmenso!, del que Makawa fue el último gobernante. Si es verdad o no, no lo sé; pero los negros creen que es cierto, y sus hechiceros y cabecillas los reafirman constantemente en esta creencia. El caudillo Makawa debió de morir de forma espantosa en los primeros enfrentamientos contra los blancos. La tribu encontró su cuerpo mutilado: le faltaba la cabeza.

»El reino de Makawa pronto se descompuso en muchos estados pequeños que fueron luego sometidos por franceses, ingleses, belgas, alemanes y demás. Fue entonces cuando entre los negros surgió la leyenda de la calavera del sultán Makawa: cuando esta calavera, que nadie sabe dónde está, vuelva un día a la tribu, entonces..., entonces resucitará el inmenso reino de antaño, África expulsará a todos los blancos y los gloriosos días del sultán Makawa regresarán. Esto es lo que creen los negros; y esta creencia en la calavera de Makawa está tan profundamente arraigada en sus cabezas que por ella están dispuestos a cometer las mayores estupideces. De lo contrario, al final nos habrían dejado tranquilos en nuestro puesto comercial.

—Bueno, bueno, vete tú a saber —se burló con sorna Hottenrot—. ¿No habrás sido tú, querido abuelete, quién robó con mucho disimulo la calavera? ¿No aprovecharías algún momento en que te quedases tú solo en la tiendecita?

—Eres aún más estúpido que esos negros —le espetó Cordes—. ¡Si no queréis escuchar, haced el favor de decírmelo!

—No, ¡sigue, sigue! Y tú, Hottenidiota, ¡cierra esa boca inmundada que tienes, ¿me oyes?

—Estábamos preparados para que nos atacasen por sorpresa en cualquier momento —continuó Cordes—. Apenas dormíamos un par de horas como mucho. El resto del tiempo lo pasábamos haciendo guardia junto a una hoguera al borde de la plantación. Una noche, justo cuando iba a echarme un rato a descansar, se desató una barahúnda delirante. Los negros hicieron resonar sus cuernos de búfalo; los tambores de guerra retumbaban con un frenesí angustioso. Empezaron luego a golpear sus gongs como posesos y, de pronto, miles de gargantas atronaron con un rugido sobrecogedor. Y desde la profunda oscuridad de la selva...

—¡Por el amor de Dios! ¡Calla! —exclamó Distelmann— ¡No seas pájaro de mal agüero! —y al decir esto dio un respingo y dirigió toda su atención hacia la oscuridad.

Y así ocurrió realmente: en algún lugar del bosque que había frente a ellos empezaron de pronto a disparar, y con mayor intensidad que la vez anterior. Los atacaban por sorpresa. A todo correr, los artilleros se lanzaron a por sus fusiles y se precipitaron hacia los cañones. Los oficiales salieron de sus barracas y se quedaron allí, paralizados como niños desvalidos. ¿Qué hacer? Disparar, ¿adónde? ¿Dónde estaba el enemigo? ¿O acaso eran sus tropas quienes disparaban? ¿Habían roto los rusos la línea del frente? De ser así podrían llegar en cualquier momento. «Tactactactac, tactactactac» descargaban sus ráfagas las ametralladoras enemigas. Desde la impenetrable oscuridad que había delante de ellos empezaban también a dispararles con fuego de artillería. Las pesadas granadas aullaban ahora sobre el claro donde se encontraban.

Llegaron las órdenes. Los artilleros respondieron al ataque enemigo con una sucesión de salvas. El ruido fue ensordecedor.

Hacia el Este, todo lo que se extendía frente a su campamento estalló en inmensas llamas que tiñeron de color sangre el contorno de las nubes. Más y más cañonazos acallaron momentáneamente el repiqueteo constante de las ametralladoras. El fuego creció hasta levantarse por encima de las copas de los árboles, y las negras ramas parecían querer agarrarse como dedos fantasmales a un cielo empapado de sangre.

El resplandor del incendio parecía un enorme monstruo de ojos rojos y anchas fauces que escupía fuego: tan pronto se erguía igual que un animal en busca de su presa, como se abalanzaba sobre el bosque y se arrastraba avanzando lentamente sobre él.

Y allí permaneció recostado. ¿Había engullido totalmente aquel ser las violentas sacudidas de la revuelta nocturna? El sonido atronador de los cañonazos, el martilleo de las ametralladoras: todo quedó en silencio. Lo único que se oía era algún que otro disparo esporádico. Uno de los oficiales informó a los hombres de que habían conseguido rechazar a los rusos en su intento de romper la línea del frente. Podían irse a dormir.

Más tarde los telefonistas anunciaron que el enemigo se batía, una vez más, en retirada. Para entonces Jan estaba ya dormido.

Al despuntar el alba, Mirlo Blanco, Jan y Flox se internaron en el bosque junto al oficial médico Jürgensen, a quien acompañaban algunos camilleros, además de Jakob y Picopájaro. Con esta expedición Jürgensen pretendía cazar perdices, pues el caldo de pollo era su especialidad. Desde luego, no abundaban los médicos como él, pues solía decir:

*Un buen de pollo con fideos,  
aderezado con mil raíces naturales:  
¡no hay mejor medicina  
contra todo tipo de males!*

Flox parecía estar tan emocionado con la idea del caldo de pollo como con la expedición de caza; desde luego, no podía haber un perro mejor para tal menester. Ahora remontaba nadando el riachuelo, que serpenteaba entre los altos sauces hasta las trincheras desde donde les habían disparado la noche anterior. Allí encontró la perdiz a la que Jürgensen acababa de acertar.

Jan, preso de la emoción, corrió tras el caniche, que ya había cobrado la pieza. El muchacho fue a su encuentro y cuando se agachó para recoger la perdiz, retrocedió de un salto, horrorizado. A sus pies yacía, con los brazos extendidos y las piernas separadas, un ruso. Estaba muerto. Los ojos entreabiertos de aquel hombre parecían observarlo fijamente. Una gota de sangre le colgaba de la oreja derecha. Esparcidos por el suelo se veían pequeños fragmentos de plomo que pertenecían a la carga de un proyectil *shrapnel*: un trocito de plomo había perforado la cabeza del muerto.

La niebla se hizo más densa. Caminaron hasta las trincheras de las que los cañones de la Séptima y la Octava Batería habían —como decía Jürgensen— expulsado a los rusos la noche anterior. ¿Expulsados? Era imposible, allí estaban todas sus cosas: fusiles, cascos, gorros y sables yacían en una caótica mezcolanza delante de la trinchera; y junto a todo aquello había fiambreras, palas, abrigo, vendajes ensangrentados y botas. En el interior de la trinchera

que tenían ante ellos, allí donde habían acertado las granadas y la explosión había abierto brechas en la tierra, Dios santo, allí..., allí yacían hombres confundidos con el gris y el marrón de los terrones y los escombros, tumbados boca abajo o retorcidos sobre sí mismos entre el polvo, la sangre y el barro. Había rostros partidos por la mitad, torsos humanos que sobresalían del suelo como tocones de árboles recién talados, brazos y piernas esparcidos como ramas desmochadas; había manos y dedos asomando como plantas que hubiesen brotado de la tierra. Ése era el aspecto del lugar por el que ahora caminaban, el lugar que ellos habían labrado: su campo de batalla. Y aquélla era su cosecha, la que había germinado de las semillas de las granadas que habían lanzado sus cañones. La fosa entera estaba rebosante. Estaban contemplando las provisiones que la muerte había cosechado para el invierno.

Ochocientos metros de largo de un extremo a otro, uno de ancho y uno ochenta de profundo tenía aquella fosa repleta de cadáveres, que en algunos lugares se amontonaban hasta arriba. Jan dejó vagar la mirada, que se detuvo, como buscando auxilio, en una de las muchas estampas de santos que se veían tiradas por todas partes, rotas y sucias, y cuyas imágenes, a pesar de todo, conferían al espantoso horror de aquel lugar algo de la paz que tienen los cementerios. Sin embargo, la paz de los cementerios no reinaba en aquella fosa, pues no eran los cadáveres los únicos que yacían a la intemperie. Junto a los muertos, entre los muertos y debajo de los muertos había hombres que aún conservaban un hálito de vida, lo suficiente para gemir con la mandíbula destrozada, retorcer sus miembros machacados y atravesados por las balas, pedirle a Dios, tras una noche de granadas y proyectiles *shrapnel*, una única gracia: la muerte.

Aquella noche, sólo una noche más de las miles de aquella guerra, fue bautizada por el ejército con el caballeresco nombre de *batalla*: la *batalla* de Stanislóvov.

## ¡Adiós, camarada!

Durante la noche siguiente cayó la primera nevada. A las cinco de la mañana, cuando las dos baterías se pusieron en marcha, aún no había amanecido. El frío era terrible. La ofensiva debía continuar como dictaban las órdenes y obligaba la práctica militar: en la vanguardia, la caballería, los más próximos al enemigo; luego, la infantería, la gran masa de soldados a pie pertrechados con fusiles y ametralladoras; tras ellos, la artillería con sus cañones; y a la zaga, los carros encargados del abastecimiento. Durante siglos, éste había sido el orden de batalla: caballería, infantería, artillería y tren de abastecimiento. La caballería es la encargada de reconocer el terreno y descubrir la posición del enemigo; la infantería avanza y cava zanjas para atrincherarse; la artillería dispara, en una gran trayectoria curva, por encima de la infantería; y una vez que han caído los proyectiles, la infantería se lanza a la carga y pone en fuga a todo aquél que haya sobrevivido a los obuses. Quien opone resistencia muere, quien se entrega es hecho prisionero. Al desarrollo satisfactorio de estas acciones es a lo que se llama victoria. Sin embargo, la realidad nada tiene que ver con el orden de batalla que la práctica militar dicta desde hace siglos: caballería, infantería, artillería.

Las dos baterías, que formaban ahora la mitad del Decimoséptimo Batallón de artillería pesada conocido como el Decimoséptimo, a secas, avanzaban a través de la tierra yerma bajo una ligera nevisca, cuando de pronto las balas comenzaron a silbar a su alrededor. Sonaban como el zumbido de los mosquitos cuando le pasan a uno junto a la oreja buscando el lugar donde posarse y picar: ssssss..., ssssss... Ellos conocían demasiado bien aquel sonido. ¿Pero desde dónde les disparaban? Delante tendría que encontrarse la infantería propia: ése era el orden de batalla. ¿Cómo era posible que la infantería rusa pudiese de repente atacar a la artillería en la columna de marcha? ¿Estaría acaso rodeada la infantería alemana? ¿Habría quedado separada del resto? ¿Y si la habían apresado los rusos? Las balas enemigas

enseguida impactaron en los cañones y los carros. ¡Si al menos hubiesen podido ver de dónde provenían los disparos!

El ataque se intensificaba ferozmente a cada minuto que pasaba. Resonaron gritos en la parte delantera de la columna, junto al primer cañón y, al instante, junto al segundo; las balas habían alcanzado a alguien; pero, ¿a quién? Nadie lo sabía aún. Todos pensaban al oír los gritos de dolor: «Enseguida seré yo el siguiente; de un momento a otro me van a disparar también a mí».

Alert ordenó colocar los cañones en posición, detrás del bosque que había a la derecha del camino, y apenas habían alcanzado el lugar cuando un oficial llegó galopando en un caballo cubierto de sudor.

—¡Abran fuego! ¡Por el amor de Dios, abran fuego! —exhortaba a Alert—. ¡Dispare todo lo que tenga! ¡Dispare allí! ¡Y allí! ¡Y en todas direcciones! ¡Nos están rodeando!

—¿Ya no hay infantería delante de nosotros?!

—¡No..., creo que no!

—¿Estamos entonces totalmente desprotegidos?

—¡Totalmente! ¡Pero dispare de una maldita vez! ¡Vamos!

La Séptima y la Octava Batería apenas tardaron un par de minutos en estar preparadas para abrir fuego. Los carros de abastecimiento y los bastidores de dos ruedas conocidos como armones, ya desenganchados de las piezas de artillería, fueron conducidos a galope hacia la retaguardia, fuera del alcance de las balas. Los conductores arreaban frenéticamente a los caballos. Los artilleros sacaban afanosamente los proyectiles de los carros de munición.

Junto a Jan y Flox, Alert subió corriendo a una pequeña colina en la que no había más que un peral deshojado y mustio. Dos artilleros los siguieron rápidamente arrastrando una plancha de acero que hundieron en la tierra junto al peral. Alert y Jan se parapetaron tras ella y a través de una abertura observaron, nerviosos, el terreno. Otros dos artilleros habían tendido un hilo de teléfono. Cuando las órdenes de Alert llegaron a través del aparato, las baterías comenzaron inmediatamente a descargar con furia. Jan oía los atronadores cañonazos, el aullido de los proyectiles en pleno vuelo por encima de su puesto de observación y, finalmente, el estruendo de las explosiones entre la maleza baja, al otro lado de un riachuelo; y mientras presenciaba esto, no dejaba de prestar oídos a todo lo que ocurría a su alrededor y de mirar atentamente en todas direcciones.

El muchacho dio de pronto un grito y señaló hacia los matorrales de la orilla del riachuelo más próxima a ellos, apenas unos trescientos metros

debajo del peral donde se encontraban. ¡Rusos! Sus abrigos marrones los hacían destacar con claridad sobre la fina capa de nieve. ¡Y había más allí! ¡Y a la izquierda! ¡Y allá, a la derecha!

Las balas silbaban cada vez más cerca. Sin el escudo de acero habrían estado perdidos. Alert gritaba las órdenes y el telefonista las vociferaba al aparato. Junto a los cañones, los hombres que estaban al otro lado de la línea y los jefes de pieza las repetían, enardecidos. Los proyectiles pasaban tronando sobre las cabezas de los observadores y hacían impacto en los matorrales que había frente a ellos a trescientos metros, doscientos cincuenta, a sólo doscientos metros; pero los atacantes se abrían paso y se acercaban cada vez más.

—¡Fuego a discreción! —gritó Alert; y al instante—: ¡Alto el fuego!

Era una locura seguir disparando cuando el enemigo se encontraba tan cerca que los proyectiles podían acertarlos también a ellos en lo alto de la colina.

—¡A las armas! —rugió el teniente—. ¡La infantería enemiga está frente a nosotros! ¡Tomen la colina! —y a Jan—: Corre, corre todo lo que puedas. Que enganchen los caballos y los armones, ¡los cañones tienen que retroceder!

Jan echó a correr como alma que lleva el diablo, aunque aún pudo ver cómo los camaradas que servían las piezas habían cogido sus fusiles, salían del bosque a gran distancia unos de otros, corrían colina arriba, se arrojaban al suelo, volvían a levantarse y seguían avanzando a la carrera. Desde el otro lado disparaba ahora la artillería rusa. Jan pasó como un rayo junto a los cañones —en cada uno había quedado un hombre encargado de disponerlos para la partida— y cruzó raudo, con Flox siempre en cabeza, por los surcos de los sembrados y por las trincheras. Cada segundo era sumamente importante, cada segundo podía costarle la vida a muchos camaradas.

Y llegó..., ¡por fin! Allí estaban el resto de los hombres con los caballos de tiro y los armones. Jan les transmitió, sofocado, las órdenes de Alert. Y al punto se lanzaron a uña de caballo, seis bestias por armón, galopando a través de los campos de labor. Jan se había montado de un salto en el primer armón y se aferraba a él con ambas manos.

¡Buuuummmmm! Una granada estalló a su paso, y animales y hombres quedaron envueltos en un denso humo, cubiertos por la tierra que había saltado por los aires. Los caballos se encabritaron, desbocados, y se precipitaron a galope tendido atravesando la humareda negra de las explosiones. Llegaron a los cañones en unos minutos, al lugar donde,

siguiendo las órdenes de Alert, acababan de retroceder los soldados que habían tomado la colina. No tardaron más que unos segundos en enganchar los arzones a las cureñas de las piezas. Los conductores se pusieron a vociferar, ¡arre!, y a chasquear los látigos: «¡Al galope! ¡Retrocedamos!». Los animales jadeaban y resollaban. Los soldados corrieron un trecho junto a los cañones con la lengua fuera y, tras reagruparse, el convoy continuó a galope por una senda estrecha que discurría entre sembrados. Jan iba sentado en el tercer cañón. Las granadas enemigas pasaban aullando ferozmente a su lado y estallaban a derecha e izquierda de la senda, en los campos de cultivo. Nadie en la columna resultó herido. Era un milagro.

En ese momento, Czech, el ordenanza, se acercaba a toda velocidad con los caballos de Alert. Galopaba a unos ochenta metros a la derecha del convoy cuando una granada cayó justo delante de las patas de los animales. Jan pudo ver, a través de la marea de barro que levantó la explosión, cómo la yegua castaña hincaba las rodillas y un montón de carne mutilada y cubierta de sangre quedaba tendida en el suelo. Czech, que montaba detrás el caballo overo, salió volando por encima de su montura, dio varias vueltas al caer y, sin vida, fue a parar a pocos metros del cuerpo de la yegua. ¡Pobre Josef Czech!

El caballo overo huyó, preso de un miedo cerval, y se precipitó derecho hacia el enemigo. Algunos artilleros se lanzaron a toda prisa tras él para intentar detenerlo, pero en ese instante el animal cayó atravesado por las balas.

Los disparos de la infantería continuaban silbando por entre los carros del convoy. Picopájaro fue alcanzado en el muslo y cayó desde el pescante. Sólo faltó un pelo para que le pasara por encima la pesada fragua de campaña, que venía detrás a toda velocidad. Los agudos chillidos de pánico que profería sin poderse controlar se oían por encima del estruendo de la huida, los cañonazos y los disparos. Al artillero Busch le traspasó el hombro una bala. Al viejo Distelmann le hirió la mano un trozo de metralla. El sargento Meumann, el hombre más recio de la Séptima Batería con más de noventa kilos de peso, tenía el tobillo destrozado. Las balas también alcanzaron a los caballos, lo que resultaba penoso para todos, pues los animales se espantaban y corrían desbocados y los rusos disparaban como enloquecidos. El enemigo se encontraba ya junto al peral en lo alto del cerro.

En la parte delantera de la columna, alguien prorrumpió en gritos. Era Müller, el conductor del primer cañón:

—¡Pantano! ¡Pantano! ¡Frente a nosotros..., un pantano!

Cundió el pánico. Al instante, el suelo empezó a ceder bajo el chapoteo de los cascos y las ruedas. Los caballos se encabritaron y trataron de retroceder. Sentían el peligro de la siniestra profundidad en la que se hundirían lentamente. Los latigazos no servían de nada, tampoco los gritos. Los animales ni siquiera se dejaban guiar a pie, su instinto era más poderoso.

—¡Las bestias tienen que avanzar como sea! —bramó Jürgensen, que había agarrado su montura por el bocado e intentaba en vano tirar de ella para cruzar—. ¡Prendamos fuego a la paja! ¡Cuándo los animales lo huelan, saldrán huyendo y nos sacarán de aquí!

Los conductores se precipitaron al carro del forraje, sacaron el heno y lo llevaron adelante para prenderle fuego.

—¿Por qué no lo rodeáis por la izquierda? —preguntó Jan cuando pasaron corriendo a su lado con el haz de paja.

—¡Serás alcornoque! —le gritó de malos modos el conductor Müller—. ¿O es que estás lelo? ¿No ves que todo esto es un maldito pantano? ¡Abre los ojos, pedazo de borrego!

Pero Jan y Flox ya habían saltado de su asiento. A la izquierda del camino, a tiro de piedra, sobresalían las puntiagudas hebras de un hierbajo insignificante y marchito, apenas visible por encima de una fina capa nieve. Sin embargo, él lo había reconocido: era brezo. Jan sabía bien que el brezo no crecía en tierra pantanosa, sino que necesitaba suelo seco. Se lanzó allí sin mirar atrás y al instante comprobó que no se había equivocado. Flox, que iba con él, torció a la derecha junto al arbusto, pues había olisqueado el rastro de una perdiz y la seguía a todo correr.

Un par de artilleros los habían observado con atención. Alert también se había fijado en ellos. ¡Tenían que encontrar un camino que sortease el pantano! Sólo así podrían continuar y evitar el terrible peligro de morir ahogados. Flox siguió alejándose velozmente y, dando un gran rodeo, llegó a la linde distante de un bosque. Los oficiales seguían sus movimientos desde lejos.

—¡Giro a la izquierda! —exclamó Alert, y la orden sonó como un grito de júbilo.

El Decimoséptimo Batallón al completo fue tras los pasos del caniche. En un abrir y cerrar de ojos todos habían dejado atrás la senda estrecha por donde habían venido y avanzaban a galope tendido en la dirección que el perro y el muchacho les habían mostrado.

—Este joven será pronto general —afirmó Jürgensen, que se avergonzaba de haber quemado estúpidamente el tan necesario heno. Él era médico y había

estudiado botánica, pero a pesar de ello no había sido capaz de reconocer el brezo; su idea de prender fuego a la paja había estado a punto de llevar a la muerte a dos baterías de artillería.

Llegaron por fin hasta aquel bosque de coníferas, que los acogió como un mago benévolo y compasivo y los envolvió en su verde manto para que los disparos enemigos no pudiesen ya alcanzarlos.

Allí mismo se arrojaron al suelo y antes de continuar, durante quizá un cuarto de hora, permanecieron tendidos y en silencio.

A su lado y por entre sus filas vieron pasar oleadas de soldados de infantería en desbandada. Marchaban sin orden ni concierto con el fusil bajo el brazo, desalentados, cubiertos de sangre o envueltos en vendajes, ateridos por el frío, con la cabeza gacha, sucios, hambrientos; iban con los botones del cuello desabrochados y la guerrera abierta, los ojos hundidos y el rostro descompuesto; tropezaban con las raíces y caían a cada paso que daban. Ya no les quedaban fuerzas ni siquiera para huir.

La pequeña ciudad de Lutomiersk, donde finalmente llegaron, bullía en un desorden de tropas de infantería, jinetes, soldados en bicicleta y sanitarios. Aquello era un verdadero caos de heridos, médicos y enfermeros que transportaban hombres inmóviles en camillas. Los médicos hacían las curas y operaban en plena calle, que se inundaba de gritos y gemidos. Los hombres ensangrentados eran cargados en pequeños carros de campesinos y conducidos lejos de la línea del frente.

—Adiós, mi querido muchacho —dijo el viejo Distelmann, que tenía ya vendada la mano herida por la metralla—. Tengo que estrecharte la mano izquierda, la otra la tengo chafada.

—¿Duele mucho? —preguntó Jan.

—Lo bastante —respondió el barbudo y le tendió la mano izquierda—. También quiero darte las gracias. Si no hubiese sido por ti y por tu perro, yo estaría ahora en ese maldito pantano; yo y toda la batería. ¡Adiós, camarada! ¡Mucha suerte!

—¡Saluda a la pequeña Frieda de mi parte! —le gritó Jan al tiempo que se llevaban a Distelmann.

Y el pequeño carro en el que habían puesto al veterano con otros heridos se alejó de allí.

## ¿Por qué? ¿Por qué?

Hacía un frío propio de enero, aunque aún estaban en octubre. La granja desde la que querían observar al enemigo pertenecía a un hombre alto y enjuto que recorría constantemente la hacienda a grandes pasos, como si buscara algo. Lo acompañaba un perro de aspecto lobuno, que gruñó y mostró los dientes a Flox justo cuando éste, confiado, se le acercó correteando.

El caniche le respondió también con un gruñido mientras Jan, Häberlein y el cabo Becker sacaban una larga escalera del cobertizo; y le mostró a su vez los dientes mientras aquéllos trepaban para subir el telémetro de artillería al tejado del granero. Dando un silbido, el campesino llamó entonces a su perro y ambos desaparecieron al instante tras un seto.

Después del mediodía, el alférez Ru subió con dos hombres al puesto de observación. Su verdadero nombre era Ruschatzky, pero era un nombre demasiado largo para un hombre de tan corta estatura, por lo que el doctor Jürgensen propuso abreviarlo en cuanto lo conoció y le dio a escoger entre *Ru* o *Ky*. El alférez Ru había sido profesor antes de la guerra en el colegio alemán de Constantinopla. Allí enseñaba su idioma a niños turcos y les cantaba canciones alemanas. Ya en el Ejército, Ru continuó siendo profesor: daba puntuaciones a cada soldado y ante cada acción militar se preparaba tan concienzudamente como para dictar una lección. Ru se hallaba en ese momento en el pequeño granero junto a Jan y los telefonistas y, sobre un mapa, señalaba con un lápiz rojo el puesto de observación y el lugar donde se encontraba el batallón. Jan no perdía detalle. Fuera reinaba la calma.

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor? —se interesó Ru, dejando a un lado el mapa—. ¿Has pensado ya en algo, pequeño Panie?

«Bueno, en un año seré ya casi tan alto como tú», pensó Jan, que sin embargo respondió:

—No tendré más remedio que trabajar la tierra de mi panie, pero si pudiera elegir...

—¿Entonces qué te gustaría?

—Me gustaría construir puentes y terraplenes para el ferrocarril, he visto cómo lo hacen los zapadores. ¿No vio usted hace poco, cuando estuvimos a orillas del Vístula, a un simpático zapador de barba pelirroja? Es ingeniero y me explicó todo lo que hacían, incluso con dibujos. ¡Y hay que ver lo bien que dibuja, caramba!

—¿Te gusta dibujar, Jan? —preguntó Ru, pero Jan no respondió: escuchaba atentamente.

Un pesado proyectil pasó por encima del granero y estalló a lo lejos.

—¡Hay que ir a ver dónde ha caído! —dijo Ru y salió a la puerta con Jan. La granada había impactado a unos doscientos metros detrás del granero. El campesino, que aún vagaba de un lado a otro de la hacienda, se encaminó en ese momento hacia el bosque.

—¡Eh, panie! —le gritó Ru—. ¡Se va usted a mojar los pies! ¿Adónde va?

El campesino pareció no entender, se giró un momento y siguió su camino. Jan le gritó entonces la pregunta en polaco y el hombre respondió que su perro se había escapado porque seguramente se habría asustado a causa de la explosión y tenía que buscarlo. Jan se quedó sorprendido cuando oyó al campesino: ¿hablarían polaco con un acento tan cerrado en aquella región?

Cayó de nuevo otro proyectil, esta vez enfrente de ellos, detrás del seto. ¡Bummm!, otro más: a la derecha del granero. Los terrones desperdigados llegaron casi hasta el puesto de observación en el tejado.

—¿Puede ver desde dónde disparan, Häberlein? —gritó Ru desde abajo, pero Häberlein no conseguía distinguir el lugar—. Baje entonces, no tiene sentido que se manche de barro allá arriba. No tiene usted a la suerte, no sea que al final haya que lamentar algo.

—¡Mala hierba nunca muere! —contestó el observador.

—¡Baja, Gustav! —dijo Jan—. ¡Yo te sujeto la escalera!

Otro proyectil volvió a pasar junto a ellos e hizo blanco a la izquierda del granero, en medio de la fosa del estiércol. El enorme chorro que salió despedido cubrió a Jan de arriba abajo y la estentórea risa de Häberlein les llegó desde lo alto del tejado.

—¡Te rocían con abono para que crezcas mejor, Jan!

En ese momento un proyectil *shrapnel* estalló por encima del puesto de observación. Ru y Jan se arrojaron al suelo, rápidos como una centella. Una tormenta de bolas de plomo estalló a su alrededor. Cuando levantaron la cabeza, un soldado yacía boca abajo junto a ellos, al pie de la escalera. Era Häberlein. Un fragmento de metralla lo había alcanzado en la espalda y lo

había hecho resbalar y caer de bruces a lo largo de la escalera desde el caballete del tejado. Ahora yacía inconsciente en el suelo. El telémetro, que había quedado arriba, enfocaba fijamente al horizonte y sus lentes parecían unos ojos redondos, abiertos de par en par.

—Tenemos que trasladar inmediatamente el puesto de observación — afirmó Ru—. No puedo entender cómo han sido capaces los rusos de encontrarnos aquí.

El telefonista Becker sacó una vieja carreta del cobertizo, puso dentro un poco de paja del granero y recostó dentro al camarada, que empezaba a gemir después de haber recobrado el conocimiento.

Los rusos seguían disparando sus proyectiles, pero Becker, a quien las explosiones no le preocupaban lo más mínimo, se dirigió de vuelta al granero para recoger el telémetro plegable que aún estaba en el tejado. Ru le previno:

—¡Ya habrá tiempo para eso, espere a que cese el fuego!

Pero Becker le respondió:

—Mi alférez, todo está predestinado: ya puede uno estar bajo el fuego más terrible, que si no es la voluntad de Dios, no pasará nada. Rezar es lo único que tiene que hacer usted, mi alférez. Yo rezo también, rezo cada vez que tiendo un cable de teléfono: «Dios mío, no dejes que ninguna explosión destruya este cable, aparta de nosotros el obús asesino y perdona nuestras ofensas, como nosotros también perdonamos a nuestros enemigos. Condúcenos de vuelta a nuestra hermosa patria y líbranos del mayor de los males: la guerra. Amén».

Así dijo Becker, en voz alta, mientras subía los peldaños de la escalera. Ru estaba emocionado y conmovido por el candor tan audaz y el rebotante optimismo de aquel hombre. Becker recuperó el telémetro y descendió por la escalera con cuidado. En el patio no cesaban de impactar granadas y proyectiles *shrapnel*. Uno de aquellos mortíferos artilugios cayó en el granero, pero Becker iba ya de camino hacia el cobertizo, donde hacía unos momentos acababa de dejar su carrete de cable de teléfono y, con él a cuestas, marchó hacia el carro bajo una intensa lluvia de obuses.

No llegó muy lejos. No volvió a ver el carro, ni tampoco el suelo. Un proyectil asesino le había arrebatado los ojos. Tambaleándose, fue hasta la carreta que él mismo había sacado y cayó encima de Häberlein.

Ahora yacía recostado sobre la paja junto a su camarada. Su rostro ensangrentado miraba desde unos ojos sin luz hacia el gris helado del cielo.

Uno de los soldados que acudieron con el alférez era quien empujaba la carreta. Jan transportaba el telémetro plegable. Al acercarse al pequeño bosque, se toparon de frente con el campesino, que traía a su perro sujeto con la correa. Jan le advirtió que no continuase. Y éste le respondió:

—No tengo ningún miedo.

Jan volvió a quedarse perplejo. Ésa no era la forma de hablar de un campesino polaco.

El soldado que conducía la carreta con los camaradas heridos llegó hasta donde se encontraba la batería. Los demás siguieron ascendiendo hasta un collado en medio del bosque. En ese instante Ru se percató de que había olvidado su cartera con los mapas. ¡Maldita sea, si llegasen a caer en manos del enemigo! Los había tenido consigo hacía tan sólo un momento. Jan salió corriendo a buscarlos.

En el instante en que el muchacho se acercaba a la hacienda reparó en el campesino. El hombre permanecía inmóvil tratando de atisbar el collado en mitad del bosque. «No, tú no eres ningún campesino y mucho menos polaco», pensó Jan, que se escondió detrás de un abeto y se quedó allí sin apartar los ojos del sospechoso.

El hombre retrocedió unos pasos; sacó un papel del bolsillo, escribió algo en él y se agachó para atarlo al collar del perro. Soltó entonces al animal de la correa con la que lo sujetaba y, como si ese gesto hubiese sido una orden, el perro, obediente, echó a correr campo a través. «Va hacia los rusos», pensó Jan, «tengo que informar al alférez: fue el perro quien nos delató y va a hacerlo ahora otra vez. Ru tiene que saberlo, esto es más importante que la cartera con los mapas». Jan corrió tan rápido como pudo y, sin aliento, relató lo que había visto. El sosegado profesor Ruschatzky estaba como transformado.

—¡Un espía! A ese miserable le voy a sacar el alma. Tenemos tiempo antes de que el perro les revele nuestra posición. Por suerte no he olvidado más que la cartera con los mapas, ¡aquí tengo mi revólver reglamentario! ¡Vamos!

Ambos llegan dando un gran rodeo a la granja y se arriman con sigilo al granero por el lado opuesto, donde hay una ventana. Dentro, un hombre sentado examina de cerca uno de los mapas de Ru. «Es una suerte que no esté aquí el perro», piensa Jan y entonces Ru grita: «¡Manos arriba!». El hombre se incorpora de un salto y saca una pistola del bolsillo. El revólver de Ru hace

fuego y el espía se desploma sobre la mesa. Sus manos agarrotadas se aferran al mapa.

Registran los bolsillos del muerto. En un sobre de hule encuentran algunos rublos en billetes y una fotografía. En ella, cogidos del brazo, aparecen retratados el muerto y una mujer hermosa de rasgos delicados. Él lleva puesto un uniforme de oficial ruso.

—Ahí lo tienes —constata Ru—; volvamos enseguida al puesto de observación —y diciendo esto se guarda la fotografía en el bolsillo—. Escucha bien lo que voy a decirte, querido Jan —le advirtió Ru mientras atravesaban el bosque—: El espía es el enemigo más peligroso que hay *en* la guerra. No lucha a campo abierto, sino que se infiltra sin ser visto, indaga mediante argucias y tretas y, sirviéndose del robo, el engaño y el chantaje, averigua secretos que vende luego a cambio de dinero, mucho dinero.

—¿Quién le da el dinero? —quiso saber Jan.

—El gobierno, los altos mandos, el Estado Mayor; de hecho, el espionaje forma una unidad especial dentro del Ejército.

—¿También en el alemán? —se sobresaltó Jan, indignado. Ru asintió con un gesto—. ¿Los alemanes dan dinero a esos canallas? Pero ¿por qué, mi alférez? ¿Por qué lo hacen? ¿Eso es algo ruin y despreciable!

—Tienes razón, muchacho, es ruin y despreciable; pero los gobiernos de todas las naciones lo hacen. Siempre ha habido espías y siempre los habrá mientras exista la guerra.

Jan estaba a punto de preguntar algo cuando vieron a un soldado bajando hacia ellos a grandes zancadas desde el collado.

—¿Ocurre algo importante? —inquirió Ru.

—Orden de la división —informó el soldado—: la batería retrocede hasta Willawa.

—¿Willawa? —Ru desplegó ante él el mapa arrugado—. ¿Willawa? ¿Está seguro de haber oído bien, soldado? Willawa queda a muchísimas millas en la retaguardia. Eso es retroceder...

Una hora después les llegó la noticia de que el comandante en jefe del frente este, Hindenburg, había ordenado la retirada inmediata.

¿Por qué? ¿Por qué? Hasta ahora Jan había sido el único en hacerse esta pregunta, como cuando avanzaba por aquella tierra arrasada sentado en el pescante junto a Jakob: ¿por qué dejan todos estos soldados que los campos queden yermos? ¿Por qué permiten que mueran de hambre los pobres? ¿Por qué no trabajan la tierra y dan pan a los hambrientos? ¿Por qué les quitan a los campesinos la única vaca y el único caballo que tienen? Ahora, también

los artilleros y los oficiales, que hacía tiempo que habían perdido el hábito de hacerse aquella misma pregunta por considerarla carente de sentido, volvían a preguntarse: ¿por qué?

—¿Por qué? —musitó Alert mientras señalaba desde su caballo el vasto territorio que tenía frente a él—. ¿Por qué hemos marchado a través de esta pobre tierra, Polonia, y hemos arrasado bosques y campos? ¿Por qué hemos maltratado como lo hemos hecho a hombres y animales y, con nuestras granadas y obuses, hemos dejado huérfanos a tantísimos niños y hemos hecho enviudar a tantísimas mujeres?

—¿Por qué? —dijo el alférez Allenstetten, que cabalgaba junto a él—, ¿por qué nos hemos sentido los vencedores y llevamos la Cruz de Hierro en nuestro pecho como si fuese un honor?

—¿Por qué me he pillado este reumatismo con la maldita lluvia? —preguntó el cabo Jakob.

—Maldita sea mi estampa —se quejó Rosenlöcher—, si hubiera sabido, mabría quedado esperando en la frontera a que hubieseis vuelto. Lúnico que me gustaría saber es por qué narices nos han tenido nada más y nada menos que tres mesecitos como locos aquí para allá con los polacotes estos: ¡al suelo, en pie, al suelo, en pie, adelante marchen, media vuelta, ar! ¡Es peor que nel patio del cuartel! ¡Están borrachos!

—No lo entendéis ninguno —intervino Hottenrot mientras se envolvía los pies con unos trapos limpios—. Os lo voy a explicar: yo pertenezco desde sus inicios al club de boxeo *Knock out* que tenemos en mi pueblo, Freienwalde, y con él hemos ganado once primeros premios. Pues resulta que la guerra es exactamente igual que un combate de boxeo. Cualquiera novato no ve más que trompadas y reveses como si fuese una trifulca callejera: uno de los contendientes golpea, el otro le devuelve el golpe; uno se agacha, el otro también; uno se cubre el rostro con el brazo y, ¡pum!, se lleva tal mamporro en el hocico que no sabe si es de día o de noche. Retrocede entonces hasta las cuerdas y al instante sale otra vez al centro del cuadrilátero (no me preguntes ahora por qué); ¡pum!, el contrario recibe un puñetazo en pleno estómago y se tambalea. Uno encaja los golpes, le sangra la nariz, al otro se le hincha la jeta como un balón de fútbol y, finalmente, los dos se van al suelo, poco importa quién queda arriba y quién abajo. Ante esto, el novato se queda asombrado; pero un buen conocedor, como yo, ve mucho más, muchacho, porque existen reglas muy precisas que hay que tener en cuenta. Pues en la guerra es la misma historia: se avanza y se retrocede, uno golpea, golpean luego los dos, a veces se quedan ambos ahí, mirándose fijamente y a veces dan vueltas uno

alrededor del otro como en el circo; pero en esto también existen unas reglas precisas. Es una ciencia para la que no alcanzan vuestras entendederas: se trata de estrategia, y la gente como nosotros no tenemos ni idea. Estrategia es como cuando un boxeador idea un plan: primero sólo cubrirse, mantener siempre la guardia hasta que el contrario esté cansado y, entonces, ¡a por él!, como hacía Blücher<sup>[3]</sup>. Luego, cada golpe y puñetazo, en el mentón, en el rostro, en las costillas, eso es a lo que se llama táctica, igualmente una ciencia; y lo mismito ocurre en la guerra. Tampoco de táctica tenemos nosotros la menor idea.

—¡Pero qué requetebién nos lo has explicado, viejo gañán! —se mofó Rosenlöcher—. Yo ya lo sabía todo, pero a ti que se te da tan bien presumir, a ver si nos aclaras una cosa: si todo esto es como un combate de boxeo, ¿por qué no se ponen los señores generales aquí con toda sustrategia y su táctica, sorganizan un combate, se parten la cara todos y nos dejan mirar como en una película, en primera fila, a uno veinte la entrada? ¿Por qué tenemos que dejar nosotros que nos machaquen los huesos por sustrategia piojosa, y permitir que nos desangren hasta que no nos quede ya una gota nel cuerpo? ¡Ya entiendo, es que nosotros no tenemos ni la más mínima idea!

—Así que once premios consiguió vuestro club, ¡nada menos! —terció Cordes—. Pero dime algo: ¿Ha ganado alguno de nosotros algún premio de ésos de diez o quince mil marcos, como los que se ganan en un combate de boxeo? Seguro que no, pero sí que hemos ganado un disparo en la cabeza o un cuchillazo en el lomo o, con mucha suerte, ¡dos o tres dedos menos! Yo también he visto combates de boxeo y al final los dos contendientes suelen darse la mano e irse juntos a la cantina a tomarse una cerveza. ¿Por qué no vamos nosotros hasta donde están los rusos y les damos la mano? Pues porque los disparos no nos han dejado ni una sana y te aseguro que ningún cadáver bebe cerveza. Estrategia, táctica..., qué bonito suena, sí, pero llamemos a las cosas por su nombre: esto es una masacre, ni más ni menos.

La luna brillaba. La batería marchaba hacia el Oeste. ¿Adónde?, les daba igual. Todo había sido inútil: el avance hacia el Vístula, los horribles esfuerzos, los muertos. Inútil. Lo único que se oía ahora era el silbido del viento, que cortaba la cara como si arrastrase navajas afiladas.

Por la mañana, Jan vio a los zapadores aplicados a su trabajo a la cola de la batería. Eran los mismos fortachones a quienes había visto, durante la ofensiva, tender puentes, tirar hilos telegráficos, construir cobertizos para las

provisiones y poner vías para los ferrocarriles de campaña. Ahora tenían que arrasarlo todo: los rusos iban tras ellos y el ejército no quería dejar atrás nada que les resultase mínimamente valioso. No podía quedar nada en pie, ni un solo poste de telégrafo, con lo que los cables arrancados colgaban ahora de los árboles o yacían revueltos y enmarañados en las trincheras. Los caminos, los precarios caminos polacos también tenían que quedar completamente destruidos. Debían volar por los aires una de cada dos bifurcaciones por las que pasaban, de forma alternativa, con lo que la senda que quedaba tras ellos cada vez se parecía más a un tablero de ajedrez. Ningún carro, ningún cañón podría avanzar por allí. Se derribaban los árboles de cada lado de las veredas rurales y forestales para que los troncos y las ramas bloquearan el paso. Las vías de ferrocarril eran arrancadas de cuajo, se desencajaban las agujas de los raíles y se dinamitaba cada viaducto, cada paso, por pequeño que fuese. A los puentes de madera se les prendía fuego: cada vez que los artilleros atravesaban uno, veían cómo los zapadores encajaban haces de paja y barriles de brea entre las vigas y entre los pilares. En cuanto había acabado de pasar el último hombre, el puente ardía en llamas.

—¡Pirómanos! ¡Taladores furtivos! ¡Saboteadores del ferrocarril! —se burlaba Cordes—. En tiempos de paz iríais todos a la cárcel.

No obtuvo respuesta. Con los dientes apretados y en silencio, los zapadores se aplicaban a su tarea de destrucción.

Junto a uno de los viaductos Jan volvió a ver al simpático zapador de barba pelirroja, sólo que esta vez tenía cara de pocos amigos:

—Uno se dedica toda su vida a crear, a construir puentes y caminos para que las personas puedan llegar más fácilmente y más rápido a todas partes, y llega la guerra y lo fuerzan a uno a romperlo todo con sus propias manos. ¿Cuánto trabajo crees que lleva construir un puente como éste? Yo no soy una persona sentimental, créeme, muchacho, de verdad que no, pero cada vez que un puente salta por los aires es como si me arrancasen el corazón. ¿Por qué razón se pasa uno la vida entera trabajando? ¿Por qué?

## No hay ningún reencuentro...

Era domingo día uno de noviembre, festividad de Todos los Santos. Un capellán en uniforme acudió con un pequeño altar portátil que desplegó cuando la tropa se detuvo detrás de un bosque y, allí, ofició una breve misa. Se dirigió entonces a los presentes, entre los que se encontraban muchos zapadores y soldados de infantería; recordó a los camaradas muertos y habló del sufrimiento de los heridos. En medio del sermón empezó a llover. El cielo parecía llorar por la guerra y por los hombres que desatendían los mandamientos de Dios.

—Pero después de la lluvia —los consoló el clérigo—, siempre brilla el sol. Quien sobreviva a la guerra y regrese sano y salvo al hogar, a ése lo ha reservado Dios para grandes cosas. Esta guerra será la última: por ello rezamos, por ello luchamos, por ello han caído nuestros camaradas. Vuestros sacrificios no habrán sido en vano.

Y después de haber dado su bendición a los soldados, dijo todavía:

—Nos encontramos en vísperas de una gran alegría. Mañana, en el transcurso de la jornada, cruzaremos la frontera y veremos de nuevo Alemania.

¡Volvemos a Alemania! Aquellas palabras corrieron como la pólvora por las baterías, los batallones, los regimientos, inundando a todos de una felicidad indecible. Alemania era el padre y la madre, los hijos, los hermanos y las hermanas, el hogar, la profesión. Como un gran suspiro de alivio, así era aquella palabra: Alemania.

Los pies desollados por las caminatas, los dedos congelados dentro de las botas habían dejado de doler. Parecía que las piernas anduviesen solas detrás de los cañones. Los corazones palpitaban. ¡A casa, a casa, a casa! Todos soñaban despiertos con la patria. La canción con la que se habían despedido, exultantes, hacía tres meses, ignorando lo que los aguardaba, bulliciosos como si fueran a la fiesta del pueblo en honor del santo patrón, era la canción que volvía a resonar ahora mientras subían al vagón del ferrocarril que los

llevaría hasta la frontera y más allá. Era la canción de la nostalgia que siente el soldado. El estribillo se repetía sin cesar:

*En el hogar, en el hogar,  
siempre hay un reencuentro<sup>[4]</sup>...*

Una y otra vez entonaban a coro. Sus voces se oían en todo el tren: «En el hogar, en el hogar...». Sólo Cordes cantaba: «... no hay ningún reencuentro...». Se agolparon junto a la ventana:

—¿Hemos llegado ya a la frontera? ¿Cuánto queda? ¿Por qué anda tan despacio este tren de pacotilla?

—Creo que voia salir a empujar un poquito para ayudar —bromeó Rosenlöcher.

Los apeaderos por los que pasaban seguían teniendo nombres que les sonaban extraños, rusos: Dembricze, Skrzunki, Zadawy, Podgrabow... ¡Allí, por fin! ¡Viva! ¡Viva!, un poste fronterizo y una garita de guardia pintada de negro y blanco, los colores prusianos; y un jefe de estación con una gorra roja. Y allí, ¡viva!, gritó con algazara todo el compartimento: ¡un gran buzón azul, un verdadero buzón de correos!

—Mira eso —rió Papá Rosenlöcher con los ojos húmedos de lágrimas—, ¿ves esa caja azul, Panie? Correo alemán, ¿sabes lo queso significa?

—¡Eh, muchacho, lee eso que pone ahí! —dijo Hottenrot llevando a Jan a la ventana de enfrente—. Espera que se cierre la barrera; esto sí que se puede leer, un idioma que se entiende, y no ¡pscha kreff piorunie! Esto sí que no lo hay en Rusia.

—¡Dentífrico Odol, lo mejor para los dientes! —exclamó entusiasmado el conductor Müller—. ¡Se puede leer, pequeño Panie! Ah, Alemania.

Y se pusieron a dar voces como si hubieran bebido cerveza y gritaban y cantaban:

*Sí, nuestra bandera ondea bien alta,  
la agitamos por encima de la brigada,  
y por encima del ejército señala:  
ahí avanza la artillería pesada.*

La embriaguez que les producía sentir que estaban volviendo a la patria les hacía verse como intrépidos conquistadores, como los vencedores que regresan al hogar. Todo lo que veían les resultaba novedoso, magnífico.

—¿Ves, Cabo Caniche? —exclamó Mostazo mientras señalaba la frondosidad que se veía a su izquierda—, esto es muy distinto de ese lodazal de la selva rusa, ese infierno de llanto y rechinar de dientes. Este bosque sí

que es una delicia, siempre hay latas de conservas y envoltorios de papel tirados por ahí. Aquí, chico, uno se siente como en casa.

—¡Y las calzadas! —parloteaba Rosenlöcher—: pues sentarte a comer encima, muchacho, questá tan limpia que no te manchas ni esto.

—¡Muchachas, zagalas, mozas! —gritaron todos de pronto. Rápidamente se apiñaron junto a la ventana del lado izquierdo, se subieron a los bancos y, mirando embobados, se pusieron a hacer señas y a vocear—: ¡Marieta! ¡Lisbeth! ¡Anna! ¡Katrin! ¡Princesa! ¡Mi amor! —las muchachas reían tímidamente y los artilleros agitaban las gorras y cantaban—:

*Muchacha, no llores por algo así,  
no estés triste,  
que haces que a este artillero,  
al verte, se le parta el corazón...*

El tren continuó y el canto fue apagándose:

*porque a esta expedición militar, te confieso,  
el que marcha no vuelve en ningún tren expreso,  
¡sécate esas lágrimas, muchacha, y no llores más!<sup>[5]</sup>*

—Y tú, lechuguino, ¡qué tocurre que no abres el pico! —dijo Rosenlöcher sacudiendo de la chaqueta a Cordes, que permanecía sentado en su banco, impasible ante tal espectáculo.

—No quiero aguaros la fiesta, niños —respondió.

—¿Pero qué te pasa otra vez? ¿Es que no talegras, viejo Makawa?

—Sí, sí, Makawa... —repuso Cordes—. Ya veo que volvéis a entusiasmaros todos por la calavera del sultán, pero yo no puedo.

—Pero si no hay ninguna calavera, tú mismo lo dijiste: no se puede encontrar. Y esto es Alemania, ya lo estás viendo, estamos en territorio alemán, ¿no lo entiendes?

—¿De verdad? —ironizó Cordes—. ¿Territorio alemán? Yo no veo más que un par de postes pintados de negro y blanco, y un buzón pintado de azul. ¿Y aparte de eso? Las muchachas que acabáis de ver eran polacas, lo podíais haber sabido por los pañuelos de color que llevaban en la cabeza. ¿Y los pueblos? Pasamos por Podgrabow, fuimos hacia Grabow, luego paramos en Wiclowicz, las chicas eran de Sicriszcewice y ahora vamos a llegar a Ostrovo. No suena mucho a Alemania, ¿no crees?

—Tú no lo entiendes, abuelete —insistió Rosenlöcher—, es questo es la Polonia alemana.

—¡Y el lugar donde nosotros hemos estado todo este tiempo era la Polonia rusa! ¡Polonia es Polonia, no me digas...! ¿Por qué lucháis? ¿De qué

os alegráis todos como energúmenos?

—De volver a Alemania.

—No, os alegráis de los colores con los que pintan postes, garitas y buzones de correos. Y eso es menos aún que la calavera de un sultán negro.

El tren avanzaba ahora entre numerosos vagones de mercancías detenidos. Lentamente se acercaban a la estación de Ostrovo. Hottenrot, que había oído la conversación con el ánimo cada vez más encendido, señaló los vagones junto a los que pasaban en ese momento:

—Liegnitz... Essen... Dresde... Elberferd... Karlsruhe... Bingerbrück... ¿No te suena eso a Alemania, eh, zoquete? ¡Qué me importan a mí unos cuantos pueblos de mala muerte! Pero ya verás, espera un poco, sólo setenta y cinco kilómetros y estaremos en Bresláu, ¿o acaso eso tampoco es Alemania, mequetrefe?

—Pues esperemos entonces —concluyó Cordes y no dijo nada más.

—¡Cabo! —exclamó Behr el Bajito al ver a Jakob en el andén de la estación—. ¿Podría usted informarme de si pasaremos tal vez por Bresláu?

—No tengo ni idea —repuso Jakob—, pero espere un instante, voy a ver si le saco algo al alférez Ru.

Sin embargo, Ru no sabía nada o fingía al menos no saber nada, pues el miedo a los espías hacía que todo lo referido al transporte de tropas, tanto en suelo patrio como en territorio enemigo, fuese mantenido en el más estricto secreto.

—¡Esto es un insulto! —protestó el conductor Müller y volvió a subir al vagón—. Nos descargan de un tren y nos cargan en otro como si fuéramos ganado, y uno ni siquiera tiene derecho a saber adónde lo llevan.

—Al matadero —musitó Cordes.

Después de partir de Ostrovo, el tren cambió de dirección y continuó hacia el Norte. Behr lo constató en su brújula.

—Por aquí no llegaremos a Bresláu en la vida —dijo.

—Entonces iremos a Posen —tuvo que admitir Hottenrot.

—Pues tampoco —los decepcionó Behr.

Todos miraban fijamente la brújula, como hechizados; nadie decía una palabra. Los corazones tiritaban igual que la agujita negra que no cesaba de apuntar hacia el Norte.

Behr se llevó de repente las manos a la cabeza:

—¡Pues claro! ¡Estábamos tan obcecados que no nos hemos dado cuenta!

—¿De qué? ¿De qué?

—Neufahrwasser, Pillau y Swinemünde: ahí es adónde vamos; nos acantonan como guarnición en la costa norte.

—No diga usted tonterías y, sobre todo, no adelantemos acontecimientos —intervino el cabo Skobel, uno de los nuevos—. En Danzig, Neufahrwasser y Pillau ya se encuentran desplegadas, como defensa costera, nuestras, llamémoslas así, baterías activas.

—¡Por eso, por eso! —estalló Behr en gritos de júbilo—. Nosotros somos el reemplazo, ellos ya han holgazaneado bastante, sí señor, ahora les toca a ellos ir a plantar cara a los rusos. Y beberemos *goldwasser*, el famoso licor de Danzig, y comeremos marisco y atraparemos cangrejos y...

—*Y los lenguados se quedarán asombrados*<sup>[6]</sup> —se oyó decir con parsimonia a Rosenlöcher desde su rincón. Yo, entretanto, voia seguir durmiendo un poquitín más. Cuando vayamos por Usedom me despertáis, ¡buenas noches!

—¡Buenas noches, Papá Rosenlöcher!

Por la mañana el tren atravesó un puente y, al llegar al otro lado, se detuvo. Los soldados descendieron por el terraplén hasta el río. Allí se lavaron. Cerca había un poste indicador. Papá fue el primero en verlo. Todavía mojado y con el torso desnudo se acercó a él corriendo. Su rostro se iluminó:

—¡Cordes! —gritó—. ¡Hottenrot, Müller, Panie! —todos acudieron—. Si esto no es alemán, entonces yo soy chino —exclamó Rosenlöcher dirigiéndose a ellos. En el poste indicador ponía: Ganshagen 4 km, Neustadt 6 km, Wilhelmswalde 7 km—. ¿Tienes ahora un poco más de fe en la patria, Makawa?

Pero antes de que Cordes pudiese responder, llegó la orden:

—¡Atención, descarguen! Baterías Séptima y Octava marchen hacia Szczodrzejewo.

—Szczodr... ¡Si no se puede ni pronunciar, por el amor de Dios!

—Estornuda tres veces, escupe otras dos y entonces tuyo es, sanseacabó —dijo Hottenrot, se escupió en las manos y agarró las ruedas del tercer cañón—. ¡Ehhhh, empuja! ¡Ehhhh, empuja!

—Pero ese sitio..., ¿está en Alemania? —preguntó Rosenlöcher, abatido, cuando acabaron de descender todos los carros y cañones. Ru, que estaba a su lado, le dijo que sí: el pueblo de nombre impronunciable se hallaba en la patria, a seis kilómetros de la frontera con Polonia.

Pronto cubrieron esa distancia, llegaron al pueblo y regresaron de nuevo a la frontera por la tarde.

Rosenlöcher se detuvo junto a un poste fronterizo. Nadie lo advirtió. El soldado sentía que no podía avanzar un solo paso más: un súbito agotamiento se había apoderado de él. Se apoyó entonces en uno de los postes pintados de negro y blanco y miró hacia atrás, hacia donde se extendía Alemania. Tenía las mejillas hundidas y sus labios azulados murmuraban:

—Patria, ¿por qué no pués retenernos? ¿Tan miserables somos que no permites que nos quedemos contigo? ¿Pero qué hemos hecho? —y permaneció allí, igual que un mártir que esperase junto al poste de tortura, como si fuera a desmayarse de un momento a otro.

—¡Rosenlöcher! ¡Venga, vamos! ¿Qué pasa? —sintió que la voz de uno de los sargentos se abría paso hasta él desde una gran distancia.

—¡Papá Rosenlöcher! —gritó Jan.

El artillero veterano sacó entonces fuerzas de flaqueza y corrió a paso ligero hasta alcanzar de nuevo a sus compañeros.

## Dombie

De los ciento diecisiete caballos con los que contaba la batería, sólo ochenta y dos seguían con vida. De los doscientos cincuenta artilleros, noventa y seis habían muerto, estaban heridos o habían caído enfermos. Ocho de los heridos fueron condecorados con la Cruz de Hierro, un honor que para ellos había dejado de ser motivo de alegría. Al sargento Karl Meumann, el hombre más recio de la batería, le habían amputado el pie en una mesa de operaciones del hospital de evacuación de Beuthen el día antes de que recibiese la condecoración. En la planta superior, Gustav Häberlein guardaba cama totalmente escayolado y preso de la fiebre. El invidente Johannes Becker, en un asilo situado en los Montes Metálicos, palpaba la cruz negra y blanca sin pronunciar palabra. De repente la dejó caer al suelo y trató de asir el tablero que había frente a él encima de una mesa: estaba aprendiendo a leer la escritura para ciegos.

Las bajas que la enfermedad, las heridas y la muerte habían producido en las filas de la batería pronto quedaron cubiertas.

Allá donde fueran se llevaban cualquier caballo que encontrasen, y el propietario recibía por él una nota, un vale. Entregado: un caballo. Y el propietario firmaba... A esto se lo llamaba requisar, y requisaban, en cualquier parte, todo aquello de lo que pudieran apropiarse.

En el lugar donde se encontraban ahora hallaron un chozo, una precaria cabaña formada solamente por dos estancias: una sala de estar que hacía las veces de dormitorio y un establo donde se encontraba el único caballo que poseía la familia que allí vivía. Era un caballo blanco, hermoso y fuerte. La familia había tapiado la entrada del establo para esconderlo, pues el animal era su única posesión; lo querían más que a nada en el mundo. Durante aquella semana, en la que habían visto marchar por delante de su puerta a los rusos, luego a los alemanes, de nuevo a los rusos y ahora otra vez a los alemanes, lo habían alimentado arrojándole el forraje a través de un agujero

hecho en el piso de arriba y le habían dado de beber descolgando un cubo atado a una cuerda. Así era como habían evitado la requisita del animal.

El cuartucho en el que, dando un traspiés, acababa de entrar el conductor Müller era de un tamaño mucho menor del que la pequeña cabaña tenía por fuera. No se veía ninguna otra puerta, ni por fuera ni por dentro; tampoco ventanas. ¿Qué sería aquella habitación secreta? ¿Se ocultaban allí armas, espías, enemigos?

Müller notificó el singular hallazgo y el alférez Allenstetten acudió de inmediato. Éste dio orden de echar abajo el muro, escribió luego una nota de requisita, y el conductor Müller y el cabo Skobel sacaron el caballo blanco al patio. Los propietarios, un campesino anciano, su mujer, sus dos hijas mayores y su hijo, un muchacho de la edad de Jan, se echaron al suelo y, arrodillados frente al oficial, se lamentaron, gritaron, lloraron y rezaron. Aquello le partía a uno el corazón. Le besaban los ribetes de la guerrera, se aferraban a sus piernas, le besaban las botas sucias y lo miraban desde el suelo, suplicando, como si fuese la misma divinidad. Pero él no era Dios, era simplemente un soldado. Y los soldados son crueles.

—El caballo ya no es vuestro, aquí tenéis esta nota —dijo. Y se marchó.

El llanto se convirtió en gritos de desesperación, en convulsos sollozos. Se tiraron entonces al paso del oficial y besaron la tierra donde éste acababa de pisar, pero fue en vano.

—Alférez, ¿por qué ha hecho usted eso? —preguntó Jan, que lo había presenciado todo en silencio.

—Lo lamento —repuso Allenstetten—. Órdenes son órdenes. Además, esta gente ha recibido una nota de requisita debidamente cumplimentada.

—¡Pero esta gente no puede hacer que la nota tire del arado! —se indignó Jan.

Poco tiempo después, el alférez Allenstetten fue ascendido a teniente y pasó a comandar la Séptima Batería. Entre los artilleros y suboficiales hubo también algunos que fueron promovidos y otros que fueron condecorados con la Cruz de Hierro. Cordes y Hottenrot obtuvieron el rango de cabo —Hottenrot se vanagloriaba de su ascenso y presumía más que antes si cabe—. Behr el Bajito, ahora cabo primero, reemplazó al pobre Häberlein en las tareas de observación. Jakob pasó a ser sargento y a Alert, que fue ascendido a capitán, le concedieron la Cruz de Hierro de Primera Clase. Se la entregó en persona el nuevo comandante de la división, el general Von der Aue, durante la parada

en la que éste pasó revista a las tropas en la gran plaza rectangular de Kolo. Jan estuvo también presente y escuchó la alocución del general, pero a pesar de que se encontraba cerca de las primeras filas y de que el general habló alto y claro, apenas entendió nada del largo discurso. Aquella voz sonora habló de laureles, de gloria, de la bandera, de la patria..., y de perseverar.

—¿Perseverar? ¿Y qué hay que hacer para perseverar? —le susurró Jan al cabo Cordes, que estaba de pie a su lado.

—Aguantar carros y carretas, mantener siempre la boca cerrada y hacer todo lo que a uno le manden —respondió Cordes; y Jan, de buenas a primeras, como si las palabras le quemasen la lengua, preguntó:

—¿Y qué son...? —«qué son laureles», quería saber; pero la penetrante mirada del comandante de división lo fulminó en ese mismo instante y la frase se le quedó trabada en la garganta. «Hay que mantener la boca cerrada», pensó.

Cuando la alocución y la entrega de condecoraciones hubieron terminado, Alert fue llamado ante el comandante de división.

—Capitán —empezó el general—, usted y su tropa han realizado proezas extraordinarias, créame, extraordinarias. Quisiera no tener que darle, en lo sucesivo, ninguna importancia al asunto por el cual lo he hecho llamar, pero hace poco se ha recibido una carta anónima en la división. En ella se hacen acusaciones concretas contra su persona que, de ser ciertas, capitán, serían extremadamente graves.

—Entiendo: una denuncia. ¿Permitiría vucencia hacerme partícipe del contenido de dicho documento?

—He dado por supuesto —continuó el general— que no es sino una calumnia. No obstante, se le acusa de conservar a un menor como prisionero en lugar de entregarlo, como manda el reglamento, y de darle, además, un uniforme prusiano, permitiendo incluso que los acompañe en sus acciones militares pese a la amenaza de espionaje. Como le he dicho, no he dado crédito a tal cosa. Hace un momento he reparado, sin embargo, en un joven desvergonzado, un granuja que ha tenido la insolencia de reírse y de parlotear durante mi discurso. Dígame, ¿se trata del mismo muchacho?

—A la orden de vucencia, mi general. Sí, es el mismo muchacho; el mismo que en la ofensiva junto al Vístula recuperó siete carros de munición que se habían extraviado. El mismo que, bajo un terrible fuego de granadas y obuses *shrapnel*, arriesgó su vida para traer los arzones y los caballos hasta nuestra posición; y el mismo que, con su portentosa capacidad de observación, evitó que el batallón se ahogase en un pantano. Con el permiso

de vucencia, mi general, se trata del mismo muchacho que hace tan sólo unos días desenmascaró a un oficial ruso que espiaba bajo la apariencia de campesino polaco. Debo confesar a vucencia que no puedo menos que avergonzarme de llevar la condecoración que he recibido de sus manos hace unos minutos —dijo señalándose la Cruz de Hierro que lucía en el pecho—; pues, por derecho, no le correspondería a nadie más que al muchacho el honor de llevar esta medalla. De no ser por él, ningún hombre de la Séptima ni de la Octava Batería estaría hoy en la plaza de Kolo.

Durante la intervención de Mirlo Blanco, la expresión del general se había vuelto más afable.

—Uno también ha sido joven, querido Alert —dijo el general—. Estoy totalmente convencido de las excelentes cualidades del joven y, por supuesto, de la sinceridad de sus intenciones. Sin embargo, capitán, oficialmente no me está permitido tener conocimiento del asunto. Hay que evitar por todos los medios que esta historia corra de boca en boca, de lo contrario nos veremos en un serio aprieto. Piense por un instante en lo que ocurriría si circulase por ahí el rumor de que los alemanes retienen a menores de edad a los que emplean sin ningún escrúpulo en peligrosas acciones de guerra. Porque eso es lo que se dirá, téngalo por seguro. Y si ese rumor llega a países neutrales y a territorio enemigo, no quiero imaginarme dónde acabará esto. El muchacho, como pone en la dichosa carta, es de nacionalidad rusa. Si algo así se supiese, nuestros enemigos tomarían represalias: se vengarían haciendo prisioneros a niños alemanes que se hallasen en el extranjero y los meterían en las trincheras. ¿Ha pensado usted en ello, querido Alert? No. Bien, el asunto queda para mí zanjado. Haga usted lo que considere necesario, pero no quiero, bajo ningún concepto, volver a ver al chico.

Alert podía imaginarse perfectamente quién había escrito aquella despreciable carta: Ziege el Chivo o Heribert König, muy probablemente ambos. Pero él jamás podría vivir con la conciencia tranquila si abandonase al pequeño Panie y lo enviase a un campo de prisioneros como recompensa por sus méritos y su valentía. Tampoco a Ru ni a Allenstetten, con quien discutió el asunto, se les pasaba por la cabeza dejar al muchacho en la estacada.

—¿O sea, que si el viejo no ve más a Jan, se acabó el problema? Pues si eso es todo lo que pide —declaró Allenstetten—, es muy sencillo: escondemos al chico cuando venga algún general, y listo.

Las dos baterías se entregaron con entusiasmo a los intentos que, a modo de juego, se sucedieron a partir entonces para ocultar al muchacho. No permitirían que les quitasen a su pequeño Panie de ninguna de las maneras.

—Como esta gente se te lleve —protestó Rosenlöcher—, ya puén matarme si quieren, que no pienso seguirles el juego. De todos modos yo ya no voia durar mucho, creo que ando mal del corazón.

—Fíjate, Jan, —le decía Jakob—, si ves a un oficial con una raya roja y ancha a cada lado del pantalón, ¡acuérdate de que todos los generales las llevan para se los pueda reconocer enseguida de lejos!, entonces te esfumas y vienes al carro de intendencia, que nosotros te cubriremos con una manta para que no te vean. ¡Y ya puede andarse con cuidado el que se acerque a mi carro!

Mirlo Blanco era contrario a todos estos disimulos. Es cierto que no podía llevar abiertamente al muchacho consigo, pero tampoco quería que tuviese que ir con ellos a escondidas; sin embargo, no podía prescindir de él, especialmente en las tareas de observación. A menudo Jan era capaz de distinguir a simple vista muchos más detalles que cualquiera mediante el telémetro y podía, además, percibir el más mínimo cambio en el paisaje de su alrededor. Por muy bien que los rusos escondiesen sus puestos de observación, Jan los descubría siempre, pues éstos, de una manera u otra, alteraban y cambiaban el entorno: la copa de un árbol que no se mece con el viento como las otras ramas; un diminuto punto negro que rompe la suave curva que perfila una colina; las inapreciables huellas de pisadas en un metro cuadrado de terreno; una bandada de palomas que revolotean, espantadas, encima de un tejado; la repentina huida de una liebre. Todo esto le revelaba el lugar donde alguien, en su escondite, perturbaba la paz de la naturaleza.

Jan tuvo esta vez que quedarse junto a las piezas de artillería mientras Alert, Ru y los telefonistas atravesaban el bosque para montar el puesto de observación. De repente empezaron a oír los intensos cañonazos de los rusos. Las órdenes de Alert llegaron al fin a través del hilo telefónico, y la Séptima y la Octava Batería hicieron fuego: los cañones dispararon primero uno a uno y, al momento, en salvas.

—Aquí parece que va a haber unos buenos fuegos artificiales —dijo el gordo Dambach, un artillero que en tiempo de paz solía trabajar como agente de seguros.

Y Rosenlöcher, dándole unas palmaditas en la panza, dijo:

—Lo que parece, grandullón, es que vas a tener que pedir un par de tallas menos daquí a poco. Y si no, mírame a mí: estos pantalones mapretaban cuando me los dieron, ¡y ahora caben dos como yo!

Al instante llegó la orden a través del aparato: «¡Fuego a discreción!», y nadie pudo oír una palabra más.

Súbitamente dejaron de recibir las órdenes que les llegaban desde la posición adelantada del capitán. Los hombres encargados del teléfono trataban de volver a establecer el contacto, pero no obtenían respuesta al otro lado de la línea. Tal vez les hubiese ocurrido algo o quizá una explosión hubiese seccionado el cable. Antes de que los hombres que servían los cañones se hubieran puesto de acuerdo sobre qué hacer, Jan había echado ya a correr a través del bosque hacia la posición de Alert.

Los pesados obuses de alemanes y rusos pasaban silbando y aullando por encima de su cabeza. Jan recordó la primera vez que experimentó la soledad y el horror de encontrarse bajo el fuego de la artillería. Aquel día estaba en Kopchovka: fue el catorce de septiembre. En los dos meses que habían transcurrido desde entonces había visto y vivido muchas cosas. Había aprendido a arrojar al suelo cuando se acercaba un proyectil y era capaz de adivinar, según el ruido que hiciese, si pasaría de largo o si explotaría cerca. Sabía más, incluso, que algún soldado. Ahora, además, tenía también una meta, una misión: quería ayudar a las personas que eran buenas con él.

«Si los rusos se acercan a la avanzadilla de Alert, como la vez anterior cuando estaban parapetados tras la plancha de acero, junto al peral», pensaba Jan mientras corría entre la espesura, «¡entonces el pobre Behr no los verá llegar! Y para cuando quiera haberse limpiado los anteojos ya estará muerto, y Mirlo Blanco también».

En su carrera, Jan no apartaba la vista del hilo que los telefonistas habían tendido tras partir con el capitán hacía dos horas. De tanto en tanto, se agachaba y tiraba del cable para comprobar si cedía. En ese caso, sabría que se hallaba cerca del lugar donde se había cortado la línea. Pero ¿y si no estuviese roto? ¡Eso significaría que había sucedido una desgracia en el puesto de observación! Corrió más rápido. Tiró del cable, seguía sin ceder. Continuó corriendo. Tiró..., ¡por fin, gracias a Dios! El cable había cedido y Jan tenía ahora el extremo en una mano.

Enseguida encontró el otro cabo. La línea había quedado cortada por un árbol que había caído al suelo. ¿Podría volver a empalmarlo? Al salir había tenido la previsión de meterse en el bolsillo un rollo de cinta aislante y unas vueltas de cable de repuesto. Además, ya había visto antes cómo los ingenieros reparaban uno, y no era difícil. Su navaja tenía un buen filo —se la había regalado Papá Rosenlöcher—, así que, ¡rápido, manos a la obra!

Dejó de oír los cañonazos, las explosiones y el silbido de las pesadas granadas; estaba completamente absorto en su trabajo.

Listo, aquel apaño aguantaría; pero ¿funcionaría la línea? Escuchó los cañonazos que se produjeron a continuación y observó hacia dónde se dirigían los obuses. Perfecto: ya no hacían blanco en el mismo lugar, los artilleros apuntaban ahora bastante más a la derecha. Esto no habría sido posible si Alert no hubiese dado la orden a la batería a través del teléfono, lo que significaba que se había dado buena maña con el empalme y que la línea estaba restaurada.

¿Debería volver junto a los cañones? Según sus cálculos, los telefonistas estarían ya en camino para reparar el cable. Seguramente se quedarían boquiabiertos al encontrarlo ya empalmado. ¿Y si los esperase allí? ¡Sería divertido ver la cara de asombro que pondrían!

Pero una siniestra corazonada le impidió quedarse y lo empujó a seguir el hilo telefónico, a través de la arboleda, hasta el puesto de observación.

Al llegar al final del bosque, a unos pocos metros detrás de los últimos árboles, Jan vio tres hacinas de leña separadas a cierta distancia unas de otras. A la derecha, tras uno de los montones de madera, había varias figuras tumbadas; tenían que ser ellos. Las granadas, sin embargo, estallaban entre las hacinas y entre los abetos, que se quebraban y caían al suelo. Los cañones rusos batían con furia la linde del bosque.

Los obuses alemanes pasaron silbando en ese momento por encima de Jan y sobrevolaron la planicie que se abría ante él. En el extremo de aquella llanura, justo a la derecha de una loma hasta la que llegaba una carretera, se veía la ciudad donde acertaban los proyectiles de la batería: allí donde caían, todo estallaba en llamas.

Primero ardió un granero a la derecha, después una casa a la izquierda, y una más en medio de la ciudad; inmediatamente se produjo una rápida sucesión de explosiones y los incendios se propagaron con enorme velocidad. La ciudad se convirtió entonces en una pira inmensa. El fuego desprendía una densa humareda negruzca que se condensaba aquí y allá en formas redondeadas y ascendía como una gigantesca columna hacia el cielo.

Jan apartó la vista de aquella escena de destrucción. Ante él se extendía la planicie. Un riachuelo que salía del bosque la recorría y dibujaba en ella numerosos meandros. En sus orillas se habrían bañado aquel verano los muchachos de la ciudad. ¿Qué iba a ser de ellos ahora sin hogar, sin patria? Él todavía tenía suerte, la batería era su patria.

Al otro lado del curso de agua se veían pequeñas casas entre la desnuda vegetación. Eran majadas y casas de labor. Por encima de una de ellas el aire vibraba ligeramente. Jan sólo había visto algo así cuando cuando el sol abrasa

en las tardes estivales. ¿Qué podría ser aquello? ¿Provenía del incendio de la ciudad? El muchacho se humedeció el dedo índice y lo levantó. El lado vuelto hacia el bosque era el más frío, por lo que el viento tenía que soplar de la arboleda, no de la ciudad. Pero ¿y si estuvieran calentando la casa? Quizá estuviese habitada. ¡Qué triste suerte entonces la de los pobres que se encontrasen en el interior! ¡En cualquier momento podría estallar allí una granada! Sin embargo, él no veía humo por ningún sitio y por más que se fijase no parecía salir nada de la chimenea. Caviló durante unos segundos.

Al instante, la infantería surgió del bosque que había a su espalda y también a ambos lados de la carretera, algo más a la derecha.

Los soldados avanzaban a lo ancho, en una larga línea, separados unos de otros. De pronto se tiraron al suelo. Una segunda cadena pasó por entre los que estaban tendidos, y los hombres que se habían puesto en cabeza se arrojaron cuerpo a tierra cuarenta o cincuenta metros más adelante. La línea de soldados que había surgido en primer lugar se levantó entonces de un salto y, en el momento en que todos volvían a lanzarse al suelo, una tercera cadena de hombres apareció tras ellos. Así continuó el avance. La segunda línea echó luego a correr y apareció una cuarta y después otra y otra más. Parecían imitar las olas del océano.

Igual que los mosquitos en las noches de verano cuando vuelan imparables hacia el fuego y hacia la muerte, así se precipitaban, como impulsados por una fuerza invisible, aquellos soldados uniformados de gris hacia la ciudad en llamas, donde la infantería rusa los aguardaba para la lucha cuerpo a cuerpo.

Pero antes de que la primera línea llegase a las puertas, rugieron las ametralladoras: tactactactac..., tactactac, tactactactactac. Los soldados se desplomaban aquí y allá, en plena carrera, y caían hacia atrás o de bruces fuera de la línea de avance; algunos incluso daban uno o dos traspiés antes de derrumbarse. Nuevas oleadas de hombres inundaban el terreno, pisando a los que yacían en el suelo, y las ametralladoras proseguían su faena homicida a un ritmo despiadado: tactactactactac, tactactactactac...

Jan supo entonces qué era la vibración del aire que había visto por encima de una de las casas que se encontraban al otro lado del riachuelo. De pronto lo entendía: en el interior ardía una hoguera de carbón de leña, pues el carbón de leña apenas desprende humo. Junto al fuego habían permanecido los hombres que servían aquellas ametralladoras y allí habían aguardado, al acecho, hasta el momento de matar.

Los que estaban en el puesto de observación, a pesar de llevar anteojos y de contar con un telémetro, no habían reparado en la casa. ¡Había que prevenirlos de inmediato! Jan Se arrastró sobre los troncos que habían quedado atravesados en el camino y se guareció bajo las copas de los árboles caídos. Alcanzó la segunda hacina de leña. ¡Ojalá no lo descubriesen las ametralladoras! Estaba totalmente desprotegido y sólo podría encontrar protección en la espesura del bosque que había tras él. Ahora más que nunca tenía que conseguir que no lo alcanzasen las balas, al menos hasta que pudiese prevenir a Mirlo Blanco de aquella casa de la muerte.

—¡La cuarta casa a la derecha, desde la carretera! —gritó Jan hacia donde se encontraba Alert—. ¡Allí, sí! ¡Allí! ¡Ametralladoras! ¡Disparen, capitán, disparen!

—¡Séptima Batería, concentren el fuego! —exhortó Alert a sus hombres a través del aparato justo después de haber dado otra orden. Y sin juzgar su propia decisión, obedeciendo sólo a su instinto, un instinto entregado incondicionalmente a la confianza que la voz del muchacho despertaba en él, concentró en aquella casa el fuego de los cuatro cañones de la Séptima Batería y batió las dos casas circundantes con dos de los cañones de la Octava. Los proyectiles *acertaron* en el objetivo. Las ametralladoras enmudecieron y las líneas de la infantería continuaron su asalto hasta el corazón de la ciudad en llamas.

Los cañones callaron. Desde la planicie, desde una y otra orilla del riachuelo, desde ambos lados de la carretera, resonaban ensordecedores e interminables chillidos de dolor. Se oían gritos de auxilio, lamentos, quejidos y, de nuevo, chillidos, chillidos... Los sanitarios, distinguidos con una cruz roja, corrían delante llevando camillas y botiquines. ¿Pero qué podrían hacer tan pocas manos frente a los tormentos de la multitud de malheridos que se extendía ante ellos en la llanura?

Los hombres del puesto de observación se levantaron.

—¡Este muchacho...! —se admiró Alert—. ¡Este muchacho tan valiente ha salvado miles de vidas!

—Si no hubiera sido por su intervención —afirmó Ru—, el asalto a la ciudad seguramente habría fracasado. Yo no podía dejar de pensar en *La Doncella de Orleans*<sup>[7]</sup>. ¿No le ha ocurrido a usted lo mismo, capitán? «Porque de la profundidad de la maleza, de pronto...». ¿Cómo seguía, Behr?

—Nunca *podré* agradecerérselo bastante —se dijo Mirlo Blanco, que se giró para buscar al muchacho— ¡Jan! ¡Eh, Jan!

Pero Jan había desaparecido.

Había regresado junto a los cañones, que avanzaban ahora por la carretera. Sólo entonces pudieron los artilleros contemplar la ciudad en llamas.

—¿Esto es obra nuestra? —se preguntó Cordes.

—¿Y de quién si no? —dijo, tajante, Skobel, que era el suboficial artillero responsable de la puntería. Donde yo apunto, no vuelve a crecer la hierba: un disparo mío es un acierto.

—Cabo, ¿cómo se llama la ciudad? —preguntó Cordes a Skobel.

—No lo sé.

Cordes se dirigió entonces al sargento Dietrich:

—¿Podría decirme, mi sargento, cómo se llama la ciudad que ha ardido bajo el fuego de nuestra artillería?

—Eso es algo que no me incumbe, y a usted, menos aún.

—A sus órdenes, mi sargento.

Y mientras se aproximaban a las primeras casas de la ciudad, de las que se alzaba un intenso humo, Cordes le susurró a Jan, que marchaba a su lado:

—Al menos un incendiario sabe a qué le prende fuego.

La batería empieza a internarse en la ciudad. El fuego cunde por doquier. Los muros están carbonizados y ennegrecidos. Tras las ventanas, las llamas devoran las cortinas. La modesta plaza mayor está cubierta de paja húmeda y teñida de rojo por la sangre.

Se aventuran por una callejuela estrecha. Las casas humean a ambos lados. La calle está en pendiente y la sangre corre por ambas cunetas, a derecha e izquierda, como si fuese agua de lluvia. Sobre la calzada hay un reguero desordenado de muertos: rusos y alemanes. Aquí es donde la encarnizada lucha cuerpo a cuerpo, con cuchillos y bayonetas, ha causado los mayores estragos.

Es imposible despejar el camino de la masa de cadáveres, imposible también hacerse a un lado para no pisarlos. Las casas están ardiendo. Un repugnante olor a sangre, a madera quemada, a harapos quemados y a seres humanos quemados inunda todo el callejón.

—¡Marchen! ¡No se detengan! ¡Adelante!

En medio del camino yace muerto un soldado ruso con los brazos extendidos.

Los caballos se agitan y pisan con recelo, nerviosamente, sobre los cuerpos. Insensibles y crueles, las ruedas de los cañones quiebran los huesos bajo su peso. ¡Adelante! ¡Hay que seguir adelante!

—Cordes —dice Jan—, tengo náuseas —su voz parece la de un adulto, tiene el rostro amarillento—. ¡Cordes, dame un cigarrillo!

Cordes saca un cigarrillo, lo enciende con el suyo y se lo da.

Jan fuma por primera vez en su vida.

Los pesados cañones muelen, trituran a los muertos a su paso. Flox, con el rabo entre las piernas, avanza cuidadosamente detrás de su amo e intenta no rozar a ningún muerto con las patas. De repente comienza a gimotear.

—¡Ven, Flox! ¡Pobre! —se lamenta Jan.

Pero Flox permanece quieto. Se ha quedado junto a un soldado ruso que yace con las piernas encogidas cerca de un muro y le lame la mano. El gimoteo del animal se hace más lastimero, parece un lloro.

—¿Qué es lo que tiene este perro? —exclama Cordes.

—Flox, ¿qué pasa? —pregunta Jan.

Se acerca unos pasos para ver qué ocurre y se fija en el rostro del hombre. ¡Dios santo! ¿Dónde lo ha visto antes? Sí, lo conoce, lo conoce bien, aunque aquel rostro se le aparece ahora enflaquecido, deformado y sucio. Este hombre es, es... ¡Ah, no consigue recordarlo! El soldado clava los ojos en Flox, dirige después la mirada a Jan... ¡Sí, es Vladimir!, el pastor que servía al panie Ostrovsky: Vladimir, de Kopchovka, el dueño de Flox. El hombre yace moribundo, tiene la boca entreabierto y mueve la cabeza de lado a lado cada vez que el perro intenta lamerle las mejillas.

Jan quiere ofrecerle el cigarrillo que acaba de empezar. Se lo pone entre los labios, pero Vladimir sigue sacudiendo la cabeza. El cigarrillo cae a la cuneta y se apaga en la sangre con un breve siseo.

—¿Agua? —pregunta Jan.

Vladimir no hace más que menear la cabeza. Con la mano derecha señala algo negro que hay tirado en el suelo entre su cuerpo y el muro de la casa. Jan lo recoge. Es un Nuevo Testamento, en alemán. El libro está sucio y manchado de sangre. Entre las hojas hay una tarjeta postal.

La cabeza del pastor se ladea, exánime. La mandíbula cae súbitamente. Jan permanece allí, paralizado; en la mano sostiene aún el libro negro.

Cordes pasa su brazo por los hombros del muchacho.

—No se puede hacer nada, no respira. ¿Lo conociste?

Los pensamientos de Jan vagan muy lejos de allí. Tiene ante sus ojos a Vladimir con su pelliza negra y gruesa, de pie en el prado, junto a las ovejas... Siempre que una enfermaba, él la curaba, ¡bien que entendía de animales! Lo ve ahora también junto a su padre, los dos con sus nuevos uniformes mientras se alejan por el puente sobre el Ravka para ir a la guerra. Ve cómo le dicen adiós con la mano...

—¿Era alguien de tu pueblo? —pregunta Cordes.

Jan asiente.

—Ven, llevémoslo a un lado para que las ruedas de los cañones no...  
¿Quieres otro cigarrillo?

Jan niega con la cabeza.

La batería se detiene en una pradera a las afueras de la ciudad. Jan y Cordes están de vuelta con los demás.

Allenstetten ha bajado de su caballo y marca algo en el mapa. Cordes se acerca a él:

—Disculpe, mi teniente, ¿permite que me dirija a usted para preguntarle por el nombre de la ciudad que acabamos de dejar atrás?

—*Dombie* —responde el teniente—. ¿Por qué lo pregunta?

—Simplemente quiero recordar cómo se llama este lugar —afirma Cordes—. *Dombie*; mientras viva jamás olvidaré ese nombre.

—Bravo, cabo Cordes. La batalla de *Dombie* figurará como una gloriosa hazaña en la historia de esta campaña —dijo el oficial—. Podemos sentirnos todos orgullosos.

## Adviento

En el Ejército todos llevan uniforme, todos: desde un simple artillero o un fusilero de infantería, hasta, incluso, el coronel y el capitán general. Uniforme quiere decir «de una misma forma» y alude a la igualdad en el aspecto. Aunque como ocurre casi siempre en la jerga militar, también esta palabra refleja una falsa realidad. Es más: se trata, lisa y llanamente, de una mentira.

En primer lugar, el uniforme de generales y oficiales es de un tejido más fino y de mejor calidad que el resto. Se aprecia a simple vista. Y como está hecho a medida, a todos les sienta como un guante, igual que las botas, que son del mejor cuero. En cambio, el uniforme de la tropa, de un paño burdo, es insulso y está fabricado en serie; y si alguna vez uno encuentra unas botas de su número, es siempre por el más puro azar.

En segundo lugar, de acuerdo con el escalafón militar y desde el primer suboficial en adelante, todos los uniformes lucen unos galones particulares en la gorra, el cuello, los hombros, las mangas y los pantalones. Estos distintivos hacen del «uniforme» —es decir, de la uniformidad en la indumentaria— la expresión más notable de la desigualdad y la división. Al soldado se lo compele, bajo amenaza de severos castigos, a saludar con la mayor reverencia estos galones cosidos al atuendo, en los que se distinguen cordones trenzados, pequeñas estrellas, botones, franjas de diverso color y otros adornos similares. Lo mismo le ocurrió antaño a Guillermo Tell, el libertador de Suiza, pues fue obligado a presentar sus saludos al gorro del tirano Gessler, aunque él se negó: Tell era un hombre libre y se convirtió en un héroe. Sin embargo, un hombre pierde su libertad tan pronto como se pone el uniforme. ¿Puede acaso seguir siendo considerado un ser humano? En la guerra, no. En la guerra ese hombre se convierte en una máquina asesina; y su oficial, de grado o por fuerza, en el maquinista asesino que lo dirige: el soldado de infantería es empleado, casi siempre, como carne de cañón.

«Carne de cañón», la expresión más horrible que pueda hallarse en cualquier idioma, pues no alude al aceite con el que se engrasan las piezas de

artillería, ni a la carga de pólvora o a los proyectiles que se introducen por sus bocas insaciables, sino que se refiere a las personas, a las personas que los tiranos de la humanidad empujan delante de los cañones para que estas bestias tengan alimento y beban de su sangre.

Al hombre que lleva galones en su uniforme se le llama «superior», y aquél que tiene un rango inferior o no posee galones recibe el nombre de «subordinado». El soldado ordinario también es conocido como soldado raso, a pesar de que no es menos que cualquiera de sus superiores: suboficiales, oficiales y jefes. Cuando un subordinado tiene ya cuarenta años, como Distelmann, por ejemplo, o Rosenlöcher, y aparece alguien con galones — cualquiera, ya sea un desconocido al que no han visto jamás o, incluso, un joven con edad para ser su hijo—, Distelmann o Rosenlöcher tienen que saludarlo inmediatamente, y no de cualquier modo. No vale con un simple: «¡Muy buenos días! ¿Qué tal?». Nada de eso. Con la mirada al frente, hay que cuadrarse al menos seis pasos antes de llegar al susodicho; llevarse, presto, la mano derecha junto a la gorra; y, finalmente, tieso como un palo, pasar dando grandes zancadas por delante del joven caballero adornado con galones. Solamente después de haberse alejado tres pasos del superior, puede uno volver a moverse, poco a poco, como una persona normal. Antes, la tropa debía saludar, incluso, a los automóviles en los que solían viajar los oficiales, aunque no hubiese nadie dentro. Saludaban a automóviles vacíos.

Todo esto se lleva a cabo en nombre de la disciplina militar. A ella se sacrifican la razón y la libertad humanas. Disciplina, en el Ejército, quiere decir que el soldado debe hacer lo que un superior le ordene; y éste, a su vez, debe obedecer a su superior inmediato. A nadie le está permitido replicar cuando recibe una orden. Cualquier protesta o manifestación del criterio propio, por muy justificada que esté, es considerada como el mayor de los crímenes, pues atenta contra la esencia de la disciplina. Y si una orden envía a los soldados a una muerte segura, éstos no pueden ni tan siquiera rechistar.

Al atardecer del cuarto domingo de Adviento, el último antes del día de Navidad, el Decimoséptimo Batallón, con sus dos baterías de artillería, fue de nuevo embarcado en los vagones del ferrocarril, después de los largos combates de Lutomiersk y Kasimiersk, en los que hallaron la muerte cuarenta y dos buenos camaradas de la Séptima y la Octava Batería.

Atrás dejaban días espantosos. Entre los muertos de Kasimiersk se encontraba Fritz Behr, quien apenas había acabado de limpiar sus anteojos

cuando un proyectil lo acertó de lleno en el puesto adelantado de observación. Murió destrozado junto a uno de los telefonistas. Sólo apareció el morral. Dentro encontraron su diario: se lo enviaron a su madre a Bromberg, contenía incluso algunos poemas. El último se titulaba *Adviento*.

El alférez Ru también llevaba un diario de guerra. En él anotaba los sucesos más importantes y añadía algunos comentarios. Mientras los artilleros cargaban los cañones y los vehículos en los vagones, Ru, sentado en la rampa de carga, escribía: «Estado de la tropa: bueno. Memoria: deficiente. En cuanto se ven lejos de la repugnante batalla, vuelven a olvidarlo todo. A mí me pasa lo mismo. Uno se sacude el horror de encima con la misma facilidad con la que Flox se sacude el agua cuando está mojado. Si los hombres no fuesen tan terriblemente olvidadizos, no habría una sola guerra más».

El tren donde fueron embarcados se alargaba hasta el infinito. Tras la locomotora iba enganchado un coche de pasajeros de segunda clase para los oficiales. En dos de los compartimentos colgaban carteles con la inscripción: Estado Mayor. Alert se instaló en uno; en el otro, Ru y el doctor Jürgen. El interior del coche había sido caldeado con excesiva generosidad y los oficiales tuvieron que quitarse la guerrera. Allí se estaba en la gloria.

La tropa montó en los vagones de mercancías donde habitualmente se transportaba el ganado, pero en éstos no se estaba tan cómodo. No había asientos acolchados —de hecho, no había ningún asiento— ni tampoco calefacción. Los tres últimos vagones, destinados a los enfermos y heridos procedentes de un hospital de campaña, fueron colocados a la cola, detrás de los últimos vagones entoldados, de suerte que sus lamentos y gritos de dolor no importunasen de ninguna manera a los oficiales, confortablemente instalados en sus lujosos compartimentos. El oficial médico Jürgensen pudo echarse una siestecita, mientras que Alert se paseaba de vez en cuando por el pasillo para estirar las piernas.

—¿Por qué no les han dado a estos pobres hombres el vagón con los asientos acolchados? —preguntó Jan a Dambach, el agente de seguros.

—Pues porque el trasero de un oficial —respondió el gordo Dambach— es mil veces más valioso que las posaderas del común de los mortales.

Los dos se hallaban en el último vagón entoldado del convoy y custodiaban el cañón que había sido guardado allí.

—Pero estos hombres no tienen siquiera algo blando para apoyar la cabeza —dijo Jan—. ¿Por qué Alert no lleva los heridos al vagón para que

puedan estar calientes y descansar sobre cojines? Él nunca ha pretendido tener más que nadie, es un hombre bueno.

—¿Que por qué no lo hace? —repuso Dambach—. Porque eso sería humano, y lo que es humano no es militar, muchacho. A Mirlo Blanco lo creo capaz de hacer eso y más; seguro que antes solía hacer muchas cosas por el estilo. Pero ¿qué te crees, que no vendrían los generales de la plana mayor a echarle un rapapolvo si se le ocurriese hacer algo así? ¡Vamos, si te lo digo yo!

—Pues debería hacerlo —se indignó Jan y miró hacia el paisaje polaco que se extendía ante él: su país, la tierra que ahora abandonaba.

Estaban a veintidós de diciembre. En el Este, los combates habían quedado interrumpidos, el mundo entero estaba repleto de soldados muertos. El batallón tenía orden de dirigirse hacia el Oeste.

«Hacia el Oeste...». A los soldados se les helaba la sangre en las venas, todos sentían escalofríos al oír aquellas palabras amargas como la hiel, cuyo mero sonido les hacía contraer el rictus como si hubiesen mordido una esponja empapada en vinagre. Allí, en el Este, en la Polonia rusa —aseguraban todos los que venían del frente occidental— la guerra era un juego de niños comparado con lo que ocurría en el Oeste. ¡No, no podían hacerse una idea de cómo era la guerra en el frente occidental! ¿Pero es que no habían padecido ya suficiente? ¿No iba a poder quedar nadie con vida? ¿Tendrían que morir todos masacrados? «Hacia el Oeste...». Aquellas palabras eran lo más parecido a ser condenado a muerte.

Les llevó bastante tiempo llegar a Ostrovo, junto a la frontera alemana. El tren se detenía una y otra vez en estaciones ruinosas y, en alguna ocasión, incluso, paró también en mitad de ningún sitio para que los adelantaran ferrocarriles cargados con cañones, ametralladoras, forraje para los animales y víveres.

En la vía secundaria de una pequeña estación encontraron un vagón cargado hasta arriba con muchísimos paquetes. Cuatro soldados, bajo la supervisión de un cabo y un sargento, revolvían entre todos ellos como si buscasen algo. Cuando Ru quiso saber qué hacían, el sargento se explicó: el comandante de la división había dado orden de que se les hiciese llegar de inmediato, a él y al resto de oficiales, los paquetes a su nombre. Los soldados estaban ya inspeccionando el segundo vagón.

—¿A quiénes van dirigidos los paquetes que han caído al suelo?

—A las tropas del frente —respondió el sargento mientras los hombres bajo su mando seguían escarbando en el vagón.

Otra pila más de paquetes cayó al barro. ¡Cuántas madres, cuántas esposas y prometidas habrían envuelto con cariño y esmero aquellas cajas de cartón! Pan de especias, coñac, tabaco, salchichón ahumado, manteca... En casa se lo habían quitado de la boca y ahora las cajas, empapadas y rotas, estaban tiradas entre las vías, y aquéllos a quienes iban dirigidas, aguardaban inútilmente en las trincheras y en los refugios sus regalos de Navidad.

—¡Oh, alegría y felicidad; paz para todos, que estamos en Navidad! —tarareó Dambach, y subieron otra vez al vagón de mercancías.

—Dígame, Ru —se interesó Alert cuando vio al alférez regresar al compartimento—, ¿ha acabado por hoy con su diario de guerra?

—Así es, mi capitán.

—Seguro que tiene la intención de leérselo algún día a sus alumnos, ¿verdad?

—Si se da la ocasión, ciertamente —contestó Ru.

—En ese caso, querido profesor, ¡no deje usted de anotar todo! ¿Me permite ver lo que ha escrito? Esto mismo, por ejemplo. Supongo que no es ningún secreto —sonrió con ironía Alert.

—¡Faltaría más! ¡Tome! —accedió Ru, y le entregó el libro.

Alert comenzó a leer. Sin embargo, no llevaba más que unas líneas cuando, de repente, dio un manotazo en uno de los brazos del banco donde estaba sentado.

—Esto no ocurrió así..., nada de esto ocurrió así —dijo, agitado—. Discúlpeme, estimado Ru, pero en cada uno de estos renglones se esconde una falsedad.

Ru palideció. Si había mentido, no tenía conocimiento de ello. Además, él había recorrido mundo, era profesor y un oficial del Ejército. ¿Debía permitir que Alert le faltase al respeto, aunque fuese su superior?

—Mi capitán, ¿tendría a bien demostrarme, por favor, dónde encuentra usted una sola mentira?

—No, no, no; primero, olvidémonos de tanta formalidad, aquí podemos tratarnos sin atender a los galones, querido Ru. Además, lo va a comprender enseguida —lo tranquilizó Mirlo Blanco—. Fíjese, ha escrito: «Las tropas ruso-siberianas, defendiendo la colina ciento ochenta y uno, pelearon como leones. El cerro parecía un enorme sepulcro». Y ahora, por favor, dígame, ¿ha visto usted pelear a un león alguna vez? ¿Un león que, a la carrera, le clave a su rival un pedazo de hierro en las tripas, lo retuerza varias veces y lo saque

después? ¿Un león que lance granadas de mano mientras corre y con ello haga pedazos a otros cientos de leones? ¿O uno que, desde un escondrijo y a sangre fría, acribille a otros animales con armas de fuego? ¿Ha oído acaso que un animal, superior en el orden de la naturaleza, cace a otros de su misma especie y acabe con ellos a montones? Le puedo decir tan sólo que un verdadero león no se reconocería en el símil que usted ha empleado. El león es un animal noble, como dice Brehm<sup>[8]</sup>; sin embargo, al soldado no le está permitido ningún gesto de nobleza. Además, aquí pone: «La colina ciento ochenta y uno, un enorme sepulcro». ¿No tenía ojos ni oídos aquel día? ¿O acaso ha oído usted alguna vez gritos de agonía surgiendo de un sepulcro? No, estimado profesor, corrija esto antes de compartirlo con sus alumnos; y cuando se encuentre de nuevo subido en su cátedra, lo que deseo de todo corazón que ocurra pronto, cuénteles a los cadetes qué fue lo que realmente ocurrió, sin frases engañosas con las que a mí, ya desde la academia, me disfrazaron la verdad. ¡Y no olvide mencionar a nuestro Panie!

—Desde luego —aseguró Ru, a quien las palabras de su superior habían conmovido de manera especial—. Incluso en la guerra, el chico ha conservado un corazón puro, es realmente una bendición que Dios nos ha enviado.

—¿Sabe? —dijo Alert—, quisiera hacerle un regalo al muchacho y lo cierto es que no se me ocurre qué.

—Por supuesto, ya casi es Navidad —se alegró Ru—, tenemos que darle una pequeña sorpresa. ¿Qué le parece un reloj?

—Sin duda podemos también regalarle un reloj —afirmó Mirlo Blanco—, pero yo estaba pensando en realidad en algo distinto, algo que esté a la altura de lo que ha hecho, algo que le compense, de algún modo, por no poder recibir la Cruz de Hierro, por no poder ascender. Quizá Allenstetten tenga alguna idea.

—¡Allenstetten! —gritó Ru.

El oficial llegó del compartimento de al lado y, cuando le hicieron la difícil pregunta, su propuesta fue:

—Un caballo.

—¿Un caballo? —rieron a carcajadas Ru y Alert—. ¡Nuestro Panie en lo alto de un caballo! Así iba usted a esconderlo magníficamente.

—Bueno, tal vez se me ocurra algo más acertado —reaccionó, perplejo, Allenstetten—. Sólo hay que pensar un poco.

—¡Por favor, nada de acuarios ni colecciones de sellos! —le advirtió Ru en tono burlón—. Ah, y un balón de fútbol tampoco creo que fuese a serle

muy útil en el Oeste.

—¿Por quién me toma? —replicó Allenstetten—. No, ya sé lo que haremos: enviaremos una instancia a quien corresponda para darle a Jan la nacionalidad alemana. Ya no será el súbdito de ningún ruso ni tendremos tampoco que esconderlo, sino que podrá ir montado tranquilamente en un hermoso caballo. Será alemán. Quizás, incluso, podamos proponerlo al mismo tiempo para la Cruz de Hierro.

—¡Una propuesta sublime! —se entusiasmó Alert—. Redacte inmediatamente la instancia y deje que yo interceda en su favor, como comandante del batallón, para que llegue hasta el cuartel general.

## Jan puede pedir un regalo de Navidad

El día antes de Nochebuena cruzaron el río Óder, y después de medianoche atravesaron, cerca de Dresde, uno de los puentes sobre el Elba. Jan estaba impresionado. ¡Cómo se alzaban de una orilla a otra aquellas arcadas: una, dos, tres...! ¡Parecía tan fácil sostener trenes tan pesados por encima de la corriente! ¡Qué distinto era el puente que había en casa, sobre el Ravka! Y eso que era, sin duda, una obra de tamaño considerable. Sin embargo, éste... ¡Ochenta metros de un tirón entre un pilar y otro! ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía conseguirse que un tren de acero fuese tan liviano? ¿Que un tren de acero pudiese llegar a volar? Y las dos estaciones de Dresde, ¡el paraíso de las locomotoras!

Y para que los pobres soldados no se sintieran por completo extraños en aquel edén de los ferrocarriles, unas amables señoras, portando grandes jarras blancas, les servían café con leche y les permitían tomar, de unas anchas bandejas de madera, tantos emparedados como quisiesen.

—Esto sólo lay en Sajonia —se complacía Rosenlöcher, que llevaba diciendo despropósitos desde que habían pasado por Bautzen—. ¡Qué rico café! ¡Y qué estaciones! ¡Y las mujeres, qué mosura!

Y cuando el tren inició nuevamente la marcha, se sentó con Mostazo, Jan y Flox en el vano de la puerta del vagón. Dejó que las piernas le colgasen por fuera, dejó que la mirada vagara libremente y, todavía con la boca llena, continuó parlotando. Hablaba para no pensar. Reía para que los ojos no se le llenasen de lágrimas. La nostalgia lo inundaba. Estaba en casa, contemplaba su querida tierra y, sin embargo, no le estaba permitido bajarse y quedarse en ella. Algo así hacía que le doliese el corazón, un corazón que le latía deprisa y con fuerza en el pecho.

Al llegar a Freiberg, Rosenlöcher se apresuró hasta la locomotora, seguido por Jan y Flox, y preguntó al maquinista si atravesarían la región de Vogtland —no se atrevía ni siquiera a preguntar si pasarían por Plauen, le parecía un sueño inalcanzable—; pero el maquinista no sabía nada, él sólo iría hasta

Chemnitz. Los tres corrieron entonces de vuelta al vagón. En Chemnitz fueron otra vez a toda prisa hasta la cabeza del tren. Papá Rosenlöcher ofreció un puro al nuevo maquinista y cuando le preguntó la dirección del viaje y las estaciones, éste respondió:

—Glauchau, Zwickau, Reichenbach y *Plauen*.

Al oír esto, Rosenlöcher le regaló al fogonero sus cinco últimos puros.

—¿Hay tiempo aún denviar un telegrama? —preguntó, agitado—. Tengo que avisar a mi mujer para que venga al tren, ¡y traiga también a Oskar!

Pero no había tiempo. Volvieron al vagón a todo correr.

—¡Eh, Rosenlöcher! —le gritó Jakob desde su compartimento—. ¿Pero qué clase de carreras son ésas? ¿Está usted loco?

—¡Loco no, en Sajonia! —exclamó Rosenlöcher casi sin aliento.

—¡Suba aquí, rápido! ¡Y tú también, Jan! ¡El tren va a arrancar delante de vuestras narices! —y ya a una vez dentro del compartimento con Jakob, éste continuó—: ¿Qué, Jan, te gusta Alemania? Aún no has visto mucho, sólo estaciones.

—Las estaciones son maravillosas —se entusiasmó Jan—. La de Dresde...

—¡Espera entonces a ver la de Fráncfort, si es que al final pasamos por allí!

—Disculpe, mi sargento —interrumpió Rosenlöcher—. ¿No es cierto que antes de la guerra era usted..., eh..., bueno, era usted abogado?

Jakob asintió.

—Querría entonces pedirle consejo, señor licenciado, porque verá, soy propietario de lempresa Albin Rosenlöcher, productos dultramar y del país, en Plauen, Vogtland. Por favor, no dude en enviarme la factura por el consejo que le pido, lempresa le pagará dinmediato.

—No diga bobadas, Rosenlöcher, ¿qué es lo que quiere saber?

—Sí, pues es que, como le decía, señor licenciado, yo tengo mi negocio en Plauen, pero ahora mismo estoy aquí nel tren. Vamos, que lo que ocurre es que por un lado Plauen y mi negocio, y por otro el tren, pues que...

—Y lo que quiere es conseguir ahora mismo unos días de descanso, ¿no es así? —afirmó Jakob con una sonrisa.

—Ya veo qués usted realmente un abogado de primera, no se lescapa una.

—Pero yo no estoy autorizado a darle permiso.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé —afirmó el comerciante de coloniales—, pero tal vez pueda aconsejarme, señor licenciado, cuál es la mejor manera de

conseguir unos días libres. ¡Y si es porque le falta a usted una cajita de puros, pues...!

—No haga ninguna estupidez, Rosenlöcher. Eso es soborno y algo así no cabe en el Ejército.

—Para mí, mi sargento, usted es ahora el señor licenciado Jakob; dígame entonces, señor licenciado, ¿ha visto usted alguna vez a algún sargento que no acepte un buen cigarro cuando se lo ofrece uno? Ridículo. A cambio de un permiso, aunque sólo fuesen un par de días, mil marcos no serían ningún problema para mí.

—Déjeme decirle algo, estimado Rosenlöcher —se contuvo el abogado—, si está usted absolutamente dispuesto a sobornar a alguien, entonces ofrézcale de inmediato su preciado dinero a la máxima autoridad.

—¿A quién? —preguntó Rosenlöcher al tiempo que miraba estupefacto al abogado—. ¿A Alert?

—Por favor —repuso Jakob—. ¡Al Imperio Alemán, al Estado!

—Creo, señor licenciado, que usted quiere tomarme el pelo —vaciló Rosenlöcher.

El tren se detuvo en la estación de Glauchau. A través de la ventana, Jakob señaló un cartel en el que se veía a Hindenburg, el comandante en jefe del frente este, y bajo su efigie podía leerse: «¡Adquieran bonos de guerra!».

—Para gente como yo, la guerra es un mal negocio —dijo Rosenlöcher—, quien invierte dinero así, no lo vuelve a ver. Y yo no quiero más que unos días libres y yastá.

—Entonces no tiene más que invertir su buen dinero en este mal negocio —fue el consejo del abogado—. Conceden permisos siempre que sea para adquirir empréstitos de guerra.

—Bueno, por mi parte, podría deshacerme incluso de, digamos, ¿unos dos mil marquitos? —ofreció Rosenlöcher—. ¿Tal vez, señor licenciado, quiera usted arreglar ahora mismo el asunto con el comandante del batallón?

—De eso nada, mejor lo arregla usted en persona. En este mismo instante yo vuelvo a ser su sargento.

Rosenlöcher se rascó la cabeza. El señor Allenstetten iba a ser un hueso duro de roer. Si al menos pudiese hablar con Mirlo Blanco, él siempre tenía una palabra amable y era un hombre de buen corazón; pero era imposible dirigirse directamente a él, eso iba contra la disciplina.

El tren hizo alto en la estación de mercancías de Zwickau. Papá Rosenlöcher se armó de valor, corrió hacia la parte delantera del convoy y subió al estribo del coche de oficiales.

—Los señores oficiales están ahora mismo comiendo —dijo uno de los ordenanzas—, no se los puede molestar. ¿Qué quieres, camarada?

—Se trata..., eh..., bueno, es un asunto que atañe a la madre patria —tartamudeó Rosenlöcher.

—Pues entonces vuelve dentro de una hora.

Albín Rosenlöcher retrocedió trotando con enorme esfuerzo hasta el vagón de carga donde lo esperaba Jan. Tuvo que tumbarse un momento, sentía palpitaciones en el pecho.

—¡Mira! —dijo a Jan.

A través del uniforme, el muchacho sintió el corazón de su camarada. Latía con más violencia que los traqueteos del vagón en el que estaban. Dambach le desabrochó el cuello y la guerrera.

—¡Vete a por agua! —apremió a Jan en cuanto el tren hizo alto en Marienthal.

Papá Rosenlöcher miró su reloj: sólo cuarenta minutos más y los señores oficiales habrían acabado de comer.

Jan acudió con el agua. Dambach preparó paños húmedos. Papá yacía tendido boca arriba, tenía los ojos cerrados.

El tren avanzaba y se detenía, avanzaba y se detenía.

Llegaron a Oberreichenbach.

—La siguiente estación es Reichenbach —masculló Papá Rosenlöcher—, tengo que bajar.

Al instante se incorporó. Tenía muy mal aspecto, pero aun así se abotonó el uniforme, se caló el casco y se lo ajustó debajo del mentón. Jan lo ayudó porque a él solo le costaba trabajo, también lo ayudó a descender del vagón y fue luego con él hasta el coche de oficiales.

Al llegar, Papá Rosenlöcher se quedó clavado en el sitio.

—¿Y si dice que no?

Temeroso, alzó la vista hacia los cristales. Allí estaba Allenstetten, con la espalda apoyada contra la ventana del compartimento. Albin se dio la vuelta, indeciso, torpe, como si buscara algo con la mirada:

—A lo mejor podría preguntarle otra vez al abogado si...

—No te preocupes —lo tranquilizó Jan—. Yo hablaré con Allenstetten —y trepó al estribo del coche.

—¡Di que doy cuatro mil marcos por los bonos de guerra! ¡Venderé el huerto! —gritó Rosenlöcher con voz temblorosa, aunque Jan ya había desaparecido tras la puerta del coche de oficiales.

—¡Ah, pero si es nuestro Jan de Orleans, nuestro querido *Jan d’Arc*! —lo recibió Ru, que, a través de los cristales de su compartimento, acababa de verlo entrar en el pasillo—. ¡Pasa, Jan, pasa!

Hacía unos minutos que Ru había terminado una partida de cartas con el doctor Jürgensen y el alférez Zimmermann, de la Octava Batería.

—Dime, muchacho —comenzó el profesor—, ¿qué te gustaría que te regalásemos por Navidad? Hoy es Nochebuena y en Alemania los niños suelen escribir cartas a Papá Noel. Estoy seguro de que quieres montones de cosas, ¿no es así?

—Claro —dijo Jan—, pero no sé si será posible.

—¡Tú pide algo! —lo animó Zimmermann—. Ya te diremos nosotros si es demasiado caro.

—Vaya, tengo curiosidad por ver en qué acaba esto —murmuró el doctor.

—Ahí fuera está Rosenlöcher —aventuró Jan—, pero no se ha atrevido a entrar; y bueno, él es de Plauen y vamos a pasar por allí enseguida y...

—Sí, ¿y? —se extrañó Jürgensen.

Jan echó un rápido vistazo por la ventana: Papá Rosenlöcher esperaba abajo mirando hacia el compartimento. El muchacho recordó cómo latía su corazón enfermo.

—Pues me gustaría, mi alférez, que Rosenlöcher pudiese bajar del tren en Plauen para poder saludar a su mujer y a su hijo.

—Y aparte de eso, ¿no quieres nada más?

—No, mi alférez.

—¡Eres un muchacho admirable! —dijo Ru, y acto seguido se dirigió al compartimento contiguo, donde se encontraban Alert y Allenstetten.

Jan hizo un gesto de ánimo a Papá Rosenlöcher a través de los cristales. La locomotora dio un silbido. Papá saltó al estribo del coche y se agarró al asidero. El tren se puso en marcha.

—Según las órdenes de la división —se apresuró a decir Allenstetten, que había escuchado cómo Ru les exponía el deseo del muchacho—, se concederán permisos de Navidad únicamente en los casos más excepcionales. Esta disposición...

—Esta disposición —continuó Mirlo Blanco—, es una de las muchas que acaban con la alegría y la buena voluntad de los soldados. No obstante, pienso seguirla al pie de la letra. ¿Cómo decía, teniente? ¿Únicamente en los casos más excepcionales? Nos encontramos precisamente ante uno de estos casos.

Sería una vergüenza para todo el batallón si se le denegase una petición a su salvador, una petición que brota del más noble de los sentimientos del soldado: el de la camaradería.

—A sus órdenes, mi capitán, me encargaré ahora mismo de organizar todo lo necesario —determinó Allenstetten—. Permiso hasta la tarde del día veintisiete —y diciendo esto se encaminó hacia la puerta.

—¡Alto! —exclamó Alert—. Pero con una única condición: que el chico lo acompañe como invitado durante los días que pase en casa.

—Espléndido —se congratuló Ru—, así podrá ver cómo se celebra la Navidad en Alemania; al fin y al cabo, el pequeño Panie será alemán dentro de poco.

Papá, que estaba aún de pie sobre el estribo del tren en marcha, se aferraba tan fuertemente como podía y con ambas manos al asidero. No se atrevía a abrir la puerta. Tal vez estuviese prohibido entrar sin permiso en el coche de oficiales —¿cómo podía saberlo?—; y si entraba estando prohibido, ya podía decir adiós a sus días de permiso.

En ese momento, Jan bajó la ventanilla y exclamó: «¡Permiso!», con una radiante expresión de alegría, y Rosenlöcher, abrumado por la felicidad y la fatiga, a punto estuvo de caer del estribo. Jan abrió la puerta al instante, lo asió del brazo y lo ayudó a entrar.

—Puedes guardarte el dinero, Papá, y no tienes que vender el huerto. Eso sí, tienes que llevarme contigo, si no, no te darán el permiso. ¿Puedo ir contigo?

Y Papá Rosenlöcher dio un beso al muchacho.

Netzschkau, Limbach, Herlasgrün, Ruppertsgrün...

—*No verdeáis solamente en verano, no; también en invierno, cuando está todo blanco*<sup>[9]</sup> —así saludaba Albin Rosenlöcher a su tierra natal, cantando a media voz, mientras pasaban por aquellos pueblos que le eran tan conocidos. Ya retoñaba, respiraba, revivía, igual que un pez que después de aletear en seco vuelve a zambullirse en el agua. En el vagón de mercancías todos a su alrededor no paraban de repetirle:

—¡Pero qué suerte la tuya! ¿Cómo puedes tener tanta suerte?

—¿Y el pequeño Panie va contigo? —le preguntó Mostazo.

—Sí, y Flox también —se adelantó Jan.

Flox, al oír su nombre, se puso loco de contento y dio un brinco, aunque ya se había dado cuenta, mientras los otros preparaban su macuto, de que

enseguida saldría de aquella caja estrecha que no hacía más que zarandearse de un lado a otro con enorme estrépito.

—¿Volverás, Jan? —quiso saber Mostazo.

—Pero, Mostazo, ¿tú qué crees? ¡Soy vuestro Panie!

—¿Entonces, volverás de verdad?

—Claro que sí, de verdad —respondió Jan—. ¡Adiós! ¡Hasta la vista! ¡Nos veremos pronto!

—¡*Plauen!* ¡*Te veremos pronto!* —improvisó, con un suave gorjeo, Rosenlöcher.

—Recibir unos días de permiso es el mejor seguro de vida —afirmó Dambach mientras veía al gordo artillero caminar apresuradamente junto a Jan hacia la salida que había al final del andén. Y acto seguido arrojó fuera del vagón el agua con la que había preparado los paños húmedos para Papá Rosenlöcher.

Oh, alegría y felicidad...

Tras las ventanas de todos los hogares se veían, iluminados, los árboles de Navidad. Las calles estaban vacías. Aquí y allá, los villancicos flotaban en la quietud de la tarde. Jan quería detenerse a escuchar, pero Rosenlöcher lo apremiaba:

—Es por allí, un poquitín más y yastamos —y en cuanto doblaron la tercera esquina, exclamó con alborozo—: ¡Ahí es! ¡Aquella casa de color claro con el cartel negro!

En el rótulo, que colgaba por encima de tres escaparates, se leía en letras blancas: *Albin Rosenlöcher. Productos de Ultramar y del País*. Albin suspiró. Le parecía un milagro poder volver a contemplar aquel cartel.

—¡Y mira, allí arriba lucen las velas del árbol de Navidad! —dijo señalando el segundo piso que había por encima del rótulo.

Sin embargo, a pesar de su impaciencia, se vio obligado a subir lentamente las estrechas escaleras de madera que llevaban hasta la casa. Tuvo que pararse varias veces para descansar, y sólo pudo continuar cuando Jan cargó con su macuto.

—Este par de escalones..., nunca me había costado tanto subirlos —balbució.

Desde arriba les llegaba la melodía de un villancico: «*Como nos cantaron los ancianos, es de la estirpe de Jesé<sup>[10]</sup>...*». ¿De quiénes serían aquellas voces tan delicadas?

Finalmente alcanzaron la entrada de la casa.

—Yastamos —dijo Albin con la frente salpicada de grandes perlas de sudor—. Sí, ése soy yo, nefecto: Albin Rosenlöcher —se preció mientras pasaba el dedo por el letrero con su nombre— ¡Y ahora, atención!

Hizo sonar el timbre. Flox se puso a ladrar. Dentro se oyó una puerta; unos pasos rápidos se aproximaron desde el pasillo —Rosenlöcher agarró a Jan del brazo y lo apretó con fuerza—, se abrió la puerta principal y, bajo la luz del zaguán, aparecieron los ojos atónitos de una muchacha.

—¡Sissi! ¡Pero qué alegría! —exclamó Rosenlöcher al tiempo que le lanzaba los brazos al cuello.

—¡El tío! ¡Viene el tío! ¿Y este perrillo que traes?

Flox ladraba y daba vueltas alrededor de la joven. Las risas resonaban en la entrada. Tras ellos se abrió otra puerta.

—¿Qué es eso que decís dun perro...? —preguntó, extrañado, un muchacho no mucho más alto que Sissi.

—¡Oskar! —se alegró Rosenlöcher.

—¡Papá está aquí! —anunció Oskar, que estaba cambiando la voz y no pudo evitar que le saliese un gallo.

Besos. Besos y abrazos. La señora Rosenlöcher besó en ambas mejillas al recién llegado, que volvía a casa sin haber podido afeitarse.

—¡Hola, Selma! ¿Qué tal estás?

—¿Cómo tencuentras, Albin?

Detrás, junto a la puerta, estaban los padres de Papá Rosenlöcher, dos ancianos encogidos por la edad, de aspecto bonachón y con la misma cara alegre y redonda que el resto de la familia Rosenlöcher.

—Neste mismo momento estábamos hablando de ti —dijo el anciano.

Y la abuela:

—¿Quiés pasar duna vez? ¿Viés ahora mismo de Rusia? ¡Déjame que te vea! —lo metió en el zaguán de un tirón—. No tiés buen aspecto, Albin, ¿qué tocorre?

—¡Jan! ¿Dónde está Jan? ¡No lo dejéis fuera, que pase!

En ese instante, Oskar tomó al invitado de la mano y lo hizo entrar. Flox, mientras tanto, había empezado a comerse un dulce que colgaba del árbol de Navidad.

—¡Vaya, si el perrillo salimenta dárboles de Navidad! —rió Sissi con entusiasmo.

—¡Sissi, ten cuidado, que al final va a tirar el árbol! —le advirtió la señora Rosenlöcher.

—¿Así que éste es el Jan del que siempre nos hablas en tus cartas, Papá? —preguntó Oskar y observó de arriba abajo a aquel muchacho que debía de tener su misma edad.

—Claro, ¿y quién si no? —dijo Papá Rosenlöcher—. No hay más que uno nel mundo; y tiés que darle las gracias, Oskar, porque le ha salvado la vida a tu papá. Sin éstos dos —dijo señalando a Flox y a Jan—, yo estaría ahora nel fondo dun pantano. Además, ha sido él quien me ha conseguido el permiso.

—Bueno, no es para tanto, Rosenlöcher... —se ruborizó Jan.

—¿Qué es eso de Rosenlöcher? Pues seguir llamándome, como siempre, Papá Rosenlöcher, que aunque este granuja aquí sea mi Oskar, yo siempre seré tu Papá. Y mira, ésa ahí es mamá, y aquéllos, los abuelos.

Pero Jan tenía la atención puesta en Sissi.

—Mi sobrina Elisabeth, de Langensalza —la presentó Albin Rosenlöcher—, la hija de mi hermano Anton. Él también está nel campo de batalla.

—Está nel Oeste —añadió ella con un tono grave que había apagado de pronto su risa jovial— ¿Ha visto nuestro árbol de Navidad, señor Jan?

—Ya habrá luego tiempo para eso —dijo la señora de la casa—. Los soldados tién hambre y hay carpa para la cena.

Mientras la señora Rosenlöcher y Sissi ponían dos cubiertos más, Albin y Oskar —padre e hijo— cuchicheaban entre ellos. A continuación, Oskar llevó a Sissi a un lado y se pasaron un rato susurrando misteriosamente. Después, Rosenlöcher y Jan subieron a los dormitorios y se asearon bien. Lo necesitaban después del largo viaje.

—¿Te parece bien que haya invitado a Sissi? —preguntó la señora Rosenlöcher a su marido cuando lo vio entrar de nuevo—. Tu cuñada ya tié bastante carga con los otros cuatro, ¿no te parece?

—Tú has invitado a Sissi, y yo, a Jan —respondió Albin al sentarse a la mesa y le puso cariñosamente la mano en el hombro—: juntos hemos acogido a dos niños de la guerra. ¡Pues hala, Jan, a comer! ¡Que aproveche! Y acuérdate de que tié espinas, ¡esto es carpa!

Sissi y Oskar se miraron con complicidad y antes de que la cena hubiese acabado, desaparecieron disimuladamente detrás del árbol de Navidad. Entre ramas brillantes, velas perfumadas y el suave balanceo de las manzanas, había un revoloteo de miradas luminosas, rostros encendidos, papel de regalo, cuchicheos, risas. Entonces se oyó el tintineo de una campanilla y la declamación de Oskar:

*¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad!  
Para el salvador de papá,  
he aquí un presente para Jan.*

Sissi agarró entonces a Jan de la mano y lo llevó hasta el árbol.

—Esto es para ti —le ofreció el improvisado poeta.

Los muchachos, a todo correr, habían encontrado y preparado un regalo que pudiese resultarle de provecho: una mochila de Oskar casi nueva y los pantalones para montar que su padre le había regalado la última primavera; también unas medias de lana, un jersey y dos camisetas. El abuelo, además, le dio un billete de cinco marcos:

—Pues comprarte lo que quieras.

—No tenfades, tía —le susurró Sissi a la señora Rosenlöcher, pues era ella quien traía el regalo más importante: un estuche de cuero con un reloj de pulsera que marcaba la hora exacta. La señora Rosenlöcher se lo acababa de regalar a su sobrina hacía tan sólo una hora.

Aquella noche fue la primera vez que Jan durmió en una cama de verdad, una cama mullida, de plumas, con sábanas blancas recién puestas. Jamás había descansado tan bien. Durmió hasta la tarde del día siguiente. El reloj de Sissi, que él seguía llevando en la muñeca, marcaba las dos menos cuarto. Se lavó rápidamente y se vistió con su nueva ropa: una camiseta, el pantalón con el cinturón, las medias de lana y el jersey. ¡Qué distinto se sentía sin el uniforme! Mientras se vestía, contemplaba admirado la bicicleta de Oskar, pues durante el invierno permanecía guardada en la alcoba. Jan hizo girar los pedales, revolvió entre las herramientas que había en el bolsillo que colgaba del sillín y tocó el timbre ajustado al manillar. En cuanto lo oyeron, Oskar, Sissi y Flox, que habían estado esperando con impaciencia, entraron en la habitación.

Justo después del almuerzo los muchachos subieron al desván, donde encontraron la vieja bicicleta de la señora Rosenlöcher. Inflaron las ruedas y salieron con las dos bicicletas a la calle. Oskar mostró a Jan cómo subirse y le dejó intentarlo luego a él. Lo sujetó del sillín y le explicó:

—Pisa fuerte nel pedal, primero nuno y luego nel otro. ¡No agarres así el manillar! —y le repetía mientras corría a su lado—: Primero nuno, ahora nel otro.

Jan pisó entonces con tal ímpetu que a su maestro de pedaleo se le resbaló el sillín de las manos.

—¡Cuidado, cuidado! —le gritó Oskar, y, ¡paf!, Jan acabó en el suelo.

—No hay buen comienzo sin un buen tropiezo —rió Sissi y levantó la bicicleta.

Sin embargo, después de haber perdido el equilibrio otras cuatro veces, Jan consiguió por fin recorrer la calle sin ayuda. Iba de maravilla. Sissi pedaleaba junto a él, tocaba el timbre y se reía como una loca, con la melena flotando al viento. En ese momento doblaron una esquina, ¡bravo!, y siguieron en línea recta sin mirar atrás.

Oskar se quedó como pasmado en mitad del camino.

—¡Será traidora! —murmuró después de haber estado esperando un buen rato—. En cuanto viene alguien duniforme, los demás dejamos de existir, ¡pero ya veré!

Pesaroso, regresó a casa dando grandes zancadas y entró en la tienda por la puerta de atrás, donde halló a su padre y a su abuelo entre libros, barricas, toneles y cajas.

—¡Yastá todo agotado, no queda nada! —se lamentaba Albin moviendo la cabeza con gesto serio—. ¿Dónde han ido a parar todas las reservas?

—La mercancía escasea nestos tiempos —respondió el abuelo—, y todo está cada vez más caro. No se pué conseguir nada. Piensa en todo lo que traemos del extranjero: café, té, arroz, la fruta tropical, las diferentes especias, el queroseno, ¡incluso el aceite! ¡Cómo no acabemos esta guerra duna vez por todas...!

Sissi y Jan estaban ya lejos. Habían salido de la ciudad y subían a pie una colina mientras empujaban las bicicletas.

—Mi padre también está nel campo de batalla —dijo Sissi.

—Como el mío.

—Mi madre está tan preocupada... —continuó—. ¿La tuya también?

—Mi madre está muerta.

Sissi quitó la mano del manillar, pasó su brazo por detrás de Jan y le acarició el hombro.

—¡Pobre Jan! ¿Fue hace mucho?

—Hace un año —y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Sissi dejó la bicicleta, tomó el rostro de Jan entre sus manos y lo besó.

—No llores, Jan, no llores.

A las cinco de la tarde la familia salió a dar un paseo. Jan aún no había visto nada de la ciudad; hasta entonces, aprender a montar en bicicleta y Sissi habían ocupado toda su atención. Ahora, mientras paseaban, Jan miraba todo con suma atención. Todas las calles tenían nombres de personajes ilustres: Calle Ludwig Richter, calle Durero, calle Schiller. Las tiendas tenían escaparates vivamente iluminados. ¡Y las tabernas no podían ser más diferentes de la tasca que la señora Goloborotka tenía en el pueblo! Entraron en una. En cada sala había al menos una docena de señoritas hermosas que iban y venían trayendo café, cerveza y tartas.

—¡Eh, señor Rosenlöcher! —llamó alguien desde una de las mesas—. Dígame, haga el favor, ¿de dónde sale? Limaginaba yo en Varsovia por lo menos.

Se trataba del señor Knorchel, un hombre enjuto, con una verruga en la aleta izquierda de la nariz, que regentaba una barbería junto al comercio de la familia Rosenlöcher.

—¡Pero acérquese, siéntese nesta silla! ¡Clara, haz un poco de sitio! Ande, cuente: ¿qués lo que han estado ustedes haciendo todo este tiempo?

Rosenlöcher empezó su relato. Sin embargo, aquel individuo delgaducho repetía secamente a cada rato: «¡Ea, ya será menos! ¡Ya será menos!». No podía ser más exasperante. Mientras Albin refería cómo muchos de los hombres de la batería habían perdido la vida en el campo de batalla, el hombre se encogía de hombros con desdén.

—¡Ea, ya será menos! ¡Una nimiedad! ¿Qué sa creído usted que pasó nel Oeste, nel frente de Flandes? Cuarenta mil muertos en catorce días. ¡Va por ellos! —dio un trago de cerveza, se limpió la boca con la mano y continuó—: Nada más que jóvenes recién salidos de lescuela que partían a la guerra que acababa dempezar, entusiasmados. ¡Cómo se portaron los muchachos nel asalto de Langemarck, eso sí que fue extraordinario!

—¿Me dejas que le arree un guantazo? —preguntó Jan.

—¡Chitón! —le susurró Albin: Knorchel era un buen cliente y no podía enemistarse con él.

—Pues sí —suspiró la señora Knorchel, que era tan gorda como flaco era su marido—. Hay que ver lo que saltera este hombre con la guerra, ¡es horrible! Se lee todos los periódicos. Ahora acaba de comprar un mapa con los lugares de las batallas y clava alfileres con una banderita negra, blanca y roja en el lugar donde están nuestras tropas.

—¡Eso es fabuloso! —ironizó Rosenlöcher y, con una media sonrisa, miró a Jan de reojo.

—Tendría usted que ver lescándalo que organiza cuando los soldados retroceden alguna vez, sea donde sea —continuó la señora Knorchel.

—¡Ea, ya será menos! —se acaloró el barbero—. ¿Pero es que no tengo razón? Algo así no pué permitirse, es pura cobardía. «¡Siempre adelante!» fue lo que dijo nuestro príncipe heredero, y él sabe desto, ¿o no es verdad? Ya hace tiempo que nel Este tendríais que haber conquistado Varsovia..., y también Ivángorod. ¡A ver si le ponéis un poco más dempeño al asunto!

—Entonces predique con el ejemplo, señor Knorchel —lo exhortó Rosenlöcher, que ya comenzaba a perder la paciencia—. ¿Por qué nostá usted en primera línea?

—Tengo los pies planos —declaró el hombre enjuto—, no se pué hacer nada. ¡Pero si yo estuviera nel frente...!

—¡Ay, si mi marido estuviera nel frente! —interrumpió la señora Knorchel—. ¡Seguro que habría caído gloriosamente por nuestra querida patria nel primerísimo ataque! Eso es lo que dicen en todas partes: «Siempre caen los mejores».

—Pues perdone usted si yo no he estirado aún la pata —replicó Rosenlöcher en un arrebató de ira—. Le aseguro, señora, quen cuanto tenga ocasión haré todo lo que pueda para enmendarlo —y diciendo esto se levantó.

—¡Ea, ya será menos! —quiso apaciguar Knorchel—. ¡Hace un momentito estábamos tan bien aquí! Seguro que tié que ser hermoso para los soldados del frente volver a lañorada patria...

Pero a Rosenlöcher se le había acabado la paciencia.

Cuando regresaron a casa y abrieron la puerta, vieron algo en el suelo del zaguán. Un telegrama. Albin lo leyó. Inmediatamente se apresuró hacia la cocina, que se hallaba junto a la entrada del pasillo.

—¿Qués lo que pasa? —preguntó su mujer, que lo había seguido, asustada—. ¿No tendrás quirte otra vez, justo ahora?

—No —musitó Albin, entregándole el telegrama—. Lo envían desde Langensalza.

—¿Tu hermano? —ella lo leyó—: «... caído gloriosamente...». ¡Dios mío, Else! ¡Y los niños! ¡Pobre Sissi!

—Y los padres —dijo Albin, consternado—. Los padres..., ¿cómo vamos a decírselo?

Ambos permanecieron un momento en la cocina, abatidos, desconsolados.

En el amplio salón, los niños habían encendido el árbol de Navidad. Se habían puesto a cantar y Jan tocaba la armónica: «Oh, alegría y felicidad; paz para todos, que estamos en Navidad». Rosenlöcher llamó entonces a su padre. En los ojos de la abuela apareció, de pronto, una sombra de miedo. ¿Qué ocurría? ¿Qué querían ocultarle? Salió del salón tras su marido y lo siguió hasta la cocina.

El telegrama acababa de resbalar de las manos temblorosas del anciano. La abuela se agachó y lo recogió.

—¡Anton, mi Anton...! —los ojos se le llenaron de lágrimas y un sollozo conmovedor estremeció a la mujer que había dado a luz, hacía treinta y nueve años, al soldado muerto en la batalla—. ¡Eras todavía joven, Anton! ¡Tenías aún tanta vida por delante!

Lágrimas. Lágrimas.

—¿Por qué tiene que ocurrir esto? —exclamó— ¿Por qué, Dios mío?

Jan y Sissi estaban junto al árbol aún iluminado.

—¡Ay, Sissi!

Él quería enjugar su llanto, consolarla, pero las lágrimas no hacían más que correr por las mejillas de aquella muchacha en cuyo rostro, hasta hacía sólo un momento, resplandecía una sonrisa.

—¡No llores, Sissi, no llores...!

—¡Albin, Albin! —gimió la anciana en la cocina—. ¡No te me mueras, no te me mueras tú también! —y diciendo esto se agarró al brazo de su hijo, el único que le quedaba.

## Dios lo castigará

A la mañana siguiente, Sissi partió para reunirse con su madre y sus hermanos en Langensalza. Jan y Oskar la acompañaron hasta la estación. Los padres y los abuelos se quedaron en casa, afligidos, sin decir una palabra. Igual que ellos, miles de padres y abuelos permanecían en sus hogares; como Sissi, lloraban también incontables niños y hermanos, y cada día que pasaba eran más.

El domingo veintisiete expiraba el permiso de Albin.

Aún quedaban veinticuatro horas.

Ya sólo veinte. Era el principio de una noche de insomnio.

Doce horas únicamente.

De pronto ya sólo quedaban cuatro. Cuatro horas en el hogar. Tres horas. Empezaba a oscurecer. A las seis tenían que ponerse en camino hacia la estación.

—Madre, usted se queda en casa —la exhortó Albin—. Me despediré aquí, es demasiado esfuerzo para usted y ya ha tenido demasiadas emociones.

Pero ella hacía oídos sordos a los consejos de su hijo.

—¡Ay, mi querido Albin, si yo pudiese, iría a la guerra en tu lugar neste mismo momento! ¡Y que me maten a mí!

—¡Y a mí! —añadió el anciano—. Nosotros ya hemos vivido suficiente; vosotros, en cambio...

—Sé bueno, Oskar —le dijo Rosenlöcher a su hijo de camino a la estación—. No seas una carga para tu madre, aplícate en la escuela, ¡y aprende bien las cuentas! Tú te harás cargo del negocio cuando yo no esté, y tal vez no quede mucho para eso.

Oskar apretó la mano de su padre:

—Pero papá...

Los dos continuaron caminando en silencio.

—¿Cuándo crees que volverás a conseguir un permiso? —preguntó Selma en la estación mientras esperaban a que llegasen los abuelos, que se acercaban tras ellos, caminando más lentamente.

—Tú no tinqüietes, Selma —la tranquilizó su marido—, ya sé cómo hacerlo. Nel batallón tenemos un abogado, un tipo listo como un zorro, que me ha dicho que lo mejor es comprar bonos de guerra. Para eso le dan a uno siempre el permiso.

—Pues firmemos ya mismo, Albin, tenemos algo ahorrado nel banco.

—También se podría vender la parcela —dijo Rosenlöcher.

—¡Nuestro precioso huerto! —se lamentó Oskar en tono de reproche.

—¡A callar! —lo reprendió secamente su madre—. Si pudieras conseguir que tu padre se mantuviese alejado de los disparos, aunque fuera solamente una hora más, seguro que tú también querrías vender el huerto.

Oskar enmudeció, avergonzado. El muchacho, sin embargo, veía ante sí el precioso huerto a las afueras de la ciudad, rodeado de arbustos de lilas, florido de campanillas de primavera, anémonas, prímulas; veía los bancales de fresas y los distintos frutales: manzanos, perales... Entonces, a media voz, se dirigió a Jan:

—Si mencuentro al que ha empezado esta maldita guerra, lo voia hacer papilla, tenlo por seguro y me voia enterar, ya verás.

Cruzaron la barrera que había a la entrada del andén. Aún faltaban ocho minutos.

—Selma, a mí también me duele nel alma deshacernos del huerto —afirmó Rosenlöcher circunspecto—, pero más duelen catorce días en la guerra, créeme. Si tiés una posibilidad de vender la parcela del huerto...

—¡Eh, usted! —graznó de pronto una voz displicente—. ¡Sí, usted, el soldado raso! —repitió cuando Rosenlöcher, perplejo, se dio la vuelta—. ¿No presta usted atención o es que no le han enseñado a saludar?

—A sus órdenes, mi comandante —se cuadró Albin.

No había reparado en el superior. Rosenlöcher permaneció ante él, firme, como manda el reglamento: las manos estiradas hacia abajo con el pulgar doblado y pegadas a la costura del pantalón. Selma, Oskar y los abuelos se quedaron estupefactos.

—¡Habrase visto tamaña desfachatez! ¡Y a sabiendas! ¡Esto le va a costar caro! —lo abroncó el insolente oficial berlinés—. ¿Unidad?

—Séptima Batería, Decimoséptimo Batallón de artillería pesada —resolló, agitado, Rosenlöcher.

¡Permitir que lo tratasen así, con el mismo desprecio con el que se trata a un criminal, delante de su propio hijo, de sus padres, de su mujer! Apretó con fuerza los dientes para no estallar en gritos de indignación.

—¡Deje ahora mismo de rechinar los dientes! Le voy a quitar yo esa fea costumbre: lo quiero ver desfilar y hacer el saludo militar ante su superior de forma impecable, ¡es una orden! —y le gritó—: ¡Regrese hasta la barrera, en marcha, ar!

Los circunstantes se apartaron y formaron un pasillo. El artillero dirigió una dolorosa mirada a su mujer —ante sus padres no se atrevió ni siquiera a levantar la vista— y empezó entonces a trotar hacia la barrera que había al final del andén.

—¿Es que no puede ir más rápido? —lo amonestó el superior.

Con el pesado macuto a la espalda, Papá Rosenlöcher se puso a trotar tan rápido como le fue posible. Se sentía como en una carrera de baquetas. Unos puntos rojos y negros le nublaron la vista. Oyó de nuevo una orden:

—¡Alto! ¡Media vuelta, ar!

Permaneció inmóvil durante un segundo. Súbitamente su rostro se contrajo. Se llevó la mano derecha al corazón y entonces se desplomó. El artillero quedó tendido en el andén como un tronco recién cortado.

Un grito, el grito de una madre, de una anciana señora cuyo hijo más joven ha sido muerto heroicamente hace cinco días y cuyo primogénito acaba de ser humillado allí mismo, ante sus propios ojos, se adueña del silencio; un grito penetrante, un grito que hace que el maquinista olvide poner en marcha el convoy cuando oye el silbido puntual que indica la salida del tren. Atónitos, los viajeros se agolpan en las ventanas. Dos sanitarios de la Cruz Roja acuden corriendo y la pequeña anciana, que ha vivido humildemente toda su vida sin levantar la voz, se llega ante el oficial.

—¡Vergüenza! ¡Vergüenza! —exclama— ¡Dios lo castigará a usted y a todos los demás!

Se quita el abrigo, lo enrolla y lo coloca bajo la cabeza de su hijo, que sigue en el suelo, con los labios azules, temblando. Le desabotona el cuello y le afloja el cinturón. No permite que los sanitarios lo levanten cuando hacen ademán de querer incorporarlo; solamente pregunta: «¿Adónde lo llevan?», y cuando ellos responden: «A la casa de socorro», ella se niega: «No, al hospital. Yo voy también». Uno de los hombres lo agarra por las piernas, el otro por las axilas. La madre sujeta entre sus manos la cabeza de su hijo. Jan lleva el macuto y los correajes.

El oficial ha desaparecido. El jefe de estación da la señal de salida. El tren se aleja.

Aquella noche, en su cama mullida y confortable, Jan no conseguía conciliar el sueño. El grito de la anciana seguía resonando en sus oídos: «¡Dios lo castigará a usted y a todos los demás!». «¿A quién?», se preguntaba. «A todos los que causan tormento a los hombres, a quienes asesinan y marchan presurosos a la guerra. ¡No matarás!, recuerda el mandamiento —le había dicho el anciano de Gradicz—. ¿He cumplido yo el mandamiento de Dios, he seguido la advertencia del viejo Abraham? ¿He quitado la vida a alguien?». Jan no podía dejar de pensar en la línea telefónica del bosque, en la gente que se calentaba junto a la hoguera de carbón de leña, en los cadáveres de Dombie, de Lutomiersk, de Kasimiersk.

¡Pero él sólo había querido ayudar a sus camaradas para que nada les ocurriese! ¿A sus camaradas? ¿No había sido Vladimir también su amigo? ¿Podía acaso decir que los camaradas de Vladimir no eran tan buenos como sus camaradas de la Séptima Batería? Quizá los rusos se encontrasen en una situación peor que la de sus compañeros. ¡Quién sabe si también su padre estaría sufriendo! ¿Volvería alguna vez a verlo? ¿Y volvería a ver a Cordes? ¿A Mostazo? ¿A Mirlo Blanco? ¿A Ru? ¡Cuántas desgracias podían ocurrirles mientras allí, en Plauen, él disfrutaba de un lecho blando y cálido! ¿Y Sissi, qué sería de ella ahora, sin su padre? Sissi...

Se sentía preso de una gran agitación. Trató de dormir. No podía. En su fuero interno, algo parecido a un torbellino, a una punzada, lo compelia a ponerse en movimiento de la misma manera que, aquel día, cuando después de haber reparado la línea telefónica, se había sentido empujado a continuar hasta el puesto de observación.

De pronto salió de la cama y se vistió, pero no con el uniforme, que guardó en la mochila, sino con la ropa que le había regalado Oskar. Tomó entonces el papel con el que éste había envuelto las camisetas y escribió: «Os estoy muy agradecido y deseo que Papá se mejore pronto. Jan». Lo dejó sobre la mesa.

A continuación le colocó a Flox su collar y salió de casa sin hacer ruido. Anduvo por las calles desiertas hasta la misma estación de donde había regresado hacía tan sólo unas pocas horas.

Allí estaba el lugar donde Papá Rosenlöcher había quedado tendido. No había ningún tren, no había viajeros, todo estaba vacío. El reloj de Sissi

marcaba la una y veinte. ¿Qué se le había perdido a él allí? ¿Para qué había vuelto a la estación en mitad de la noche? «Tengo algo de dinero», pensó, «puedo sacar simplemente un billete de andén como hizo ayer Oskar».

Jan esperó apoyado contra un pilar del andén, al otro lado de la barrera de entrada, como si fuese una maleta que alguien hubiera olvidado. Tenía muchísimo frío y se sentía muy solo.

En ese momento, un tren hizo entrada en el último andén de la estación, el mismo donde ellos se habían apeado la tarde de Nochebuena. Jan corrió hasta allí a través del paso subterráneo; quería ver adónde se dirigía. Era un convoy militar formado por incontables vagones.

En cuanto el tren se detuvo, vio cómo dentro y fuera de los vagones empezaba a haber cada vez más movimiento, era como si todo el convoy hubiese cobrado vida. Los soldados descendían, corrían a por agua, preguntaban:

—¿Qué hora es? ¿Cómo se llama este pueblucho? Cuando Jan les dijo lo que querían saber, fue él quien preguntó:

—¿Sois zapadores? —en cuanto dijeron que sí, volvió a preguntar—: ¿Estuvisteis también en el Vístula?

—Desde luego, pero ¿qué es eso de «también», muchacho? ¿Quién más estuvo allí?

—Yo —contestó Jan—. ¿No irá con vosotros un ingeniero de barba pelirroja y puntiaguda?

—¿Te refieres a Papke?

—Puede ser, no sé cómo se llama. ¿Está en el tren?

En ese momento los zapadores vociferaron:

—¡Sargento Papke! ¡Papke! ¡Papke! —y la llamada recorrió el convoy de punta a punta, como cuando él avanzaba con la batería y todos gritaban: «¡Delaaante aaaalto!»—. ¡Sargento Paaaapke! ¡Paaaapke! ¡Visita para el sargento Paaaapke!

En efecto, allí estaba; era el mismo hombre de barba pelirroja. Acababan de arrancarlo del sueño y acudía enfurruñado porque creía que solamente le estaban gastando una broma. Sin embargo, en cuanto Flox reconoció al zapador, brincó hacia él meneando la cola; al verlo, el ingeniero reparó entonces en quejan venía detrás y su enfado desapareció al instante.

—¿Pero de dónde vienes, querido compañero? ¿Y qué haces vestido con un conjunto tan elegante?

—¿Sabe usted dónde está la Séptima Batería? —inquirió Jan.

—Sí, claro, está en el frente occidental, han trasladado a toda la división. Nosotros también vamos para allá.

—¿Puedo acompañarlos?

—¿Con esa pinta? Imposible, no te dejarían ir en el convoy militar. ¿Qué has hecho con tu uniforme? —sonriendo, Jan señaló su mochila—. ¡Entonces sube, pilluelo, ya te cambiarás después!

Y Jan subió al tren.

## Puentes, estaciones de ferrocarril, aeroplanos

Así fue como Jan acabó viajando junto a los zapadores a través de valles y bosques, dejando atrás las cordilleras de Turingia, hasta las montañas a orillas del Rin.

El segundo día divisaron los soberbios puentes que, con sus enormes pilares sobre el río, salvaban la corriente y permitían entrar en la enorme y antigua ciudad de Colonia. Por uno de ellos avanzaba el tren, que parecía dirigirse directamente hacia la catedral. De pie, apoyados en las ventanas, todos admiraban la gran construcción de acero por la que en ese momento atravesaban y, mientras contemplaban el ancho cauce del Rin, Papke dijo:

—Desde que, hace ya casi dos mil años, un romano inteligente llamado Julio César clavase en el río los primeros postes de madera, se han construido muchos puentes sobre el Rin, cada vez mejores, más hermosos; pero las gentes, de este lado los alemanes y de aquél los franceses, parece que siguen sin comprender su sentido. ¿Tienes una idea, amigo mío, de qué pretenden los puentes?

—¿Que los pueblos sean camaradas? —aventuró Jan—, ¿cómo nosotros dos?

—¡Ojalá fuese así! —se lamentó el ingeniero—. No, en vez de eso, los utilizan para seguir transportando armas y enviar al frente más y más soldados que pronto serán carne de cañón.

En el mismo instante en que entraban en la estación, Jan no sabía si admiraba más los recios puentes que acababan de ver o las grandes y luminosas naves que tenía ante sus ojos. Muchos trenes aguardaban para salir, otros acababan de llegar, y junto a todos ellos se apiñaba un gran gentío. Carros de equipaje, de periódicos y de bebidas se abrían paso entre la multitud. De pronto les llegó un eco lejano: bummmm..., bummmm. Y una vez más: bummmm.

—¡Aeroplanos! —cundió la voz—. ¡Aeroplanos enemigos!

Las campanas de la catedral comenzaron a repicar y todos se precipitaron escaleras abajo hacia los pasos subterráneos. En unos segundos, las inmensas naves de la estación central quedaron vacías.

En los pasos subterráneos imperaba un gran desconcierto de voces nerviosas y asustadas:

—¡Si tiran las bombas en la estación, estamos perdidos!

—¡No! ¡Van a bombardear el puente del ferrocarril!

«El puente», pensó Jan, «el puente joven y robusto». Le dolía casi tanto como si éste fuese un ser vivo, una persona.

Enseguida, sin embargo, les llegó la noticia de que los aeroplanos habían virado en dirección Sureste, hacia Coblenza.

«¿Hay un puente allí también?», quiso preguntar Jan al ingeniero, pero éste no aparecía por ningún sitio. Los dos se habían perdido entre la muchedumbre.

Jan aguzó su excelente vista y de inmediato lo distinguió a lo lejos. Eugen Papke se había tropezado entre todo aquel tropel de gente con un compañero de escuela llamado Heinz Wolfart. Él también iba al Oeste —era piloto de reconocimiento— y en el momento de partir se unió al convoy.

Los tres continuaron su viaje hacia el frente en hermosos vagones bien equipados. Sus conversaciones retrocedieron a los días en que Eugen y Heinz se habían sentado, uno junto al otro, en el mismo banco de escuela. Ambos tenían la impresión de que había sido justo ayer. El presente, donde la sangre y las lágrimas eran algo tan cotidiano, parecía haber quedado relegado al olvido. Los dos compañeros rieron a carcajadas recordando los dichos de su viejo profesor de Historia natural, quien daba la impresión de haber llevado el mismo sombrero gris de paja desde tiempos inmemoriales. Wolfart imitó luego a su profesor de canto, un hombre con una enorme barba que solía entonar delicadamente: «Los pajarillos reposan en el bosque, tan sólo espera, espera tan sólo...» —y vocear luego súbitamente—: «¡Wolfart, te voy a dar un coscorrón como sigas tirando bolitas de papel!».

Las historias y chascarrillos parecían no tener fin. Daba la impresión de que la alegría de vivir de aquellos dos hombres, que parecían haber hecho acopio de ella en otros tiempos más felices, estaba tan al alcance de la mano como si pudiesen sacarla de la mochila ahora que la vida ofrecía tan pocos motivos para estar alegres. Y la mochila aún no estaba vacía. Después de la escuela pasaron a las clases de baile, luego al club de fútbol, a la escuela politécnica, a las vacaciones. Rememoraron sus excursiones: las caminatas por las montañas del Eifel, desde el pico Manderschied hasta Dietzenley; la

travesía por la espesura del macizo de Spessart en dirección a Mespelbrunn; y la escalada, por la ladera más abrupta, del pico Feldberg.

De pronto recibieron la orden de bajar. Habían llegado. «¿Aquí?», pensó Jan, «¿dónde estamos?».

—¿Hemos llegado ya al Oeste? —preguntó al ingeniero.

—Me gustaría saber qué idea se habrá hecho este chiquillo de lo que es «el Oeste» —rió Wolfart—. ¿No pensarás que es una posada o algo por el estilo?

El Oeste era una extensión de tierra casi tan grande como Polonia. Seguramente en otro tiempo habría sido próspera, los campos habrían estado cultivados, habrían sido fértiles; hoy era una tierra completamente arrasada. La Séptima Batería debía de estar en algún lugar de aquel paraje asolado. ¿Pero dónde? ¿Cómo podría encontrarlos?

—Ése es el menor de los problemas, amigo mío —afirmó Papke—. Te quedarás con nosotros. Ya correrá la voz de que tú y Flox estáis aquí y verás cómo aparece entonces el comandante de tu batería.

Así fue como Jan permaneció con los zapadores, que tenían orden de acabar de construir en una gran explanada un aeródromo y hangares para los aeroplanos. Jan quedó impresionado al ver cómo crecía todo aquello en aquel campo. No perdía detalle. ¡Y había tantas cosas que aprender! Tan pronto pasaba largas horas en el taller como se quedaba junto a la mesa de dibujo para que le explicasen los planos. Sin embargo, lo que él prefería era ver sobre el terreno cómo las piezas de acero se entrelazaban, tomaban altura y se unían unas con otras. Él podría especializarse en aquel campo, pues lo que había allí florecía, y además volaban los pájaros: relucientes y estilizados aeroplanos. ¡Cómo le habría gustado poder ir en uno de ellos! Sin embargo, a pesar de habérselo pedido ya varias veces, Wolfart no había dado aún su brazo a torcer. Jan lo observaba con anhelo cada vez que éste despegaba con un avión y lo seguía con la vista cuando sobrevolaba en círculos el aeródromo para perderse finalmente, como un punto diminuto, en el horizonte azulado.

¿Se trataba realmente del mismo Oeste del que los camaradas, Sissi y las personas con las que había pasado la Navidad en Plauen, le habían contado historias tan horribles? Aquel lugar era como el Paraíso. Todavía no hacía tanto frío como en Kopchovka en esa época del año y parecía haber tanta paz alrededor... ¿Paz?

De tanto en tanto, les llegaba desde lejos el sordo estruendo que día y noche producían las detonaciones. Era como una advertencia que dijese: «¡Desconfía de esta paz!». ¡Desconfía de esta paz! Tampoco los aeroplanos

que allí había eran máquinas para divertirse. No estaban hechos para alzar a los hombres por encima de la desolación que reinaba a ras de suelo, sino que su cometido era hacer aún más cruel la miseria que había sobre la tierra. Ésa fue la conclusión a la que llegó Jan cuando Wolfart le explicó las diferencias entre los distintos aparatos:

—Éstos son aeroplanos de reconocimiento y sirven para observar al enemigo. Hoy saldré a volar con el primero que ves ahí.

«¿Observar al enemigo?», pensó Jan, «entonces aquello era lo mismo que hacía Alert cuando lo acompañaba a lo alto de una colina o trepaban juntos a la copa de un árbol: buscar un objetivo para las granadas y los proyectiles *shrapnel*».

—Y aquellos de allí son los aeroplanos que arrojan las bombas —le aclaró Wolfart.

«¿Arrojar bombas? ¿Dónde? ¿Sobre los puentes del Rin que debían unir a las naciones como camaradas? ¿Sobre las estaciones de ferrocarril y los trenes repletos de gente? ¿Bombas que arrasan hangares como los que habían estado construyendo esa semana con tanta dedicación y esfuerzo?».

En medio de sus pensamientos Jan oyó la risa de Wolfart y sintió cómo alguien lo agarraba de la cintura y lo levantaba. Cuando quiso darse cuenta, estaba sentado en un aeroplano. Le parecía estar soñando.

—El alférez Gutzeit ha dado su permiso —le explicó el piloto—, pero aun así intenta que no te vea nadie del puesto de mando. ¡Ah, ahí viene Gutzeit!

—¡Gutzeit! —repitió Jan atónito.

Aquél era el mismo hombre que la semana anterior había hecho verdaderas acrobacias con su aeroplano sobre el aeródromo.

—¿Adónde volamos hoy? —inquirió Gutzeit con gran entusiasmo.

—Tenemos que sobrevolar la línea del frente y observar: tarea de reconocimiento —respondió Wolfart.

—¿Observar el qué? ¿A quién? —preguntó Jan, aún perplejo.

—Pues al enemigo, a esos malvados franceses, ¿a quién si no? Tenemos que ayudar al Decimoséptimo Batallón para que acierten en el blanco.

—¿Cómo..., cómo dice? —tartamudeó, boquiabierto, Jan— ¿El Decimoséptimo..., el Decimoséptimo Batallón? ¿El batallón de Alert?

—No me digas que no lo he apañado bien, ¿a que sí? —se alegró Wolfart como si fuese un pihuelo que hubiera hecho una travesura—. ¿Qué me dices, muchacho? Tu Séptima Batería tiene orden de batir la colina veintitrés con fuego de artillería al amanecer y, por mucho que quieran, no creo que puedan ver gran cosa desde su posición. Por eso nos necesitan.

—¡Son mis compañeros! —insistió Jan, aún algo desconcertado.

—Ya lo sé, y ahora vas a poder comprobar si apuntan como es debido. ¡Así que en marcha!

Hicieron girar la hélice para arrancar el motor y un temblor recorrió el aeroplano de punta a punta. Las ruedas del aparato comenzaron a girar, dando ligeros trompicones sobre el campo lleno aún de rastros; y, de pronto, estaban flotando y volaban... Volaban como golondrinas, volaban como alguna vez él mismo había volado en sueños.

Sin embargo, ahora Jan no estaba soñando, aquello era real: Gutzeit manejaba la palanca de mando del aeroplano, y junto a él, sujetando un mapa, estaba Wolfart. Debajo de ellos podían ver el tejado del primer hangar, la estructura metálica a medio construir del segundo y también los cobertizos de los talleres. ¡Y la cantina! Todo parecía tan ordenado, tan hermoso, que era como si aquello hubiese sido hecho para jugar; era como si los campos, de la misma tonalidad parda que la piel de un corzo, estuvieran allí para poder acariciarlos.

«¿Miraría también Dios hacia abajo igual que ellos?», pensó Jan. ¿Pero qué eran las extensas franjas que divisaban a lo lejos? La tierra parecía estar surcada de izquierda a derecha por una maraña de ásperas estrías que se perdían en el infinito. El aeroplano puso rumbo directo hacia allí. ¿Sería aquello el frente? ¿Las defensas que franceses y alemanes habían hendido con toscos cuchillos en el rostro immaculado de la Creación divina? Ahora podían distinguirlo con mayor precisión: eran trincheras, plazas de armas y pasillos que comunicaban las zanjas entre sí formando una red; y por encima de ésta, se extendía otra red de alambre de espino: un alambre depositado simplemente en el suelo o atado a postes hundidos en la tierra que hacía que los soldados, al iniciar una ofensiva, quedasen enganchados y se convirtiesen en blanco para las balas, en carne de cañón para la artillería. ¿Acaso Dios no veía esto también? ¿O es que al contemplar la Tierra desde las alturas todo aquello no le parecía más que un absurdo juego infantil?

Así lo pensaba Jan, que apenas se había percatado de lo alto que habían subido y de que continuaban ascendiendo. Los bosques se convirtieron en manchas oscuras y el ancho curso de un río no era más que un hilillo plateado. Los batallones de infantería eran como un enjambre de insectos de efímera existencia, seres diminutos más pequeños aún que las hormigas.

¿Qué impulsaba a estos tristes bichejos a destruirse a sí mismos? «¡Habría que darles un buen tirón de orejas hasta que por fin entrasen en razón!», pensó Jan, «¡se lo merecen!».

En ese momento el aparato volaba justo por encima de la línea del frente, aunque no se oían disparos. La hélice y el motor hacían un ruido tremendo. Wolfart le indicó un punto sobre el mapa marcado como «colina veintitrés», y acto seguido señaló algo con aspecto de joroba marrón, debajo de ellos, que apenas destacaba sobre una superficie que parecía completamente abollada. Aquello debía de ser, entonces, la colina sobre la que iba a abrir fuego el Decimoséptimo Batallón. Desde la altura en la que estaban, aquel cerro se asemejaba a una topera. Wolfart hizo una señal luminosa hacia abajo. Jan se asomó y advirtió cómo, a la izquierda del montículo, apareció súbitamente un punto negro, como un manchón de tinta. Arriba hubo una nueva señal luminosa y, abajo, a la derecha, se produjo un nuevo manchón de tinta. Aquello tenían que ser granadas, las granadas de su batería. «Como en Lutomiersk hacía cinco semanas», pensó Jan, «allí había también una colina, la colina ciento ochenta y uno, donde se habían atrincherado los rusos, igual que ahora los franceses». Otra señal luminosa. Lo que desde allá arriba parecían salpicaduras de tinta eran, en realidad, explosiones. Él sabía muy bien lo que estaba ocurriendo abajo: colina veintitrés, colina ciento ochenta y uno, el Oeste, el Este, rusos muertos, alemanes muertos, franceses muertos, todo era lo mismo: la guerra. Una señal luminosa. El silbido de la hélice le parecía el sonido de los obuses en el aire, el repiqueteo del motor se le figuraba el martilleo de las ametralladoras, los manchones de tinta se volvieron gigantescos. Una cruenta lucha a vida o muerte era lo único que existía en aquella colina. Creía incluso poder oír los lamentos agonizantes de los heridos alzándose hasta donde ellos estaban, alzándose hasta llegar al cielo. Eran los horribles chillidos de la tierra que estaba siendo mortificada. «¡Dios lo castigará a usted y a todos los demás!».

Los manchones de tinta cayeron entonces en medio de la colina. Esta vez el Decimoséptimo Batallón había apuntado correctamente. Wolfart hizo una última señal luminosa. En ese instante, justo delante de ellos, casi al alcance de la mano, se formó súbitamente un nubarrón gris, y luego uno más y un tercero y un cuarto. Eran nubecillas *shrapnel*. Jan las había conocido únicamente desde el suelo, pero ahora, allá arriba, se le mostraban en su verdadera naturaleza: espantosas, grandes, mortíferas y demasiado próximas. El aeroplano se inclinó de un lado y viró en un ángulo de noventa grados. Los habían descubierto. Los franceses trataban de derribarlos haciendo fuego con sus cañones. Un proyectil estalló a pocos metros de las alas. El aparato ascendió en espiral fuera del alcance de los *shrapnel*, pero éstos continuaron explotando cerca del fuselaje, cada vez a mayor altura. Si llegasen a

alcanzarlos, el aeroplano se prendería en llamas y se precipitaría en picado hacia el suelo, ¡no habría salvación!

Pero no, ellos continuaron hacia arriba, veloces, casi en vertical, hasta que las nubes quedaron atrás. Ahora la atmósfera enrarecida les aguijoneaba los oídos.

¿Dónde estaban? Las nubes flotantes de los proyectiles *shrapnel* les impedían tener una visión clara de la tierra. Según la posición del sol debían de estar volando hacia... Un momento, ¿qué era aquello? Allí, a su misma altura, se veían cinco *puntos* negros. Jan pegó un respingo en el asiento, previno rápidamente al piloto con unos golpes en la espalda y le señaló en aquella dirección. Gutzeit aguzó la vista y, después de escrutar un momento el horizonte, por fin distinguió a lo lejos, recortados contra la claridad del cielo, aquellos mismos puntos negros. Daba la impresión de que los aeroplanos enemigos volaban en escuadrilla de ataque: uno en cabeza y dos más, algo retrasados, a cada lado. Volaban directamente hacia ellos para darles caza.

En ese mismo instante Gutzeit agarró con fuerza la palanca de mando y se ladearon hasta quedar casi por completo sobre una de las alas. De pronto viraron bruscamente en ángulo cerrado para apartarse de la trayectoria de la escuadrilla enemiga.

Sus perseguidores pilotaban, con toda seguridad, aparatos excepcionales. Gutzeit hizo un nuevo viraje y se lanzó como una flecha de regreso al aeródromo por encima de la línea del frente.

El motor se paró. Las detonaciones de los cañonazos se hicieron audibles. Inclinaron el morro hacia abajo y, sordamente, cayeron en el vacío que tenían ante ellos. Jan se quedó sin aliento. Tuvo que cerrar los ojos. Era aterrador. El motor arrancó otra vez y, como si se tratara de un berbiquí que perforase el aire, volvieron a ascender en espiral, abriéndose paso hacia las alturas. Los cinco aparatos enemigos seguían estando muy cerca. Ssssss... Ahora Jan podía oír cómo las balas silbaban continuamente a su alrededor. ¡Disparaban con ametralladoras! Si una sola bala llegase a alcanzar el motor, no haría falta más: estarían perdidos. La hélice volvió a detenerse nuevamente. Era como si el aeroplano se precipitase en un pozo sin fondo. Jan se clavó las uñas en la palma de las manos para que el dolor embotase la excitación desbocada que lo poseía. Su vida pendía de un hilo.

La persecución duró tan sólo *unos* minutos, tres o cuatro a lo sumo, pero durante ese tiempo, el destino de los tres hombres permaneció en suspenso.

¿Dónde estaba el suelo? ¿Seguía estando debajo de ellos? Sí, allí estaba, cada vez más cerca, más cerca...

En ese preciso instante sintieron cómo las ruedas tocaban tierra y giraban a gran velocidad sobre la pista.

Estaban salvados.

—Con éste son ya diecinueve los vuelos de reconocimiento que he hecho —le dijo Gutzeit a Jan mientras se encaminaba hacia uno de los cobertizos—, y de no ser por ti, habría sido el último. Te estoy muy agradecido, Jan. Si hubiésemos tardado únicamente medio minuto más en descubrirlos, esos pilotos ingleses nos habrían derribado. ¡Gracias a Dios! ¡Lo nuestro nos ha costado! —y tras decir esto se tendió, cuán largo era, en el suelo del hangar.

También Jan se echó a descansar. Heinz Wolfart hizo lo mismo. Era tal su extenuación, que apenas podían mantenerse en pie.

Cuando Jan se despertó, encontró a Flox junto a él mirándolo con sus ojos astutos y agitando el rabo. El muchacho se levantó y dijo:

—Caniche, tenemos que volver con las bestias salvajes de artillería, nos están esperando.

—Estás loco, muchacho —repuso Papke cuando Jan fue a despedirse—; con nosotros estarás mejor que en ningún otro sitio. Esto es un oasis en medio del desierto. ¿Por qué no quieres quedarte aquí?

—Hice una promesa —dijo Jan.

Y después de comer guardó sus cosas en la mochila y se puso en camino. Tenía que marchar un buen tramo en la misma dirección, torcer luego a la derecha al llegar a un pueblo, seguir hacia la izquierda atravesando una vasta pradera y girar, después, de nuevo a la derecha, como Wolfart le había mostrado en el mapa.

## La tormenta negra

¡Por fin! Los cañones de la Séptima Batería debían de ser aquellos que había en la profunda cañada que discurría entre dos colinas. Jan los reconoció en la oscuridad. No había sido fácil dar con ellos, en el mapa todo parecía mucho más sencillo. Cada uno de los cuatro cañones estaba resguardado en un profundo agujero excavado en la pendiente a ambos lados del camino, pero de los camaradas no se veía ni rastro. Jan los llamó. Desde el extremo opuesto del sendero se acercó, caminando con gran parsimonia, un centinela. Era un hombre que Jan no conocía, con la nariz torcida y al que faltaban varios dientes.

—¿Dónde se han metido los demás? —inquirió Jan.

—Eh, un momento, primero: ¿quién eres y qué buscas? —le espetó el centinela.

—No hace falta ponerse así —razonó Jan; y se presentó—: Jan Kubitzki, alias Panie, Séptima Batería, Decimoséptimo Batallón.

En cuanto hubo acabado de pronunciar la última palabra, una gran sonrisa jocosa se dibujó en el rostro del centinela.

—¿Así que eres tú? ¡Haberlo dicho antes! Menudas peripecias las tuyas, golondrino, ahí es nada. ¡Claro, el Panie! ¡Si lo sabré yo! Aquí, el amigo Mostazo se pasa el día dale que dale con su querido Panie, ¡y con Flox! ¿No será éste de aquí, verdad? Pero que perrillo más simpático, ¿muerde?

—¿Y tú quién eres? —preguntó, impaciente, Jan.

—¿Yo? ¡Cómo que quién soy! ¡Me llamo Ziermann! —se enorgulleció el centinela—. Hannes Ziermann, de Renania, fresador de profesión para más señas.

Muy delicado no parecía el tal Ziermann, a quien además le faltaba el lóbulo de una oreja.

—A uno no le puede pasar ná estando tú aquí, ¿eh? —siguió parloteando—. Dicen que eres nuestro ángel de la guarda. El Hottenrot, ese boceras, decía esta misma mañana que...

—¿Hottenrot? ¿Dónde está? ¿Y Mostazo? ¿Y los demás? —lo interrumpió Jan.

—¿Cómo que dónde? ¡Dónde van a estar, pues ahí abajo! —respondió Ziermann—. ¡En el refugio! —dijo señalando una trinchera a la derecha del cuarto cañón.

Unos veinte peldaños excavados en aquella zanja descendían hasta perderse en la profundidad de la tierra. Jan bajó por ellos. Una bocanada de aire enrarecido salió a su encuentro, pero él continuó sin importarle demasiado. Allí abajo los camaradas permanecían sentados o tendidos sobre catres de madera. De un techo bajo sostenido por gruesas vigas colgaba una lámpara de petróleo que los había acompañado durante toda la campaña del Este.

El primero en quien Jan reparó fue en el gordo Dambach, que durante ese tiempo había adelgazado tanto como Rosenlöcher había predicho.

—¡Atención! —anunció el artillero—. ¡Su Excelencia el General Panie!

Al ponerse en pie de un salto, más de uno fue a dar contra el techo.

—¡Panie! ¡Panie! ¡Nuestro Panie! —decían todos mientras le estrechaban la mano y le palmeaban la espalda. Flox se ganó, incluso, unas sobras de salchicha.

Cordes agarró a Jan de los hombros:

—Muchacho, ¿pero de verdad eres tú? —su rostro, por lo común serio, reflejaba una alegría inusitada.

—Panie, mira, puedes ponerte cómodo aquí —lo llamó Mostazo al tiempo que hacía un revoltijo con sus cosas y las apartaba a un lado—. Éste es nuestro salón de invitados. ¿Dónde has dejado a Rosenlöcher?

Jan depositó su mochila en el suelo y les explicó lo que había ocurrido en el andén de la estación de Plauen.

—A ese animal le hubiera dado yo tal sopapo —exclamó Cordes furioso— que los dientes le habrían saltado del hocico marchando en columnas de a dos. ¿Y qué me habría pasado? Como mucho me habrían metido en la cárcel y, aun así, la cárcel habría sido mejor que estar aquí en el Oeste.

—No, si al final va a resultar que Rosenlöcher ha tenido suerte —añadió Hottenrot—. Es mejor un ataque al corazón que un obús; ya se lo diré cuando le escriba. Además, podría enviarnos algo de su tienda: café, salchichas... ¿Sabéis si tiene también tabaco?

Enseguida se acercaron algunos hombres desde los otros refugios. Al principio, picados por la curiosidad al oír lo que Ziermann acababa de contarles, acudieron los soldados que servían los dos primeros cañones, y

después llegó la tropa encargada de los carros de munición. Jan vio muchas caras nuevas, tantas como camaradas ausentes que habían muerto o estaban heridos.

Entonces, junto a los peldaños que bajaban hasta allí, Jan reconoció una inmensa barba negra sobre la que destacaban unos ojos nobles.

—¡Distelmann! —se alegró Jan, que se lanzó escaleras arriba—. ¿Qué tal va la herida?

—Puedes volver a darme un buen apretón de manos si quieres, aunque no me habría importado nada que hubiera tardado un poco más en curarse, ¡esta guerra se está haciendo eterna! ¡Hasta un muerto tendría tiempo de volver recuperar la salud! Ahora estoy en el octavo carro del convoy. Ah, te mando también un saludo de la pequeña Frieda, ¡tendrías que ver lo grande que está ya!

Jan relató nuevamente sus aventuras y, mientras, no paraban de hacerle preguntas. Sin embargo, para la más apremiante de todas, cuándo llegaría la paz, él no tenía respuesta. Cuando escucharon que, aquella mañana temprano, él había sido uno de los aviadores de reconocimiento y que los pilotos ingleses habían estado a punto de derribarlo, todos se sintieron enormemente orgullosos.

—¡Sólo nuestro Jan es capaz de hazañas así! —lo elogió Dambach.

Algunos de los nuevos, que también se habían fijado en el aparato durante el ataque, experimentaron un profundo respeto por el camarada Panie:

—¡Menudas travesuras las de este muchacho!

Luego sacaron *comed beef* asado —traído de las trincheras inglesas— y patatas salteadas, y Cordes, después de preparar algo de café, repartió todos los cigarrillos del paquete que había conseguido el día anterior.

—¡Hoy es un día para celebrar! ¡Hay que vivir y dejar vivir! ¡Toma, muchacho, fuma!

Pero Jan no tomó el cigarrillo. Cordes clavó sus ojos negros en él.

—Dombie, ¿verdad? —le preguntó a media voz. Jan asintió.

La tropa tomó entonces el relevo de la narración, pero no hubo demasiadas buenas noticias.

—¿Tenéis entonces que pasaros todo el día aquí dentro y andar agachados para no daros contra el techo? —quiso saber Jan.

—¿Y dónde íbamos a estar si no, muchacho? Sólo salimos cuando se da la orden: «¡A las armas!».

En ese momento empezaron a hablar todos a la vez:

—¡Tú no te imaginas lo que es esto! Aquí uno se convierte en un topo, y además hay ratas.

—¡Tú, Flox, puedes cazar todas las que quieras! Aunque las perdices saben mejor, ¿a que sí?

—Los roedores se tiran a por nosotros y nos muerden, a los vivos y a los muertos: al fin y al cabo no hay mucha diferencia.

—¡Válgame, tú no sabes lo que te espera, chico! Esta noche va a haber jaleo, nos van a dar aire denso del que todos sabemos: *shrapnel*. ¡Ya verás lo que se nos viene encima!

—¿No sabes quiénes son los que están al otro lado, junto a los *poilus*<sup>[11]</sup> franceses? Pues te lo voy a decir: ¡africanos, negros todos como el betún!

Entretanto, Cordes se había ajustado los correajes y había echado mano del fusil.

—Nos vemos luego, Panie, tengo que ir al puesto de observación —el muchacho quería acompañarlo—. No, mi querido Jan, tú te quedas aquí. Esto no es para niños ni para cachorros. Esto es diferente, el Oeste es harina de otro costal.

Pero Jan insistió:

—Tengo que saludar a Alert; Flox puede quedarse aquí.

Debían de ser las dos de la mañana. Un gran silencio se extendía por el territorio circundante. De tanto en tanto, mientras avanzaban por el fangoso y largo pasillo de una trinchera, un cohete luminoso arrojaba una luz tan intensa alrededor que parecía de día, aunque la profundidad de la zanja era tal que apenas podían ver el resplandor.

Cuando alcanzaron el final de la trinchera, tuvieron que salir para continuar por el campo de batalla. En aquel lugar, que seguía recibiendo el nombre de «campo», había un sinfín de cráteres, grandes y pequeños, abiertos por el impacto de los obuses. Cada vez que un cohete luminoso ascendía en el cielo, tenían que tirarse cuerpo a tierra o desaparecer en el interior de uno de aquellos agujeros, de lo contrario comenzaban a silbar las balas. Jan estaba absolutamente agotado, tropezaba en cada cráter y caía resbalando de uno en otro. Si hubiera sospechado que el paseo iba a consistir en aquel suplicio mortal, habría renunciado a él con gusto. Aún le temblaban las piernas de las acrobacias aéreas de la mañana. Era demasiado en un solo día para un muchacho que aún no había cumplido los quince años. Casi se le llenaron los ojos de lágrimas. Pensó en Sissi. Pensaba a menudo en ella, en aquel rostro claro, con su risa desbordante, y en cómo se había echado a llorar tan amargamente.

No llores, Sissi. No llores, Jan.

Por fin llegaron. El puesto de observación se encontraba detrás de un montículo de tierra, junto al extremo de un bosque del que apenas quedaba nada. Se veían tocones destrozados de los que se alzaban ramas partidas hacia el cielo nocturno como si fuesen fantasmas. Un frágil recubrimiento de vigas y tierra era lo único que protegía el puesto de observación contra las balas y la metralla de los proyectiles. Fuera no había ningún telémetro plegable ni ningún hombre observando. Quince escalones descendían hacia el refugio subterráneo. Allí abajo era donde estaban.

A Alert se le humedecieron los ojos al volver a ver al muchacho, pero hizo lo posible por que no se le notase y dijo solamente:

—¡Hola, desertor!

Y de inmediato compartió con él una tableta de chocolate.

Ru, que también se encontraba allí, tenía un aire extraño, ausente. Parecía a punto de tener una crisis nerviosa.

—¿Por qué no hay nadie arriba, en el puesto de observación? —preguntó Jan.

—Aquí no hay nada que observar por ahora —explicó Alert, que se alegraba de ver el interés que mostraba el muchacho—. Se lo debemos a los aviadores de esta mañana. Ha sido algo extraordinario, te lo aseguro. Imagínate, un aeroplano dos o tres mil metros por encima de nosotros que avista la colina veintitrés; abrimos fuego sin ver dónde caen los proyectiles: hay otras colinas delante y también un talud por donde corren las vías del ferrocarril. Disparamos a ciegas guiándonos por un mapa de la zona. Miro al cielo a través del telémetro y veo un parpadeo luminoso, un destello *breve*, que quiere decir, por supuesto, que el disparo era demasiado corto. Apuntamos cien metros más lejos. Una nueva señal, esta vez un destello *largo*: demasiado lejos. Reducimos cincuenta metros la trayectoria de disparo. Tres destellos seguidos: *largo, largo, breve*, y calculo veinticinco metros menos. Recibimos entonces dos destellos más: *breve, largo*: ¡perfecto!

—El último disparo cayó un poco a la derecha —puntualizó Jan.

Alert lo miró perplejo.

—¡Vaya! ¿Y cómo sabes tú eso, Panie?

—Porque yo también iba en el aeroplano —explicó Jan.

—¡Pero qué granuja! —se dirigió a Ru, que permanecía a su lado sin decir nada, con la mirada ausente—. Me deja contarle el terrible ataque de principio

a fin y se lo sabe incluso mejor que yo. Pero dime, ¿acertaron realmente los disparos?

—Así es, mi capitán.

—¿Y la distancia era también la correcta?

—Sí.

—Es algo muy, muy importante, Jan, porque en cualquier momento podrían atacarnos justamente desde allí, desde la colina. Pero dime, ¿qué...?

Un estruendo atroz retumbó con violencia por encima de la frase inacabada de Alert. Era como si cientos y cientos de monstruosos cañones hubiesen escupido sobre ellos todos sus proyectiles y quisiesen golpearles la cabeza con puños de acero en medio de aquel ruido atronador. Parecía que el mundo estuviese siendo arrasado por máquinas enloquecidas y hubiese empezado a desmoronarse.

—¡Horrible, horrible! ¡Esto es horrible! —balbució Ru—. ¡Los pobres soldados de infantería!

Nadie dijo nada. Fuera, el caos reinante era cada vez más ensordecedor.

—¡Esto es demencial! —exclamó Ru—. ¡Muerte, muerte sin sentido! ¡Esto ha dejado de ser una guerra, esto es...!

—¡Esto, desde luego, no es la paz! —se sobresaltó, furioso, Alert—. ¿Qué se ha creído, profesor? Esto es la guerra, ¡la guerra, sí! Y la guerra es muerte. ¿Oye cómo trabaja la fábrica de muerte del lado francés, con sus dos millones de empleados, a pleno rendimiento y sucursales en medio mundo?

Pero en ese instante ya no pudo entenderse nada más. En la fábrica se aplicaban al trabajo con saña y aquella labor industrial retumbaba por encima de sus cabezas con una crueldad y un estrépito cada vez mayores.

El ataque duró una hora, sesenta minutos en los que la producción de la factoría ascendió a ciento diez, ciento sesenta, ciento noventa muertos; cuatrocientos, ochocientos, mil doscientos mutilados por minuto. Y cada uno de ellos había estado alguna vez en el regazo de su madre, jugado sobre las rodillas de su padre, aprendido a leer, ido a la escuela, cantado canciones; cada uno había tenido un empleo, amigos, amores, anhelos...

Los soldados del puesto de observación permanecieron guarecidos en aquella caverna. Alert, Ru, Jan, Cordes, el telefonista Strauss, el telefonista Friedrich, todos se miraban como pasmados, con ojos insomnes.

De pronto se hizo el silencio en el exterior, un silencio sepulcral. De inmediato, Alert se lanzó escaleras arriba y salió del refugio. Los demás lo siguieron llevando el telémetro. Unos junto a otros se apiñaron dentro del

puesto de observación, cuya esquina izquierda, en la parte delantera, había sido arrancada por el impacto de un obús. El día despuntaba gris y sombrío.

Apenas habían montado el telémetro cuando el estruendo volvió a inundarlo todo. Esta vez procedía de la sección alemana de aquella fábrica de muerte. Ahora eran sus cañones los que imitaban a la artillería francesa y, rápidamente, igual que durante la hora que acababan de vivir, la producción industrial sumó miles y miles de cadáveres y lisiados: africanos, todos negros.

La sangre de estos hombres también era roja y ellos también habían recibido el amor de sus madres. Habían crecido, se habían hecho fuertes bajo el sol de su tierra, habían saboreado sus frutos —mandiocas, bananas, piñas— y habían vivido sin preocupaciones hasta ese momento. Aquellos hombres habían disfrutado del baile y la música, y muchos eran cristianos. ¿Qué hacían allí, en un continente extraño y frío? ¿Qué se les había perdido a ellos en aquella fábrica de muerte?

En ese instante, como azotados por látigos invisibles, aquellos gigantones embutidos en sus uniformes se lanzaron febrilmente al ataque en largas, compactas e incontables hileras, con los ojos desorbitados y las mandíbulas totalmente desencajadas en un último grito. Así, impulsados hacia delante con la intención de asolarlo todo a su paso, bramaban a cada cañonazo como si sus rugidos fuesen capaces de silenciar los ensordecedores disparos de la artillería.

Tactactactactactac, tactactactactactac, repiqueteaban las ametralladoras alemanas al disparar contra la tormenta negra que aullaba avanzando hacia ellos. Y a pesar de que cientos de cuerpos caían al suelo a cada instante, los que venían detrás no reparaban en la muerte. La creciente avalancha rugía a la carrera y dejaba atrás a los caídos. Como para acrecentar entonces su grito de guerra, los negros agarraron las granadas de mano que llevaban colgadas del cinturón y las arrojaron delante de ellos, a cuarenta o cincuenta metros. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

—Van a romper nuestras líneas —vociferó Alert y lanzó una mirada hacia uno de los lados.

Junto a ellos, en uno de los cráteres abiertos por los obuses, los alemanes montaban una ametralladora con la que, de inmediato, apuntaron a los que ya habían conseguido rebasar las primeras trincheras alemanas.

Cada vez más cerca, cada vez más alto se oía el bramido de aquellas salvajes y siniestras oleadas. Jan pudo entonces distinguir el blanco de los ojos en aquellos rostros negros. El miedo lo atenazaba. Tactactactactactac, empezó a disparar la ametralladora que acababan de montar a su lado. Delante

de él, los negros, con sus abrigos caquis flotando al viento, caían como la hierba bajo el movimiento de la guadaña.

Uno de aquellos gigantes, uno solo, cuyo abrigo ondeante lucía galones desconocidos en el cuello y los puños, siguió avanzando directamente hacia su posición, tomó impulso y lanzó con todas sus fuerzas una granada de mano. Después se desplomó. ¿Se dirigía aquel proyectil hacia ellos o hacia el puesto de la ametralladora? Jan no tuvo tiempo de pensarlo. En el brazo, un fuerte impacto. Todo se tornó oscuridad... Sentía cómo algo cálido le resbalaba hasta la mano y, entonces, el mundo se desvaneció.

Despertó por la tarde. Yacía en una cama: el brazo le pesaba y le dolía.

Al abrir los ojos, Cordes, pálido y con la frente vendada, sentado al borde del lecho, dijo con una sonrisa radiante:

—Buenos días, Jan. Aquí estamos de nuevo. Todo ha vuelto a salir bien, Panie.

## La calavera del sultán Makawa

Jan y Cordes llevaban ya cuatro días en el hospital alemán de campaña xxxiv A, situado en la escuela de niños del pueblo francés de Neuville. ¿Una escuela? ¿Qué sentido tenían ahora las escuelas? ¿De qué servía enseñar y aprender si a los muchachos de diecisiete años les daban un uniforme y los enviaban a la fábrica de muerte? En el hospital, uno podía sacar de las aulas los bancos y los grandes encerados, partirlos con tranquilidad a golpe de hacha y quemar la madera en la estufa. Allí en medio no hacían más que estorbar. En las habitaciones desocupadas se alineaban ahora, apretadas unas junto a otras, camas de metal, y unos pizarrines fijados a cada una de ellas informaban sobre la persona que las ocupaba. En el caso de los prisioneros aparecía el nombre y el país de origen; en el de los alemanes, el nombre, el rango y el batallón. En el de Jan ponía: «Jan Kubitzki. Soldado voluntario. Séptima Batería. Decimoséptimo Batallón».

—¿Soldado voluntario? Esto es nuevo —afirmó Jan después de leer el pizarrín.

—¡Baja la voz! ¿Qué debería haber puesto si no, que eres ruso? —refunfuñó Cordes—. Te llevarían a un campo de prisioneros, y estoy seguro de que a Alert no le haría ninguna gracia, y a Allenstetten tampoco. Ellos quieren hacerte alemán, ¿no lo sabías?

—No —se sorprendió Jan—, ¿se puede hacer algo así? —y tras decir esto se recostó en las almohadas. Aún se sentía bastante débil.

—Pues claro —afirmó Cordes—. Al fin y al cabo eres polaco, no ruso; y para el caso, lo mismo da que seas polaco ruso que polaco alemán, ¿o no?

Aquello era demasiado enrevesado para la fatigada cabeza de Jan, que cerró los ojos y consiguió dormir un poco.

El aula donde estaban era una estancia pintada de azul y bien aireada de la planta baja. Fuera, en el patio de la escuela, crecían moreras, y cuando abrían las ventanas podían oír el trino de los mirlos.

En el hospital de campaña, al igual que en la escuela, siempre había una persona encargada de la vigilancia. Aquella vez le había tocado a Cordes. En la sala había diecisiete camas y en cada una un herido. Todos eran prisioneros excepto el propio Cordes, Jan y Voss. Las camas de Cordes y de Jan se hallaban pegadas a las dos pilastras que había junto a los tres ventanales que tenía la habitación, y la de Voss, otro artillero de la Séptima Batería, se encontraba a la izquierda de la de Cordes, en diagonal junto a una de las ventanas. Allí se estaba bien, tenían cerca el cielo y podían disfrutar del canto de los pájaros y del aire fresco.

En las cinco camas que había junto a la pared opuesta yacían cinco soldados negros. Los cánticos que entonaban a coro algunas tardes sonaban extrañamente evocadores: unas veces parecían un lamento solemne; otras, un frenesí violento con el que quisiesen romper unos grilletes invisibles. Uno de aquellos hombres había recuperado, de entre el montón de leña apilado junto a la estufa, el asiento despiezado de uno de los bancos de escuela. Con él tallaba figuritas semejantes a duendes de grandes cabezas, ojos saltones y sombreros con forma de torreón. El negro le dio a Jan una de sus piezas como regalo, las demás eran para vender. A esto le ayudó su vecino, un hombre que respondía al nombre de Ma-Ka y que hablaba francés. Ma-Ka había pasado algunos años en París tocando el violín en una orquesta. Era una pena que no tuviese uno allí.

Al entrar en la sala de los heridos, las camas de los negros quedaban a la izquierda de la puerta por la que, en otro tiempo, solía entrar el profesor; por allí sólo cruzaban ahora las enfermeras, el doctor, o Kaspar Ender, el rechoncho suboficial médico. En el rincón del fondo, junto a la misma pared del lado izquierdo había cuatro heridos franceses. Tres de ellos tenían fiebre alta y gemían de continuo. Habían sufrido graves heridas internas y no les estaba permitido comer ni beber. Uno de ellos, un campesino de Bretaña, había muerto con una terrible agonía aquella misma mañana temprano. Hacía poco que lo habían sacado de la sala y en ese momento estaban poniendo sábanas limpias en su cama. Otros dos, procedentes ambos de la misma comarca, tenían también pocas posibilidades de sobrevivir. El médico en jefe, el doctor Willi Bohnsack, acudía diariamente a comprobar en qué estado se encontraban y se marchaba siempre moviendo la cabeza con expresión seria. Todos sabían lo que aquello significaba.

El cuarto francés era un hombre apuesto, fuerte, de ojos oscuros y vivaces, bigote fino y pelo negro azabache. No tenía más que una herida de poca importancia en el cuello, lo que había sido una suerte, pues la bala que le

había rozado habría podido acertarle en la arteria. Este hombre hablaba a menudo del viñedo que tenía en su hogar, Ventrón, un pueblecito de Alsacia junto a la frontera alemana. Su viñedo era lo único que le preocupaba y era imposible saber si le tenía más miedo a la filoxera o al ejército. ¡Ay, si la plaga llegase a atacar sus viñas..., *oh, mon Dieu!* Dominaba, además, el alemán, pues Ventrón, el pueblo donde vivía, no distaba ni dos pasos de Gross-Ventron, que pertenecía ya a Alemania. El alsaciano era un hombre con un corazón de oro, solía barrer la sala cada día y si alguien le pedía alguna cosa, él se la proporcionaba. Bebía los vientos por la enfermera Veronika, una muchachita jovencísima de pelo rubio ceniza a la que no paraba de decir que se casaría con ella después de la guerra. Jan y él se habían hecho amigos casi enseguida y desde el segundo día habían sido como uña y carne. Como el alsaciano se llamaba Paul, Paul Fleury, todo el mundo los conocía como Jean Paul. El artillero Voss, un encuadernador de Leipzig, era quien había tenido la ocurrencia de empezar a llamarlos así.

A la derecha de la puerta de entrada había dos ingleses: Tommy Smith y Tommy Thomson —pues *Tommy* era el nombre que los alemanes daban a los soldados ingleses; los franceses eran los *poilus* y ellos se llamaban a sí mismos *landser*<sup>[12]</sup>—. Tommy Thomson y Tommy Smith, a quienes no se les caía la pipa de la boca ni un momento, hablaban una jergonza que nadie entendía.

—Es como si estuviesen masticando una suela vieja de zapato —se burló Voss.

¡Caramba, hay que ver qué enfado se agarró el tal Smith! Aquello lo había entendido perfectamente; de hecho, como quedó patente en aquella ocasión, comprendía muy bien el alemán. Su abuelo había emigrado en 1848 de Berlín a Inglaterra y se había cambiado el apellido alemán, Schmitt, por el correspondiente inglés. Su nieto se encontraba nuevamente entre alemanes y recordaba incluso un poema que, siendo niño, había aprendido de su abuela. Cuando la enfermera Veronika se acercó a su cama para cambiarle la venda, recitó:

—*Vagaba por el bosque sin rumbo y sin objeto*<sup>[13]</sup>... La enfermera apartó la vista. «Pobre Tommy», pensó, «no podrá volver a pasear solo por el bosque». La herida de bala que había recibido en el muslo no tenía buen aspecto y seguramente habría que amputarle la pierna al día siguiente. Él aún no sabía nada.

Su camarada, Tommy Thomson, había corrido mejor suerte: la bala le había atravesado los dos carrillos sin rozarle siquiera ni la lengua ni los

dientes.

—¿Cómo fue? —le preguntó Veronika cuando le trajo unas aspirinas—. Seguro que estaba usted gritando cuando le dieron.

—De eso nada, estaba bostezando —dijo Tommy Thomson.

Thomson era escocés, su uniforme estaba colgado junto a la cama y, como aquél era el primer día que los médicos le permitían caminar, en cuanto se levantó, se lo puso. Incluso los *poilus* franceses, tan débiles como estaban, no pudieron menos que sonreír al ver a aquel gigantón rubio y desgarbado ataviado con una faldita corta de muchos colores y unas medias de lana hasta la rodilla que le dejaban las piernas al aire.

—¡Una indumentaria así es la que nos hacía falta a los prusianos! —bromeó Voss.

Y Cordes, dirigiéndose a Jan, continuó la chanza:

—¿Te imaginas a Dambach con ese traje?

—O a Ziermann —rió Jan—. ¡O al Chivo!

Tommy Thomson salió por la puerta visiblemente ofendido.

Junto a la pared del lado opuesto a la entrada había tres soldados belgas. El primero se llamaba Emile Albert y era un hombre adinerado, gerente de una de las más antiguas tiendas de paños de Bruselas y propietario de varios inmuebles, que hablaba a la perfección inglés, alemán y francés. Le habían amputado la pierna izquierda por debajo de la rodilla en cuanto ingresó en el hospital de campaña, y ahora, a pesar de todo su dinero y de sus hermosos edificios, no era más que un pobre hombre.

A su lado yacía Jacques Piermont, un relojero de Brujas de naturaleza tan delicada como los minúsculos engranajes de un reloj de señora. Un trozo de metralla había perforado aquel sensible mecanismo de precisión y lo había arruinado por completo. No había más que mirar un momento a Jacques para darse cuenta del pésimo estado en que se encontraba. Su rostro aniñado se había contraído en una constante mueca de dolor y sus ojos estaban hinchados de tanto llorar. Jacques era un joven temeroso de Dios, y cuando las conversaciones y el griterío de los demás heridos inundaban de extremo a extremo la sala, él juntaba las manos y rezaba, rezaba hasta que el dolor le arrancaba las oraciones de los labios y sus manos se aferraban en agónicos espasmos a la colcha de la cama.

La enfermera Veronika se acercaba entonces a él y le ponía nuevamente una inyección. Esto se repetía cada dos horas, pues de lo contrario, el belga no era capaz de soportar el dolor. Al menos, después de cada pinchazo podía dormir un poco.

El tercero se llamaba Offenbach —sí, igual que en alemán: Offenbach— y era un flamenco particularmente chistoso, originario de Beveren, un pueblecito próximo a Amberes. Bajo el fuego de las ametralladoras alemanas, una bala perdida le había atravesado la clavícula derecha, algo de lo que él se sentía inmensamente orgulloso.

—He sufrido, por suerte, la más excelsa de las heridas. Todo jinete que se precie se rompe alguna vez el noble hueso de la clavícula y gracias a esto me encuentro ahora en tan distinguida compañía.

El flamenco, que siempre tenía algún comentario chusco a punto, era artista, concretamente pintor, y dibujaba con pasión todo lo que veían sus ojos; le gustaba sobre todo dibujar a los negros. Retrató también a Jan, dos veces: una vez dormido y una despierto. Justo ahora se hallaba retratando a la enfermera Veronika, pues Fleury le había prometido tres marcos por el dibujo.

—*¡Nom d'un chien!* —maldijo Offenbach— ¡En cuanto acabe esta asquerosa guerra, me compraré un carromato como ésos que llevan los gitanos, recorreré con él todos los países y, a cambio de unas pocas monedas, pintaré a todo el mundo sin importarme su aspecto ni nación! Así la gente, incluso después de muerta, podrá seguir dando fastidio a sus hijos y nietos. Será un negocio redondo. Como nadie muere por gusto, sólo tendré que decirles que los voy a «inmortalizar» y ellos caerán en la trampa y se dejarán «inmortalizar» por algo de dinerito. Colgaré un cartel en el frontal de mi carromato que diga: «Centro de inmortalización». *¡Ça c'est pas mal, messieurs!* ¡Algo único, damas y caballeros, pasen y vean!

En ese instante, la enfermera Veronika le prohibió que siguiese dando voces. El pequeño relojero belga acababa de lanzar un horrible gemido mientras dormía.

Tommy Thomson regresó a la habitación. En su ronda por el edificio de la escuela había encontrado un trozo de periódico y quería leerlo.

—¿Alguna noticia de paz? —quiso saber Cordes.

El comerciante de paños tradujo la pregunta. El escocés negó con la cabeza y empezó a quitarse el uniforme. El paseo había mermado algo sus fuerzas y en todas partes su atuendo había levantado comentarios burlones.

—Ésa tendría que ser la reacción ante todos los uniformes —sentenció Cordes.

—¿Hasta cuánto va a durar esta guerra miserable? —dijo el pintor.

—¿Hasta cuándo? —repitió Paul con su acento francés—. ¡Hasta que consigan echar a los alemanes de nuestro país y de mi viñedo!

—Pues habrá que esperar eternamente —le replicó el encuadernador Voss—. Los alemanes no cederán jamás, ¡y no se irán voluntariamente!

—Pues entonces se irán por la fuerza —afirmó Fleury—. Quien a hierro mata, a hierro muere, está escrito en la Biblia.

—¿Qué insinúas? —estalló en ira el alemán—. ¿Acaso hemos empezado nosotros esta guerra, eh?

—Pues, ¿quién si no? ¿Eh, quién? —repuso Smith en su pintoresco alemán sin quitarse la pipa de la boca.

—Eso, dígame, ¿quién? —bramó el alsaciano enojado—. ¡Habéis atacado nuestro país!

—¡Y el nuestro! —intervino el belga.

—¿Cómo? ¿Que nosotros os hemos atacado? ¡Eso es ridículo! —exclamó el encuadernador—. Fueron los rusos los que nos atacaron a nosotros, ¿y por qué? ¡Porque estaban seguros de que vosotros, los franceses y los ingleses, os pondríais de su lado!

—¡*Pardon, monsieur*, pero yo no quise esta guerra!

«¡Ni yo!». «¡Yo tampoco!». «¡*Moi non plus!*!». «¡*Nor I!*!», gritaron todos con gran desconcierto.

—Y yo menos que nadie —declaró Offenbach—. No hay nada más aburrido que pasar todo el tiempo dibujando solamente uniformes.

—Offenbach, no digas tonterías —lo reprendió Voss—. Para mí esto es una cosa muy seria. ¿O es que os creéis que de no ser así, habría venido yo a luchar al frente?

—¿*Pour quoi* has venido entonces a luchar? —preguntó el alsaciano con sarcasmo.

—¿Por qué? ¡Por una buena razón!

—Una buena razón es una razón buena —dijo graciosamente Offenbach.

—Offenbach, deja de decir idioteces —repitió Voss—. Yo sé bien la razón por la que lucho: «¡Con Dios, por el Rey y la Patria!»<sup>[14]</sup>.

—No vino Dios cuando nos atacasteis e invadisteis mi patria —intervino el comerciante de paños.

—¡Fue en legítima defensa! —replicó Voss—. ¡Es lo que se hace cuando uno es atacado! ¡Y eso fue lo que hicisteis vosotros: atacarnos!

—¡De eso nada, fuisteis vosotros! ¡Vosotros nos atacasteis! —exclamaron belgas y franceses. ¡Por eso tuvimos que defendernos!

—¡No, fuimos nosotros los que tuvimos que defendernos! —gritó Voss tratando de acallar a los demás—. Rodearnos, eso es lo que habéis hecho, ¡nos habéis rodeado! Yo os voy a decir por qué habéis venido a luchar: ¡por

envidia!, sí señor, envidia de nuestro talento y celos que tenéis de nuestra magnífica flota.

—¡Eso es mentira! —respondió con un bramido el comerciante de Bruselas—. Luchamos por la liberación de nuestro país. ¿Quién ha arrasado nuestra ciudad de Lovaina, matado a civiles inocentes y fusilado a cientos de personas?

—*¡Liberté, égalité, fraternité!* —exclamó febrilmente, desde un rincón, un francés herido en el abdomen.

—¿Sabe usted qué significan esas palabras? —lo increpó el ciudadano belga, propietario de varios inmuebles—: libertad, igualdad, fraternidad. ¡Eso significan! ¡Y eso es por lo que nosotros y nuestros aliados luchamos: hay que liberar mar y tierra de la barbarie alemana!

—¿Vuestros aliados? ¿Los rusos? ¡Pero si los bárbaros son ellos! ¡Debería daros vergüenza! —se indignó Voss—. Por la cultura alemana, el más sagrado de los bienes de la humanidad, es por lo que luchamos nosotros, ¡sí, únicamente nosotros y nuestros hermanos aliados de Austria-Hungría!

—¡Pues vaya hermanos simpáticos tenéis! —se mofó el alsaciano—. Pues precisamente a ellos les...

Justo cuando pronunciaba estas palabras, entró en la sala el suboficial médico Kaspar Ender.

—¡Silencio! —les ordenó, pero ninguno de aquellos gallos de pelea le prestó la más mínima atención.

Entonces el alsaciano, que había atravesado la estancia y se había llegado hasta la cama del encuadernador Voss, lleno de agitación, dijo con voz temblorosa:

—¿Quién sabe por qué tuvieron que matar a ese archiduque austriaco? ¡Todo este lío empezó cuando lo asesinaron!

Cordes intervino:

—¿Y por qué nos asesinan a nosotros?

Fleury continuó sin hacerle ningún caso:

—Si les hubieseis dicho a vuestros hermanos aliados que dejasen en paz a los serbios, yo estaría hoy sentado en mi viña; pero no, tuvisteis que darles la razón, y luego esa ruina de gobierno que tenéis...

—¿Cómo se atreve a decir algo así? —empezó a despotricar el suboficial Kaspar Ender.

El sanitario había nacido en Viena hacía veinticinco años y, a pesar de haber obtenido la nacionalidad alemana a los veintiuno, seguía llevando su

ciudad natal en el corazón. Nadie tenía derecho a insultar a su querida Austria.

—¡Que os quede claro lo que voy a decir! —gritó por encima de aquel alboroto al tiempo que daba un puñetazo en la mesa que había en el centro de la estancia—. ¡Nosotros los austríacos luchamos por un ideal, ¡si es que esa palabra le dice algo a unos tarambanas como vosotros! Sabed que en Austria, hasta la persona más humilde sabe lo que eso significa y lo canta en sus canciones...

—*Feliz es en la vida quien, lo que no tiene ya remedio, olvida*<sup>[15]</sup>... —tarareó Offenbach.

—¡Y usted, punto en boca! —le mandó callar el austríaco—. El sentimiento que nosotros tenemos en Austria lo expresó un compatriota en los primeros días de la guerra con unos versos que aún recuerdo:

*Si yo a orillas del Danubio fallezco  
y dos cuervos anidan a mi lado,  
o si es que en suelo polaco perezco...  
no tendré pena, seré afortunado,  
pues ganaré la gloria que merezco,  
viendo alzar nuestra bandera en Belgrado.*

—Hermoso poema, mi cabo —lo felicitó Cordes—, no se le puede reprochar ni una coma. ¿Ha estado alguna vez en Belgrado? —le preguntó a Ender, que respondió negativamente—. Bueno, seguramente no pueda ir usted en toda su vida, pero dígame, sea sincero, ¿qué le importa a usted la bandera que ondee en un lugar tan intrascendente como ése? ¿No cree que deberían ser los mismos habitantes de Belgrado los que decidiesen algo así? Cada pueblo debería poder decidir con qué estandarte se identifica y bajo qué bandera quiere vivir.

—*Très bien* —aplaudió el alsaciano—. Nosotros en Alsacia y Lorena, del lado francés y alemán, llevamos mucho tiempo queriendo ser libres, ¡totalmente libres!

—¡Qué más quisierais! —contestó Voss—. Alsacia es un estado esencial de Alemania.

—Pues mi nombre es *Fleury, monsieur* y soy de *Vernon* —le replicó el francés.

—Entonces que los ingleses den primero la libertad a los bóeres —afirmó Voss— y a los irlandeses, a los indios, a los egipcios ya...

—Y vosotros, alemanes y austríacos —añadió Albert—: a los polacos, a los daneses, a los bohemios ya...

En un abrir y cerrar de ojos todos gritaban nuevamente a voz en cuello. Los hombres habían saltado de sus camas en ropa interior y habían formado tal algarabía de idiomas y acentos que ya nadie podía oírse a sí mismo. Y como nadie lograba convencer a nadie de nada, cada uno intentaba gritar más alto que el resto, hasta que finalmente Cordes subió de un salto a la mesa y rugió:

—¡Silencio! ¡Siileeenciooooo! ¿Queréis callaros de una vez? ¿Es que os habéis vuelto locos? Todos estáis aquí, unos y otros, para reponeros de vuestras heridas, tenéis los mismos dolores, la misma fiebre y aun así gritáis como fueseis a devoraros entre vosotros. ¡Sois todos unos necios, eso es lo que sois! ¿Qué hablas tú de ideal? Aquí el único ideal que hay es el de la paz. El ideal que os obsesiona es como la calavera del sultán Makawa... No tenéis otra cosa en la cabeza más que a Makawa, así que no...

Pero en ese momento dejó de entenderse lo que decía. El escándalo que se desencadenó fue mucho mayor que el anterior. En esta ocasión, sin embargo, provenía del rincón donde se encontraban los negros, que hasta hacía un momento habían permanecido callados contemplando con una sardónica sonrisa la riña de los blancos. Ahora estaban totalmente fuera de sí. Nadie comprendía su jerga y de aquel batiburrillo estridente lo único que se oía una y otra vez era: ¡Makawa! ¡Makawa!

Ma-Ka, el violinista, que se había deslizado hasta la puerta, regresaba acompañado por otro negro. ¡Cielos, a éste Jan lo había visto en alguna parte! ¡Claro, era el gigantón que los había herido a él y a Cordes con una granada de mano! ¡Dios santo, el hombre era un verdadero coloso, apenas cabía por la puerta!

Tenía toda la frente rodeada por una venda blanca a través de la que despuntaba el pelo negro y ensortijado de su descomunal cabeza. Una cicatriz de la anchura de un dedo le recorría el rostro. Ma-Ka, que a su lado parecía casi un enano, manoteaba en el aire mientras las palabras le salían a borbotones:

—Sargento *monsieur* Kru-Kru... Sargento *monsieur* Kru-Kru..., kss, kss...

El negro siguió emitiendo sonidos guturales e incomprensibles y, finalmente, al tiempo que blandía el puño, gesticuló con ira enseñando los dientes. Aquellos gestos de amenaza parecían ir dirigidos contra Cordes.

Mientras tanto, más y más negros procedentes de otras aulas fueron agrupándose detrás de sus dos camaradas. Empujados poco a poco por los que iban llegando, Kru-Kru y Ma-Ka se acercaban a la mesa sobre la que Cordes

—con la frente igualmente vendada, como su rival— seguía subido. En el rincón que había tras él, Offenbach dibujaba como un loco. Tenía ante sí una escena escalofriante: la masa negra y compacta marchaba imparable hacia ellos; sin embargo, el cuadro se hacía aún más horrible al advertir las heridas de aquellos hombres que caminaban apoyados en bastones y muletas agitando las manos con gesto desafiante. Sus rostros expresaban una furia tan visceral que, con tan sólo mirarlos, uno se sentía dominado por el miedo.

—¡Volved a vuestras habitaciones! —les ordenó Ender—. ¡Media vuelta, ar!

Pero ellos permanecieron allí, imperturbables como un muro, observando fijamente a Cordes, que únicamente acertó a decir:

—¿Qué queréis de mí, banda de...? ¿*Qué voulez-vous*?

Kru-Kru pronunció algunas frases que sonaron como una respuesta. Ma-Ka las repitió en francés, Emile Albert, por su parte, las tradujo para los ingleses y el alsaciano las formuló en alemán.

—Hombre blanco —eran las palabras del sargento negro—, ¡devuélvenos la calavera sagrada de nuestro gran rey, Makawa! Los hombres blancos la robaron a nuestros padres. Los hombres blancos han prometido a nuestros jefes y hechiceros que podremos recuperarla luchando contra los alemanes.

—¿De qué hombres blancos habla? —balbucieron los europeos, cada uno en su idioma—. ¿Qué calavera? ¿Dónde creen que está? ¿Qué significa todo esto?

Pero Cordes se limitó a bajar de la mesa, acercarse al jefe de los negros e indicarle que tomase asiento en la cama. Con semblante serio ofreció también a los demás asiento, cigarrillos, fuego... Y entonces comenzó a hablar, aunque no sin antes haber pedido a Albert y a Ma-Ka que tradujesen sus palabras con la mayor precisión posible:

—Sabed, hombres negros, que creo en cada cosa que habéis dicho por boca de vuestro sargento, Kru-Kru. Es cierto, creo que os han prometido la calavera de vuestro rey Makawa como recompensa por la sangre que vosotros y vuestros buenos y valientes hermanos derramáis en los campos de batalla de Europa. Yo estuve en África, amo vuestra tierra y os digo: también a mí y a ése hombre blanco, mi hermano —afirmó señalando a Voss—, y a ése de ahí y a ése y a ése, a todos los que estamos aquí, nos han prometido, como recompensa por nuestro sufrimiento y nuestra sangre, la calavera del sultán Makawa. Es sólo que le han dado otro nombre. No lo han llamado «Makawa», sino «libertad», «patria», «justicia». A uno le dijeron: «Belgrado»; a otro: «Revancha»; y a otro: «Padrecito Zar». No dijeron que

nos devolverían la calavera de Makawa, sino la cultura, la civilización, la humanidad. Llegaron, incluso, a decir: «Paz gloriosa». Pero es todo lo mismo. Y ninguno de nosotros ha encontrado en los campos de batalla nada de lo que nos habían prometido, ni cultura, ni civilización, ni humanidad, del mismo modo que vosotros, hombres negros, mis hermanos, tampoco habéis recuperado la calavera de vuestro honorable rey. Si yo tuviera vuestra reliquia sagrada, os la daría; pero la única calavera que tengo es esta que llevo sobre los hombros —y se llevó las manos a la cabeza— y ni siquiera sé cuánto tiempo me la dejarán en su sitio. Jamás he visto la calavera de vuestro rey y no puedo daros absolutamente nada, como tampoco vosotros podéis darme a mí la cultura alemana, ni la revancha al soldado francés fallecido, ni a los ingleses la libertad de los mares que desean, ni al sanitario Ender una bandera que ondee sobre Belgrado, ni a Emile Albert, al que han amputado una pierna, la neutralidad de Bélgica. Todos, negros y blancos, hemos ido a luchar motivados por una quimera, cada uno la suya, y nuestras anheladas quimeras han quedado desdibujadas por la sangre vertida en el campo de batalla. *Monsieur* sargento Kru-Kru, *monsieur* Ma-Ka, denme la mano...

En ese mismo instante, el pequeño relojero de Brujas de rostro aniñado, Jacques Piermont, se incorporó en la cama, clavó la vista en el círculo de hombres negros y blancos y, mientras en sus ojos febriles brillaba un extraño fulgor, dijo con voz infantil:

—Que la paz del Señor sea con vosotros. Amén —y se hundió, sin vida ya, entre las sábanas.

Y todos los que hacía un instante se habían dejado arrastrar por la ira rodearon el lecho del muerto y enmudecieron.

## Siéntese, Kubitzki

Mientras esto ocurría en el hospital de campaña XXXIV A, en un gran despacho del cuartel general situado algunas millas tras la línea del frente, el comandante supremo del Ejército alemán permanecía sentado en una poltrona de piel, cuyos brazos, labrados en madera igual que el gran respaldo, acababan rematados por sendas cabezas de león. Aquel supremo señor de la guerra deseaba que todo cuanto lo rodeaba expresase la excelencia de la victoria en el campo de batalla y la grandeza de la casa real que él encarnaba. El león era, a su parecer, el animal más apropiado para ello, pues es el rey del desierto.

La estancia entera estaba repleta de animales asociados a la realeza y de objetos que simbolizaban la gloria del vencedor. La reina de las alturas, el águila, se erguía majestuosa sobre el borde de un cenicero, en una reproducción en metal. La serpiente, reina de la astucia, era una pieza esculpida en madera que sostenía la lámpara; y las cuatro patas del escritorio eran cuatro buitres hermosamente lustrados. En la pared colgaban la piel y la cabeza de un oso. En un lápiz aparecía la imagen de una corona, y también una corona era lo que se veía en cada uno de los cigarrillos confeccionados expresamente para el comandante supremo del ejército alemán, unos cigarrillos mucho más largos que los del común de los mortales.

Junto al Káiser se encontraba, con la pose del más humilde de sus súbditos y ataviado con una guerrera negra, un hombre alto y de más edad que él. Éste sujetaba un cartapacio de piel en cuyo interior había carpetas que contenían, a su vez, documentos. En una de las carpetas, el encabezado decía: «Instancia referente al joven polaco Jan Kubitzki». Dentro se hallaba la solicitud que Allenstetten había redactado en el tren la tarde de Nochebuena; junto a ésta había, además, una gran cantidad de documentos diversos que también trataban de Jan y que abundaban en detalles sobre él. Cada uno de los secretarios de los numerosos despachos oficiales por los que la instancia había circulado durante dos meses y medio había contribuido, motu proprio, a

hinchar el volumen de la carpeta con un sinfín de comentarios superfluos. Y aquello no había sido más que el principio, pues ésta acabaría abultando aún más.

En cuanto la gruesa carpeta llegó al escritorio del comandante supremo del Ejército alemán, dio comienzo una actividad en la que el desenlace de la guerra y la felicidad de toda la humanidad parecían depender de aquel legajo. Hubo telegramas y llamadas de teléfono, se convocaron y se suspendieron audiencias, y las órdenes dadas desde las más altas instancias se hicieron cada vez más enrevesadas a medida que descendían el escalafón burocrático. Únicamente Jan, por quien tanto alboroto se había formado, permanecía ajeno por completo al asunto.

En el frente, las fábricas de muerte de alemanes, franceses y belgas volvían a funcionar a pleno rendimiento y los hospitales de campaña tenían que hacer sitio para las nuevas remesas de heridos.

Todos tuvieron que marcharse: negros y blancos, alsacianos y escoceses, valones y flamencos, *poilus* y *tommys*, el británico cuyos abuelos habían emigrado desde Alemania y el belga de nombre alemán. Algunos marcharon cojeando, apoyados en muletas y bastones; otros partieron transportados en camillas. Quienes no tenían nacionalidad alemana fueron internados bajo vigilancia en un hospital o confinados en un campo de prisioneros.

Los hermosos días de Neuville —pues lo fueron a pesar de los dolores y la fiebre, el hedor y las riñas— tocaron a su fin. Los dieciséis hombres que habían permanecido en el aula azul de la escuela rural habían vivido juntos algo importante: sentían que algo nuevo había nacido en su interior y que jamás desaparecería.

Cuando Jan, aún con el brazo en cabestrillo, volvió a salir a la calle, acababa de caer una ligera llovizna. En el cielo se veían algunas nubes blancas a través de las que brillaba de nuevo el sol. La atmósfera tenía un matiz plateado y este brillo delicado se reflejaba en todas partes: en los rojos tejados que aún estaban húmedos, en el pavimento encharcado, en el renovado follaje de los árboles y en las malas hierbas que crecían con vigor en el jardín de la escuela.

Frente al edificio principal, una callejuela estrecha bajaba hasta un arroyo. En la orilla se hacía la colada y en la margen opuesta se erguían altos álamos y abedules, igual que en casa, junto al Ravka. Por un puente estrecho, un puente como el de Kopchovka, podía llegarse hasta el otro lado; y por encima

de los álamos, los abedules, el río y el puente, reinaba el mismo perfume delicado y sutil que antaño le había hecho caminar, igual que ahora, entregado a sus ensoñaciones. Todo era paz alrededor.

Sin embargo, un sordo retumbar de estallidos y detonaciones, como un eco profundo y constante producido por truenos lejanos, se abrió paso entre sus fantasías y lo devolvió a la realidad, advirtiéndole de nuevo: «¡Desconfía de esta paz!». ¡Ay, le habría gustado tanto poder confiar en ella! ¡Le habría gustado tanto cruzar el puente con Flox y correr con él por las praderas que ya empezaban a florecer!

Pero Flox no estaba allí. ¿Dónde estaría ahora? ¿Seguiría en el oscuro refugio subterráneo que había junto a la estrecha vereda entre los dos cerros? ¡Pobre animal, acostumbrado al aire fresco, a la luz, a correr en libertad, a estar con su amo! ¡Y que se encontrase privado de todo aquello!

En la sala de profesores de la escuela, que ahora servía como oficina de registro del hospital, Jan recibió la noticia de que la Séptima Batería no había abandonado su posición. El pueblo donde permanecía acantonado el grueso de la tropa no estaba lejos del allí, y para que el muchacho no errase el camino se lo dibujaron en un papel. Le informaron también de que el comandante de la batería había enviado un mensaje donde lo conminaba a regresar en cuanto mejorase su estado de salud. Al llegar allí le harían saber la razón. Voss y Cordes recibieron unos días de descanso.

—¡Adiós, Cordes!

—¡Adiós, Panie! ¡Da saludos! ¡Y cuida ese brazo! ¡Ah, y saluda también a Flox!

El acantonamiento de la Séptima Batería se encontraba en la retaguardia, a una hora de la cañada donde seguían emplazadas las piezas de artillería. A Jan no le fue difícil dar con el lugar, sólo tuvo que seguir el eco que le llegaba de los combates, pues podía distinguirlo con mayor claridad a medida que se aproximaba al frente. Enseguida entró en un pueblo situado al pie de un cerro cubierto de viñas y coronado por una hermosa casa solariega ante la que se alzaban unos imponentes magnolios en flor. El pueblecito no tendría más de un centenar de casas, de las cuales más de la mitad habían quedado destruidas. Aquél era el lugar donde descansaba la Séptima Batería.

A la entrada del pueblo, delante de un establo, estaban sentados el conductor Müller, Uhi y Podlesch, el soldado con el rostro picado de viruela. Los tres, que pelaban patatas para el rancho, se sorprendieron mucho al ver llegar a Jan.

—¿Es que no has tenido suficiente? —exclamó Müller—. Ahí delante siguen dando aire denso, ¿no oyes las explosiones?

Jan oía cómo a lo lejos estallaban los proyectiles *shrapnel*.

—Y Flox, ¿sigue en el refugio? —preguntó.

Los tres se encogieron de hombros.

—Pregunta a los garañones esos que hay en el puesto de control.

El puesto de control estaba justo al lado y los garañones eran el cabo Schulz, que sufría gastritis y estreñimiento y por eso tenía que tomar constantemente un polvo blanco en grandes cantidades, y Micke, un reservista apacible y espabilado que se dedicaba a la apicultura.

—¡Viva, ha llegado nuestro héroe nacional! —se sobresaltó Schulz y derramó los polvos de bismuto que, con la punta de un cuchillo, estaba a punto de llevarse a la boca—. Tienes que presentarte inmediatamente ante el sargento y después ante el comandante de la batería, ¡así que, ea, andando!

—¿Dónde está el Cabo Caniche? —inquirió Jan.

—¡Ay, el pobre animal no puede moverse! —le explicó Micke—. Lleva todo el tiempo debajo del carro de provisiones, allí, al final de la calle a la izquierda —dijo, señalando por la ventana— ¡Pero antes ve a la segunda casa que hay a la derecha, la de la verja, y preséntate ante el sargento!

Jan no lo escuchaba, sólo pensaba en Flox. El muchacho corrió calle abajo hasta el parque de carros y encontró al perro sobre un haz de paja bajo el carro de provisiones. Cuando el animal lo reconoció, intentó ir hacia él meneando la cola. Daba mucha lástima. Le ardía el hocico, tenía los ojos turbios y estaba cubierto de sangre reseca y suciedad. En la pata trasera se veía una herida infectada que no tenía buen aspecto.

Ziermann, el fresador originario de Renania, y Schlenska, un mecánico berlinés, se acercaron desde la fragua de campaña para saludar a Jan.

—El pobre perrillo —se lamentó Ziermann— no come ná. ¡Y casi ni bebe! Para mí que la va a palmar pronto.

—Pero ¿qué le habéis hecho? —lo increpó Jan, preso de la angustia.

—¿Quién? ¿Nosotros? Nosotros no le hemos hecho ná —se defendió el renano, y el berlinés añadió—: ¡Ya quisiera yo saber de qué nos sirve tener aquí tres veterinarios! ¡Bien que se las dan luego de oficiales, pero el pobre animal les importa un comino!

—He sido yo quien ha cuidao del perrillo —se justificó el fresador y continuó explicándose—: En cuanto te marchaste al puesto de observación fue imposible tenerlo quieto, imagínate. Y justo en el momento en que tuve que salir, pegó un brinco y se vino detrás. Fue visto y no visto. Cuando quise

darme cuenta ya no estaba. ¿Y qué iba a hacer yo? Este perrillo tiene su genio y no hace caso. Se fue a buscarte, aunque no llegó muy lejos en medio del mortífero bombardeo que nos cayó encima. El centinela que me relevó le oyó ladrar y gemir y yo qué sé qué más. Lo metió dentro y le sacamos la bala y luego nos lo trajimos para acá. ¡Ya ves, aquí mejor que en el refugio, que si no, pronto se lo habrían zampado las ratas!

—¡Flox, pobre Flox! ¿Qué voy a hacer contigo? —se compadeció Jan.

—¡Esto es indignante! —vociferó Schlenska—. ¡Tres veterinarios! ¡Pero curar a un animalito herido! ¡No, de eso ni hablar!

—¿Y están muy lejos? —preguntó con urgencia el muchacho.

—A un cuarto de hora o veinte minutos como mucho —respondió el berlinés—. Es la casa enorme que hay allí en lo alto de la colina.

En aquella elegante casa de campo, el capitán veterinario Reppich llevaba una vida de lo más sosegada junto a sus dos colegas. Los tres estaban rebosantes de salud y disfrutaban de sus amenas ocupaciones. Y mientras la fábrica de muerte seguía funcionando no lejos de allí, ellos, en un cobertizo de la residencia señorial, apremiaban a los ordenanzas para que siguiesen preparando cajas. Cada una estaba provista de sesenta gráciles celdillas acolchadas con algodón y virutas de madera y cada celdilla debía acoger un huevo de gallina; así, habría un total de sesenta huevos por caja. Los oficiales veterinarios habían montado allí un espléndido criadero de aves de corral, aunque no para los soldados convalecientes, a quienes seguramente habría sentado bien comer un huevo de vez en cuando, sino únicamente para su consumo personal. Cebaban a las aves con la avena destinada a los caballos, ya que, en opinión de Reppich, éstos ya tenían suficiente alimento. A fin de cuentas, casi no se notaría si los équidos compartían su ración con las gallinas. Sin embargo, en esta pacífica actividad empleaba el señor Reppich gran número de vocablos belicosos, como cuando perdían una trinchera en el frente a manos del enemigo o no conseguían mantener la posición sobre una colina y él motejaba a todos de cobardes a los que había que inculcar el verdadero sentido de la disciplina. Las cajas con los huevos las enviaba a su mujer, a la que le gustaba comer tortitas y otros platos a base de huevos. También enviaba a casa grandes cantidades de carne, porque a la señora Reppich también le gustaba comer carne.

En aquellos días, era extremadamente difícil procurarse huevos y carne en Alemania y la mayoría de las familias no tenían ni una cosa ni otra.

Cuando Jan llegó, Reppich se mostró terriblemente enojado.

—¡Tengo cosas mejores que hacer que curar a un chucho! —le espetó groseramente.

Jan le rogó y le suplicó:

—¡Mi capitán, ayúdenos, por favor! ¿Qué puedo hacer si no, dígame, qué puedo hacer con el animal?

—Déjalo detrás del muro aquel si quieres —le propuso, en tono condescendiente, el veterinario—, ¡y largo! —y dirigiéndose a continuación a uno de los ordenanzas ocupados en preparar una caja de huevos—: Vaya dentro a buscar mi pistola, está en el recibidor, encima de la cómoda —y mientras el subordinado se dirigía a la casa, Reppich abroncó a los demás—: ¡Pero seréis brutos! ¿Es que no sabéis manejar los huevos con cuidado, mequetrefes? Ya habéis vuelto a romper otros dos. ¿Os creéis que no me doy cuenta de que lo hacéis a propósito para comérselos luego? Voy a daros un rapapolvo que ya veréis, seguro que luego en la trinchera no tenéis tanta alegría. ¡Cómo alguno vuelva a romper otro huevo, hago que os sustituyan a los tres! ¿Está claro?

Jan aún no había entendido lo que aquel hombre pretendía hacer con el perro.

Y por poco se le para el corazón al ver cómo Reppich, después de ir a la parte trasera del muro, donde habían tendido al animal, sacaba la pistola de la cartuchera, la alzaba delante de él y..., de un salto Jan se abalanzó sobre Flox.

—¡Santo Dios bendito! —se asustó Reppich—, casi te pego un tiro a ti, mocoso miserable. ¡Fuera! ¡Largo de una vez!

Jan se fue de allí con la misma celeridad con la que había llegado al muro. Con Flox bajo el brazo, salió como una exhalación por la puerta de atrás de la hacienda y, sin echar la vista atrás, atravesó las viñas y siguió corriendo campo a través. Él y el animal se escondieron en la hondonada de una cantera de arcilla. Flox no se movía.

«¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?», se repetía el muchacho a sí mismo una y otra vez. ¡Ojalá Vladimir estuviese allí! ¡Él jamás habría hecho eso! ¡Sabía bien cómo tratar a las ovejas y cómo cuidarlas cuando tenían algún mal! ¡Tenía un remedio para cada enfermedad: hierbas, ungüentos, emplastos! ¡Ay, si ahora viera a su querido Flox en ese estado..., ay, entonces! ¿Pero qué haría Vladimir con el pobre perro tan enfermo como estaba? Jan intentaba recordar: ¿qué solía hacer el pastor cuando se perdía un cabritillo y lo mordía un lobo? ¿No agarraba un puñado de tierra o de barro o

algo parecido? ¿Y si le pusiese a Flox un poco de tierra en la herida? ¿Barro, tal vez? Allí, en aquella cantera, había de sobra, ¿pero solucionaría eso algo?

Jan sacó del bolsillo la navaja que le había regalado Papá Rosenlöcher y escarbó en el barro. Sí, así era como solía hacerlo Vladimir, ahora lo recordaba: lo humedecía, lo removía hasta que se volvía blando como una masa de puré y a continuación lo ponía sobre la herida.

El agua necesaria la encontró en las zanjas que había detrás de los alisos. También tenía un pañuelo sobre el que extendió el barro, hizo con él un emplasto que colocó sobre la herida cuidadosamente y lo ató después con la venda que había utilizado como cabestrillo.

¡De qué le servía a él ahora la venda para el brazo! ¡Si por lo menos Flox se curase!

Entretanto, en el puesto de mando de la Séptima Batería se había formado un gran revuelo; sin duda, a causa de la escapada.

—Este granuja no hace más que complicar las cosas. ¡Ya es hora de que se convierta en un soldado como Dios manda! —protestó con ira el sargento Dietrich—. ¡Tiene que aprender lo que significa servir en el Ejército! Por culpa de su impuntualidad me he ganado una buena bronca. ¿Por qué no me lo enviaron en cuanto llegó?

—Lo hice, mi sargento, le dije que tenía que presentarse ante usted y le mostré incluso cuál era la casa —se excusó Micke.

—Pues tendría que haberlo escoltado hasta aquí.

—Disculpe, mi sargento, pero yo pensé que...

—¡Un soldado no piensa! —lo abroncó Dietrich, que, agitado, comenzó a recorrer el despacho de un extremo a otro—. ¿Dónde cree que puede haberse metido?

—No dijo adónde iba, mi sargento —repuso Micke.

—Pues en algún sitio tendrá que estar, ¡piense, piense!

—Pero, mi sargento, acaba usted de ordenar ahora mismo que no piense —manifestó Micke sin mudar un ápice el gesto.

—¡Ahórrese sus comentarios graciosos o le aseguré que entonces va a verme enfadado de verdad! Váyase ahora mismo y encuentre a ese tunante, ¡y rapidito! ¡El teniente está de un humor de mil demonios!

Micke se cuadró ante su superior y, con pose marcial, dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Una vez fuera, aminoró el paso. El soldado decidió entonces poner todo su empeño en la búsqueda. Indagó en cada casa y

preguntó a todo aquel que se cruzó en su camino. Finalmente se topó con Ziermann y éste lo envió a la casa de campo donde se alojaba Reppich. Una vez allí, descubrió, por boca de uno de los ordenanzas, la genial invención de la caja para huevos.

—Por lo menos ahora sé adónde va a parar todo lo bueno que no nos llega a nosotros —razonó como si por fin hubiera comprendido la naturaleza de aquel misterio.

En ese momento apareció el capitán veterinario y lo echó de allí por la puerta principal. La mala suerte de no salir por la misma puerta quejan hizo que tuviese que deambular tres horas entre viñedos hasta que por fin encontró al muchacho en una hondonada.

Jan seguía sentado junto a Flox y se disponía a cambiar por cuarta vez el emplasto del paciente, que ya presentaba síntomas de mejoría. Los ojos del perro miraban seriamente al joven doctor como si quisiesen darle las gracias.

Por mucho que aquel garañón del puesto de control insistiese, Jan se negaba a abandonar al animal.

—Jan, por favor, sé razonable —le imploraba Micke—, me voy a meter en un lío tremendo. De todos modos, el teniente ya está de un humor de mil demonios: se ha torcido el tobillo y no puede moverse. No hace más que gruñir a todo el mundo para que lo lleven de un sitio a otro. Y somos nosotros, los del puesto de control, los que tenemos que pagar el pato. ¡Hazlo por mí, Panie! Yo me quedo aquí con el perro, déjalo a mi cuidado; después de todo, tengo buena mano con las abejas.

Finalmente, Jan accedió.

—¡Pero cuida bien de él! —lo exhortó—. ¡En cuanto se seque el emplasto le pones uno nuevo!

—Claro, claro, cuidaré de su pata como si fuese la mía, te lo aseguro —insistió Micke—. Pero tienes que prometerme que vas a ir derecho a ver a Allenstetten.

—¡Remueve bien el barro! —le gritó Jan mientras se alejaba—. ¡Y que no queden durezas en el emplasto, le hacen daño!

A pesar de su torcedura de tobillo, Allenstetten saludó con gran efusividad a Jan en cuanto lo vio aparecer por la puerta. No le dirigió ni una palabra de reproche por su retraso. Le ofreció un cigarrillo, que Jan rechazó, y lo trató, incluso, de usted:

—Siéntese, Kubitzki —le ordenó.

«Ha ocurrido algo», pensó Jan.

—Ya no es usted un niño, querido Kubitzki —empezó el comandante—; se ha portado como un héroe, no hay duda, y ya es hora de que sus hazañas en el frente oriental obtengan el merecido reconocimiento. ¿Le apetece beber un trago? —Jan rehusó de nuevo, dándole las gracias; el oficial continuó—: Como comandante de la tropa de la que usted, voluntariamente, forma parte, he conseguido, no sin grandes esfuerzos y considerables trabas, que por fin se proceda a su naturalización.

—¿Y se ha torcido usted el tobillo al hacerlo? —preguntó Jan tratando de mostrar interés.

Allenstetten quedó desconcertado.

—¿Qué? ¿Cómo? Eh..., bien, ya veo que no conoce usted el significado de la palabra naturalizar. Pues significa que usted también será alemán, como sus camaradas. Después de un largo periplo, la instancia ha sido elevada al gran cuartel general y puedo suponer, sin equivocarme, que el mismísimo comandante supremo ha intercedido en favor de su persona. Era mi deber decírselo. Espero que sepa apreciar tan alto honor.

Durante el discurso, Jan no había podido dejar de pensar en el emplasto humedecido. También el teniente debería ponerse uno en el tobillo: sería más sensato que toda aquella perorata.

—Su sincero espíritu de sacrificio y su entrega incondicional —continuó Allenstetten— serán un modelo para sus nuevos compatriotas. Jóvenes y mayores no sólo correrán a enarbolar las banderas pensando en el heroico muchacho de Kopchovka, sino que comprarán también bonos de guerra. Es de suponer que su ejemplo aleccionador se hará notar especialmente en la venta de los nuevos empréstitos. Para hacer la guerra se necesita dinero, dinero, dinero. Incluso los más pobres se desharán, gustosos, de lo último que les quede. Pero puedo sobre todo asegurarle que en los círculos más elevados se espera que, tras la que será la conquista definitiva de su país, Polonia, la juventud polaca siga sus pasos y forme una división de voluntarios dentro del ejército alemán. Las tropas polacas lucharán entonces hasta la victoria junto a las alemanas. Hallarán valor y entusiasmo recordando su ejemplo. El sargento Dietrich le informará de los detalles. Puede retirarse.

## ¡Voluntarios para llevar el rancho, un paso al frente!

«De nada servirían los emplastos», pensó Jan cuando salió de la habitación de Allenstetten. «Además de torcerse el tobillo, este hombre ha debido de darse un golpe en la mollera: heroico muchacho, hazañas, valor, dinero, patria, sargento, bonos de guerra, comandante supremo del ejército... Uno puede volverse idiota con todo esto. ¡Pero se creen que no me doy cuenta de que necesitan un nuevo Makawa! ¡Quieren convertirme en su Makawa porque no tienen suficientes hombres que se lancen contra las ametralladoras! Pues a mí ya pueden dejarme en paz. Tengo hambre. Y Flox también. ¡A la cocina de campaña!».

El nuevo cocinero de la Séptima Batería, sin embargo, no sabía quién era el muchacho, pues acababa de salir del hospital de evacuación de Niederlahnstein y sólo llevaba allí tres días.

—¿Panie? —emitió un gruñido cuando Jan se presentó—. Aquí no hay nada de eso. Vuélvete a Rusia, allí tienes *parties* a montones, todos los que quieras, ¡pero la marmita ni tocarla! Aquí no hay nada para ti.

—¿Dónde están los demás? Ellos me darán un poco de su ración —perseveró Jan, que se quedó allí de pie.

—¿Pero qué disparate es ése? ¡Qué te van a dar de su ración si están en primera línea del frente y ellos mismos no tienen nada que comer! ¡En primera línea! ¿Es que no oyes todo el día los cañonazos y los disparos? Los camaradas no han tenido un minuto de descanso desde hace más de veinte horas y desde hace ya casi un día no se han llevado nada a la boca.

—¿Y por qué nadie les lleva algo de comida? —preguntó Jan.

—¿Qué tonterías estás diciendo? Nadie puede cruzar la cortina de fuego que nos separa de donde ellos están y seguir con vida. Están bloqueados.

—Pero alguien tendría que llegar hasta allí y llevarles la comida —dijo Jan.

—¿Cómo que alguien? ¡Se necesitan por lo menos cuatro hombres! — afirmó el cocinero—. Como esto no acabe pronto, yo mismo me echo una de esas marmitas a la espalda y me voy para allá... ¡Qué llegue, ésa ya es otra cuestión!

—De acuerdo, yo voy contigo; pero tienes que esperar un momento, antes tengo que ocuparme de un asunto.

El cocinero lo miró de hito en hito.

—Aún no has dado siquiera el estirón, ¿y quieres atravesar el fuego de artillería? ¿Y con una marmita llena de comida? ¡Tú no sabes lo que dices! Lo único que quieres es sisarme algo. Pues me da igual. Hala, aquí tienes: aún queda un poco de sopa de guisantes.

—Gracias —dijo Jan antes de llevarse las primeras cucharadas a la boca—. ¿Puedo quedarme con los huesos? —preguntó luego señalando el suelo.

—¿Esos huesos roñosos? ¿Para qué?

—Son para mi perro —explicó Jan, que juntó las sobras que había esparcidas al lado de la marmita y partió hacia la cantera de arcilla en la que Flox y Micke esperaban impacientes.

El animal se abalanzó con ansia sobre su almuerzo. Ya estaba mejor. Parecía que el tratamiento del pastor Vladimir realmente funcionaba.

—Llévate un buen mazacote de barro, así podrás seguir cuidando del perro en el campamento hasta que esté del todo curado —le propuso Micke—. Agarra tú a Flox, que yo llevaré el barro.

Fue un buen consejo. Y cargados con el caniche y el barro recorrieron el camino de vuelta al puesto de control.

La terrible cortina de fuego de artillería, con sus ininterrumpidas e incontables salvas, batía sin cesar la retaguardia y mantenía a los artilleros de la Séptima Batería aislados de la comida y del lugar donde estaba acantonado el resto de la tropa. Jan creía ver ante sí los semblantes ojerosos de sus camaradas y se imaginaba la nariz aguileña de Mostazo, aún más afilada si cabe, sobresaliendo de su rostro enjuto; el hocico petulante de Hottenrot en una mueca de desgana; la boquilla de la pipa vacía que Dambach no para de mordisquear; y todo, mientras a los artilleros les rugía el estómago y, agotados, cargaban las granadas en los cañones, hacían fuego y soportaban el bombardeo enemigo... ¡espantoso! Jan miró su reloj: había pasado otra hora y media. Los cañonazos no paraban.

En el cuarto que había detrás del puesto de control, Micke había preparado un lecho para Flox sobre una manta de caballería y había prometido cuidar bien de él.

—Puedes quedarte también mi cena. Eso sí, ¡te vas a presentar ahora mismo ante el sargento! —le dijo a Jan y lo condujo afuera—. Es la segunda casa a mano derecha, la de la verja.

—¿Otra vez? ¿Pero para qué? —rezongó Jan.

—¡Yo qué sé! ¡Te quieren enseñar cómo tiene que comportarse un héroe! —gruñó Micke—. Pretenden hacer un monumento nacional con tu imagen o algo parecido. Quieren hacerte fotos y un retrato, creo, y tendrás que dar un discurso.

—Y todo eso, ¿para qué? —se indignó el muchacho, que lanzó una mirada furibunda a Micke.

—¡Eh, yo no tengo la culpa! —se defendió éste—. A mí ni siquiera me prestan una miseria para mis colmenas, pero eso sí, para la guerra, para la maldita guerra, derrochan millones. Ahora contigo lo tendrán más fácil, van a pegar tu imagen en todas las paredes y debajo pondrán: «¡Adquieran bonos de guerra! ¡Adquieran bonos de guerra!».

—¡Tonterías! —exclamó Jan y se dirigió al parque de carros, donde el cocinero de la batería se disponía a repartir el rancho para la cena: ciento veinticinco gramos de manteca y ciento veinticinco de queso. Apenas veinte personas habían acudido a por su ración. Todos los demás estaban en primera línea soportando el fuego enemigo y el hambre. Los veinte que esperaban su turno permanecían de pie escuchando, con un gesto de desazón e inquietud en el rostro, el eco sordo y lejano de unos cañonazos que parecían no querer callar.

—Quedarse ahí parado no sirve de nada —les recordó el cocinero—; no podemos dejar que nuestros camaradas mueran de hambre. ¿Quién viene? Las marmitas del almuerzo aún están ahí, necesito cinco hombres. Ea, ¿quién viene?

Aguardó.

Como nadie se ofrecía, anunció:

—Yo soy el primero. Y voy a ir aunque ande mal del corazón. ¿Quién más?

—¡Voluntarios, un paso al frente para suicidarse! —masculló Uhi.

—Dime, ¿qué tienes en la vida, eh? ¡La guerra! ¡Y con la guerra no se puede vivir! —se acaloró Müller y se ofreció voluntario. Podlesch, que

siempre había sido alguien con tendencia al pesimismo, dio también un paso al frente.

—Tenéis toda la razón. ¡Yo ya estoy harto de todo esto! —exclamó.

—Todavía necesitamos dos más —insistió el cocinero y aguardó—. Todos a la vez no, por favor, no os peguéis por venir —dijo en tono jocoso.

En ese instante, Jan salió de la oficina de campaña, vio a los tres hombres delante de los calderos llenos de comida y se unió a ellos.

—¡Aquí llega nuestro ángel de la guarda! —se alegró Hannes Ziermann—. Si viene él, no nos puede pasar ná —y diciendo esto se echó una de las marmitas a la espalda—. ¡Carajo, si pesa una tonelada!

—Panie —dijo Micke, que acababa de llegar del puesto de control—, te recuerdo que aún tienes que presentarte ante el sargento.

—Para eso ya habrá tiempo después —protestó Jan—; pero para esto, no —dijo, señalando las marmitas que acababan de tapar.

Y al instante se pusieron en camino.

Mientras salían del pueblo, Ziermann, que no se apartaba de Jan, le confesó:

—Quiero que sepas que si me pasa algo, ya tengo mi epitafio; son unos versos que he escrito yo mismo:

*Quien aquí descansa, Ziermann se llamó  
y toda su vida metal moldeó.  
El metal se volvió contra él un día  
y dio con sus huesos en la tumba fría.*

»Bonito, ¿a qué sí? Esto es lo que quiero que escribáis en mi lápida, ¿os acordaréis?

—¿En tu lápida? Tú has perdido el juicio —exclamó el conductor Müller—. A una fosa común, con suerte, es adónde irás a parar.

¡Adelante!

A cada paso que daban, los cinco se acercaban un poco más a la amenazadora cortina de fuego de la artillería enemiga; a cada paso crecía el estruendo del bombardeo. Las granadas estallaban cada vez más cerca; cada vez sonaban más espantosas las explosiones de los proyectiles *shrapnel*. ¡Y ellos tenían que cruzar por allí cargados con aquellas pesadas marmitas que los entorpecían al avanzar!

De pronto están bajo el fuego de la artillería, se arrojan a las trincheras, se ponen nuevamente en pie, buscan dónde guarecerse de la tormenta de proyectiles, caen de nuevo en los embudos producidos por las explosiones,

trepan otra vez por la pendiente para poder continuar, resbalan dentro de otra trinchera...

A sus espaldas y delante de ellos todo está negro a causa de la tierra que salta en gruesos terrones cuando caen las granadas. ¿Y por allí tienen que atravesar?

Gottfried Podlesch da un grito, deja caer la marmita, levanta los brazos al cielo, se desploma.

El soldado ha hallado la muerte. Su marmita rueda por encima del borde de una trinchera. En ese instante grita Müller. Lo han herido en el codo. Ziermann, el fresador, agarra rápidamente el botiquín que el conductor guardaba en el abrigo y lo venda. Lo ayudan a llegar hasta un viejo refugio destrozado por las bombas.

¡Adelante! ¡Adelante!

El débil corazón del cocinero no aguanta más.

—¡No puedo seguir! —balbucea desde uno de los cráteres—. ¡Dejadme aquí!

Jan y Ziermann son los únicos que quedan.

Ziermann no deja de pensar: «¡Mi ángel de la guarda, mi ángel de la guarda, no me abandones!». Jan reza: «Haz que no le ocurra nada a Ziermann, Dios mío, yo solo no puedo cargar con la marmita». El brazo empieza a dolerle de nuevo.

Arrancan tablones de una trinchera y los ajustan fuertemente, con tirantes de pantalón y correas, a los cuatro calderos. Es como un trineo. Se atan ellos mismos a un extremo de las correas y arrastran. Se arrojan al agujero más cercano cada vez que oyen el silbido de un proyectil.

¡Adelante, hay que seguir adelante! Deben de quedar, como mucho, seis minutos.

Pero los seis minutos les parecen casi una hora. «No vamos a llegar, no vamos a llegar».

Sí que llegan. Poco a poco dejan atrás la lluvia de proyectiles. Ven el sendero entre las dos colinas. ¡Y ahí está la batería!

Los camaradas corren a su encuentro y se arrojan con furia sobre las marmitas y comen, comen, comen; y mientras mastican con la boca llena, exclaman:

—Eres nuestro ángel de la guarda, eres la mejor persona del mundo, tú también Ziermann. Nadie olvidará lo que habéis hecho por nosotros...

## El gran día

Aquello ocurrió el domingo. El lunes, gracias a Jan, la batería fue retirada de la primera línea del frente. Quedaba poco para el gran día en que Jan debía convertirse en un héroe alemán, en el nuevo *Jan d'Arc*. No quedaban más que los últimos preparativos.

El jueves de esa misma semana, el sargento Dietrich leyó la siguiente «orden de batería» a la tropa reunida en el extremo sur del pueblo:

*Mañana el comandante supremo de nuestro Ejército nos honrará con su visita.*

*La batería al completo habrá de formar a las nueve de la mañana en el parque de carros con uniforme de campaña y en perfecto estado de revista. En el ala derecha se situarán los oficiales y a continuación formarán los suboficiales y la tropa.*

*Habida cuenta del excelso honor concedido a la Séptima Batería por sus méritos en la defensa de la madre patria, confío en que el comportamiento de todos esté a la altura de esta ocasión tan significativa y espero encarecidamente que preparen sus uniformes para tenerlos en un estado impecable.*

*A este fin, a las seis de esta tarde se tocará llamada general. Aquellos uniformes que estén incompletos o se vean deslucidos, se sustituirán temporalmente, según orden del Estado Mayor, por los de otras unidades. A dicha hora el furriel tendrá que entregarme una lista con todo aquello que sea necesario procurarse.*

*Después, entre las siete y las diez, durante el turno de limpieza, tendrá lugar una minuciosa instrucción con objeto de que la tropa ponga toda la atención posible en responder con prontitud y brevedad a las posibles preguntas que puedan hacérsele. Debo insistir en que tengan preparada una respuesta concisa, en especial, para las siguientes preguntas:*

*«¿Cuál es su nombre?*

*¿A qué se dedica?*

*¿Desde cuándo sirve usted en el frente?*

*¿Tiene hijos?*

*¿Cómo se llaman?*

*¿Cuánto tiempo lleva en el frente occidental?*

*¿En qué batallas participó cuando estuvo en el frente oriental?».*

*A la pregunta del Káiser: «¿Desea regresar a casa?», se dará la siguiente respuesta: «A la orden de Su Majestad, no antes de haber obtenido la victoria».*

*A la pregunta: «¿Cómo se siente?», se responderá: «Como debe sentirse un soldado alemán». Su Majestad tiene que irse con la certeza de que la guerra sólo puede acabar en victoria.*

*Tan pronto como Su Majestad descienda del automóvil, la batería lo recibirá al unísono con tres vivas. El alférez Ruschatzky ensayará el vítor con la tropa durante media hora antes de la llamada general de esta tarde. El vítor se realizará con la mano derecha colocada junto a la correa del fusil por encima de la cartuchera, y la izquierda pegada a la costura del pantalón.*

*En el momento de pasar revista, cuando se dé la orden de: «¡Vista a la derecha!», todos girarán la cabeza hacia la dirección indicada y mirarán a Su Majestad, cuando pase por delante, hasta el tercer hombre situado a la izquierda;*

*acto seguido, girarán de nuevo la cabeza con la vista al frente.*

*Camaradas, espero que todos contribuyan a hacer un acontecimiento inolvidable de este día de gloria para la batería.*

*Allenstetten, comandante de la batería.*

*Posdata: Jan Kubitzki, hasta ahora de nacionalidad rusa, será ciudadano alemán a partir de mañana y permanecerá en el ala izquierda a tres pasos de distancia del último hombre. Deberá llevar el uniforme de campaña con la bayoneta, aunque sin fusil, que le ha asignado el Estado Mayor. El alférez Ruschatzky le volverá a explicar todo en detalle esta misma tarde durante los turnos de limpieza, revisión de uniformes e instrucción, puesto que se espera que Su Majestad converse con Kubitzki al concluir el pase de revista.*

*A partir de mañana se evitará el uso de la palabra extranjera Panie como forma de dirigirse a Kubitzki. De ahora en adelante a nuestro camarada se le llamará por su verdadero nombre.*

Jan encontró su nuevo uniforme al llegar al alojamiento que le habían proporcionado en el almacén de bombas hidráulicas del pueblo, donde ahora se encontraba el cuartel de los artilleros que servían el tercer y el cuarto cañón. Flox permanecía vigilante sentado junto a la puerta. La herida de su pata ya estaba cicatrizando, sus ojos brillaban de nuevo y, después del baño que acababan de darle, su pelo estaba reluciente para el acto solemne que se celebraría al día siguiente.

Jan tenía la mirada apagada y, como adormilado, confundió el viejo uniforme con el nuevo.

—¡Adquieran bonos de guerra! —pronunció para sí mismo en voz baja.

—¡Cierra el pico, Panie! —exclamó Mostazo—. ¡Oh, perdón! Quería decir: «¡Cierre usted su ilustre pico, noble camarada!»». ¿Con qué dinero vamos a comprar nosotros bonos de guerra? ¡Ésos te han metido en la cabeza ideas que no son tuyas!

—¡Pero si no os lo decía a vosotros, Mostazo, no seas tonto! —declaró Jan—. Pensaba en Rosenlöcher, él quería vender su parcela para comprar bonos.

Y acto seguido se marchó para asistir a su lección de heroísmo con el profesor Ru. Los demás se encaminaron a los turnos de limpieza y de revisión de uniformes.

—Siéntate, Kubitzki —le ordenó Ru en cuanto lo vio entrar por la puerta—. ¿Verdad que ahora podré seguir tuteándote como compañero de armas y profesor tuyo que soy? Oye, ¿te acuerdas cuando los dos descubrimos al espía? Fue bonito, ¿a que sí?

—Psss —contestó Jan indiferente.

—Recordar algo así siempre es bonito —opinó el profesor—; pero ahora hay que pensar en el futuro, Jan, porque te aguarda algo importante y grandioso. ¿Recuerdas aún el día en que los dos estábamos en el pequeño cobertizo donde luego olvidé mi cartera con los mapas? Ese día me contaste lo que querías ser: me dijiste que querías construir puentes. Pues bien, Kubitzki, a partir de mañana estás llamado a participar en la construcción de un puente: ¡el puente que nos conduzca a la victoria!

—A mí me gustaría construir un puente de verdad, uno como los de Colonia —afirmó Jan.

—Desde luego, cuando haya paz después de haber vencido —dijo el profesor— y para eso tienes que poner un poco de tu parte. ¿Conoces la historia de Juana de Arco?

—Psss —volvió a responder Jan.

Ru frunció el ceño y continuó:

—Pues Juana de Arco, o la Doncella de Orleans, como también se la conoce, creció en el campo, como tú, e infundió tal entusiasmo en sus compatriotas que consiguieron expulsar del país a sus enemigos.

—¿Y cómo iba yo a poder expulsar a los alemanes de Polonia? —se extrañó el muchacho.

—Pero Jan, ¿quién ha dicho nada de eso? —exclamó Ru—. Ahora los alemanes y los polacos son amigos. Aquí estamos hablando de los enemigos de Alemania.

—¿Y quiénes son entonces los enemigos que hay que expulsar de Alemania? Allí no hay enemigos.

—¡Tampoco me refería a eso! —exclamó Ru, que ya empezaba a perder la paciencia—. Tenemos que acabar con ellos en su propio país, de lo contrario serán ellos los que invadan el nuestro y, entonces, ¡pobres de nosotros! ¡Ay de los vencidos!

—¿Conoce usted la historia de Makawa, el sultán negro? —preguntó Jan pensativo.

—¡Pero bueno, tú hoy estás en las nubes! —lo reprendió con enfado el profesor—. ¿Es que te crees que a mí me importan tus historias de moros? Cuando quieras leer algo, ven a decírmelo y yo te daré con gusto un buen libro, ¿está claro?

—Sí, mi alférez —asintió Jan—. Hay un libro del que alguien me habló en Gradicz, en el que se dice que nadie tiene que hacer nada por obligación. Me gustaría leer ese libro. ¿Lo tiene usted?

—Ajá, *Natán el Sabio*<sup>[16]</sup> —afirmó el profesor—. Ya tendrás tiempo de leerlo cuando llegue el momento, en clases más avanzadas. Ahora lo más importante es que mañana no hagas el ridículo. Aquí te he anotado todos los enfrentamientos y batallas en los que has participado y te he incluido las fechas. Lo quiero aprendido de memoria para mañana. Si es mucho, te aprendes al menos los que están subrayados con rojo y mañana vienes aquí a las ocho y media a que te los pregunte en un santiamén.

Jan se guardó la hoja que le acababa de entregar Ru y fue a que le dieran su rancho. Luego se dirigió a su cuartel. Allí tomó su mochila y cuando estaba a punto de salir por la puerta, Dambach le gritó:

—¡Pero bueno! ¿Es que nos abandonas o qué? ¿Prefieres instalarte ahora con la oficialidad o es que ya no somos suficientemente buenos para ti?

—¡No hace falta que seas tan grosero! —le espetó Jan.

—¿Y adónde vas con la mochila? —inquirió Distelmann.

—Tengo algo que hacer —respondió.

—Aaaahhh, otra vez una hazaña heroica —bostezó Mostazo.

—Puede ser —afirmó Jan y acarició cariñosamente a Flox, que miraba atentamente a su amo.

Y acto seguido salió del cuartel.

—Flox, no dejaré que nos conviertan en su Makawa —dijo mientras atravesaban la plaza del pueblo—. Nadie tiene que hacer nada por obligación, ni tú, ni yo.

Flox rozaba su hocico contra la mano del muchacho. Ambos desaparecieron en la oscuridad.

A la mañana siguiente, la Séptima Batería al completo y en traje de campaña permanecía formada lo mejor posible en el parque de carros para el pase de revista. Como es propio de un acontecimiento tan significativo, todos los uniformes estaban en un estado impecable.

Alert había hecho acto de presencia acompañado de su plana mayor. También habían acudido algunos oficiales de la Octava Batería, el oficial médico Jürgensen, el capitán veterinario Reppich con sus dos colegas, amén de enviados que representaban a numerosos periódicos, los llamados corresponsales de guerra. En suma, el lugar estaba repleto de caballeros afables que se mostraban de muy buen humor. Fotógrafos, operadores de cinematógrafo, ilustradores de guerra con sus álbumes de dibujo: todos estaban allí. Un destacamento de soldados a caballo tenía como misión cortar el paso a quienquiera que tratase de llegar hasta el lugar sin autorización, evitando que pudiese peligrar la vida del comandante supremo del Ejército.

Los únicos que faltaban eran los dos personajes principales y ya pasaban diez minutos de las nueve.

—Esto sí que es puntualidad militar —murmuró con su agudeza habitual el ilustre señor Rosshorn, un corresponsal de guerra.

El sargento Dietrich sudaba y maldecía mientras recorría el pueblo a la carrera. Entretanto, los dos garañones del puesto de control se apresuraban a buen trote, por orden suya, a través de campos y viñedos. «Traed aquí a ese mocoso aunque tengáis que arrastrarlo de los pelos», les había dicho el sargento.

A las nueve y treinta y cinco regresó Micke. Había encontrado algo en una cantera de arcilla situada tras el cuartel de los oficiales veterinarios y se lo llevaba ahora a los oficiales: era un uniforme. El furriel al que habían mandado llamar lo reconoció como el uniforme de campaña con bayoneta que el Estado Mayor había asignado a Jan Kubitzki.

Allenstetten no daba crédito. ¡Que tuviera que pasarle aquello precisamente a él! ¡Justo ahora que el comandante supremo estaba a punto de llegar!

Los oficiales hicieron un corrillo. ¡Qué situación! ¡Era un disparate! ¿Qué significaba todo aquello? ¡Desde luego era algo inconcebible!

—¿Puede uno saber lo que se le habrá pasado por la cabeza al muchacho? —se preguntó Mirlo Blanco—. Todos nosotros estamos convencidos de que no existe en el mundo mayor honor que éste, ¿pero es realmente así? ¿Tiene que ser verdaderamente un honor hacerse soldado y convertirse en ciudadano alemán?

Indignado, Allenstetten procuró controlar la agitación que lo dominaba:

—Usted perdone, mi capitán, pero esa opinión no me parece del todo acertada. El comportamiento de Kubitzki es un verdadero escándalo. ¡Habría que correr a palos a ese granuja!

—Le rogaría, teniente, que se abstuviera de emplear tales palabras —lo reprendió secamente Alert—. De no ser por él, seguramente no estaría usted aquí hoy; y yo tampoco.

—¡Yo mismo volví a recordarle ayer por la tarde la importancia que tenía este acto honorífico! —se lamentó Ru.

—Pero aun así, el muchacho no tiene por qué estar de acuerdo con recibir tales honores —apostilló Alert—. ¡Y quién sabe cuáles pueden ser sus razones!

—¡Idioteces! ¿Razones? —interrumpió Reppich, hecho un basilisco—. ¡Un vulgar desertor, eso es lo que es! ¡Si lo tuviera delante, le iba yo a dar un...!

—¡Un par de cajas de huevos, estimado capitán! Si pudiese usted mandármelas lo antes posible, mis hombres se lo agradecerían —sentenció Alert, y dando la espalda al desconcertado veterinario, se dirigió a Jürgensen, que había presenciado aquella tensa escena con la mayor serenidad.

—¡Desertor, qué ridiculez! —afirmó éste—. El chiquillo no tiene ni quince años; no necesita ser soldado. ¿Sabe, querido Alert? De todas las cosas extraordinarias que el muchacho ha hecho hasta ahora, para mí ésta es, sinceramente, la más extraordinaria de todas. En el ejército nadie se había dado jamás a la fuga por recibir excesivos honores; y para hacer algo así hay que tener, desde luego, tantas agallas como nuestro Panie. Bueno, creo que ya podemos llamarlo otra vez así.

—¿No va a dar la orden de romper filas, teniente? —preguntó Alert a Allenstetten.

—Sí, pero..., ¿y Su Majestad? Mi capitán, hay que esperar aún a que llegue Su Majestad.

—Ya son casi las diez —anunció Alert—. Después de los últimos avisos que hemos recibido, los sectores del frente contiguos a nosotros se preparan para un gran ataque del enemigo en torno al mediodía. En el gran cuartel general, por supuesto, están informados; no creo que podamos seguir contando con la visita del comandante supremo en tales circunstancias. Lo que me extraña es que no nos haya llegado un comunicado para notificar la cancelación del acto. Quizá debería usted hacer una llamada telefónica para cerciorarse.

—¡Batería, rompan filas! —ordenó Allenstetten.

Y el ilustre señor Rosshorn, corresponsal de guerra, declaró:

—Jamás había asistido a una representación tan cómica de *La Doncella de Orleans*.

A la tropa de la Séptima Batería se le concedió el resto del día libre, aunque nadie se alegró. Su Panie se había ido.

—No va a volver, ¡se ha ido! —se lamentaba Hannes Ziermann—. Daría el lóbulo de mi otra oreja y mi brazo para que el chiquillo siguiese aquí. Nuestro ángel de la guarda, ¡habría estado tan bien con nosotros! ¿Pero por qué lo ha hecho?

En ese instante Distelmann se levantó, miró a cada uno de los camaradas sentados a su alrededor y dijo lentamente:

—Yo lo conozco casi desde el principio, ¿o no, Hottenrot?, desde que marchábamos cerca de Lodz, y puedo decir que el muchacho siempre nos ha mostrado el buen camino, siempre el buen camino... Yo creo que ahora lo ha vuelto a hacer.

—¿A nosotros? ¿El buen camino?

—No sólo a nosotros, sino también a los del otro lado: a los *poilus* y a los *tommys*... ¡Qué digo! ¡Al mundo entero!

—No lo entiendo —dijo Hottenrot. Y empezó a quitarse el uniforme.

## Epílogo

Jan Kubitzki, alias Panie, desapareció y desde entonces nadie ha vuelto a verlo.

El artillero Senf, conocido como Mostazo, escribió a Cordes, a Distelmann y a Albin Rosenlöcher. Ninguno sabía nada de él, ni siquiera Papá Rosenlöcher. Éste último escribió a su sobrina Elisabeth —Sissi, como se la llamaba en la familia— pero tampoco ella había recibido noticias del muchacho.

Hans Alert, apodado Mirlo Blanco, escribió al piloto de reconocimiento Heinz Wolfart, quien preguntó a su compañero de escuela, Eugen Papke. Sin éxito.

Los intentos por averiguar algo sobre Jan llegaron incluso hasta Kopchovka. El terrateniente huido, Ostrovsky, había regresado al pueblo, aunque nada sabía de ningún Jan Kubitzki. ¿Cómo iba él a conocer a todos los muchachos a los que alguna vez había dado una paliza?

Nadie sabe dónde fue a parar Jan o si acaso aún sigue con vida.

Quiera tal vez la suerte que este libro, en el que se da cuenta de él, de sus hazañas e impresiones, despierte en algún lector el recuerdo de haber conocido a alguien que viviera estos hechos en los frentes oriental y occidental durante los años de 1914 y 1915.

Al igual que Jan Kubitzki, la calavera del sultán Makawa continúa desaparecida hasta el día de hoy. Una única vez volvió hablarse de ella. Ocurrió en el año 1919 durante la firma del Tratado de Paz de Versalles con el que concluyeron los cuatro años de guerra mundial. En el artículo 246 de dicho documento puede leerse:

*Dentro de los seis meses siguientes a la entrada en vigor del presente Tratado, Alemania deberá devolver al gobierno británico la calavera del sultán Makawa, que fue sacada del*

*protectorado alemán de África Oriental y llevada a Alemania.*

Sin embargo, tampoco esta orden consiguió que la oscura reliquia saliese a la luz<sup>[17]</sup>



RUDOLF FRANK, nació en Mainz, Alemania, en 1886. En agosto de 1914 fue reclutado por la Artillería Alemana y enviado al frente del Este, donde se convirtió en un corresponsal de guerra. Acabada ésta, se implica en actividades teatrales y comienza a dirigir producciones en Frankfurt, Munich (donde entra en contacto con Bertolt Brecht), Milán y Berlin. En 1931, siendo ya conocido por su poesía, sus relatos, su trabajo en el cine y su postura crítica, publica esta obra, la cual él mismo describe como «una novela contra la guerra para advertir a los jóvenes». En 1933 Frank fue arrestado por los nazis y el libro fue quemado públicamente. Al ser puesto en libertad tomó un avión a Suiza, donde vivió hasta su muerte en octubre de 1979. Poco antes, el libro había aparecido de nuevo en Alemania, y de nuevo alcanzó un gran éxito. Recibió numerosos premios. En el año 2013 la Biblioteca Estatal de Berlín dedicó a Rudolf Frank una exposición de homenaje.

## Notas

[1] Paul von Hindenburg (1847-1934) fue nombrado comandante en jefe de los ejércitos alemanes del frente este poco después del comienzo de la guerra (N. del T.). <<

[2] Johannes Bückler (ca. 1780—1803), conocido popularmente como Schinderhannes, fue el jefe de una banda de criminales que actuó a ambos lados del Rin, que constituía en aquel momento la frontera entre la Francia napoleónica y el Sacro Imperio Romano-Germánico (N. del T.). <<

[3] El príncipe Von Blücher (1742—1819) fue un aristócrata y militar prusiano, vencedor en Leipzig en 1813 contra tropas francesas. Fue conocido popularmente con el sobrenombre de «Mariscal Adelante» por el carácter ofensivo de sus maniobras militares. <<

[4] *In der Heimat gibt's ein Wiedersehen* fue una canción muy popular durante la Primera Guerra Mundial entre los soldados (N. del T.). <<

[5] Esta canción era entonada en el frente por los soldados al recordar a sus prometidas. Era conocida popularmente por la primera frase de su estribillo: *Drum Mädchen, weine nicht* (*Muchacha, no llores por algo así*). (N. del T.).  
<<

[6] La frase original *Da werden sich die Flundern wundern* es el título de una canción de finales del s. XIX (N. del T.). <<

[7] *La Doncella de Orleans*, obra dramática del escritor alemán Friedrich Schiller (1759-1805). <<

[8] Alfred Edmund Brehm (1829—1884) fue un zoólogo alemán muy conocido popularmente por su obra enciclopédica sobre la vida de los animales: *Brehms Tierleben* (*La vida de los animales. Una obra de Alfred Brehm*). (N. del T.). <<

[9] *O, Tannenbaum* es un villancico tradicional dedicado al árbol de Navidad. En español se lo conoce bajo el título de «El abeto» o «Árbol de Navidad». (N. del T.). <<

[10] Verso del villancico *Es ist ein Ros entsprungen*, conocido en español como «Una rosa ha brotado». (N. del T.). <<

[11] *Poilus*, «los peludos», era como los alemanes se referían a los franceses en el frente occidental. <<

[12] Abreviatura de la antigua palabra *Landsknecht*, derivada de *Lanzknecht* (lansquenete). *Landser* fue un término coloquial para referirse al soldado raso del Ejército alemán. Su uso se extendió sobre todo en la Segunda Guerra Mundial (N. del. T.). <<

[13] *Ich gehe im Walde so für mich hin*, primer verso del poema *Gefunden* (*Hallazgo*) de Johann Wolfgang von Goethe (N. del T.). <<

[14] «Con Dios, por el Rey y la Patria» había sido una divisa del Ejército alemán desde el siglo XIX. El lema podía leerse en el casco que los soldados llevaron hasta 1916, momento en que fue sustituido por un nuevo modelo (N. del T.). <<

[15] *Glücklich ist, wer vergisst, was doch nicht zu ändern ist.* Verso de la ópera vienesa *Die Fledermaus (El murciélago)* compuesta por Johann Strauss. (N. del T.). <<

[16] *Natán el Sabio*, obra dramática en cinco actos escrita por Gotthold Ephraim Lessing y publicada en 1779 (N. del T.). <<

[17] El 9 de julio de 1954, *Sir Edward Twining*, gobernador de la entonces colonia británica de Tanganica, hizo entrega solemne de la calavera a la tribu de los Wahehe. Twining había viajado antes a Alemania y había elegido uno de los cráneos de la colección que albergaba el Museo de Ultramar de Bremen, en cuyos registros, sin embargo, no figuraba ningún cráneo procedente de la excolonia alemana de África Oriental. Hoy la supuesta calavera del sultán Makawa puede contemplarse en el Museo para la Memoria de Makawa situado en el pueblo de Kalenga, cerca de Iringa, en Tanzania (N. del T.). <<